

A close-up photograph of a bride's hands holding a large bouquet of flowers. The bouquet is composed of several large, light-colored roses, numerous small white daisies with yellow centers, and clusters of small yellow-green flowers. The bride is wearing a white lace-trimmed dress and a simple gold hoop earring. The background is softly blurred, showing hints of a wedding setting with white linens and greenery.

ARLETTE  
GENEVE

*Nomeolvides*

Arlette Geneve

Nomeolvides

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Ciudad de Roma](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

# PRÓLOGO

El día había sido agotador y lleno de malos pronósticos que la sumergieron en una profunda pena, también en una tristeza muy habitual en su profesión. Celeste apagó el motor del coche y activó el cierre de la puerta metálica que cerraba la verja. Cogió la carpeta negra, el maletín, el bolso y salió del interior del vehículo. Le dio al cierre automático y caminó hacia el interior de la casa, aunque detuvo sus pasos durante unos instantes. Desde el exterior arbolado podía escuchar la música de fondo, era Boccherini y su *Musica Notturna di Madrid Passa Calle*.

Sin poder evitarlo, la boca se le abrió en una cálida sonrisa.

Cerró los ojos y escuchó las notas del violín acompañado del violonchelo. Resultaba tan motivador y pacífico que parte del cansancio se esfumó de su cuerpo. Subió los peldaños, introdujo la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta. El aroma de la salsa de pesto le inundó las fosas nasales provocándole una sacudida inesperada de placer.

—¡Ya estás en casa!

La voz de su marido le llegó alta y clara. Había salido a recibirla como cada tarde desde siempre.

—Es maravilloso estar bajo este remanso de paz.

Él ya le había quitado el maletín, el bolso y la carpeta de las manos y los puso en una silla del amplio vestíbulo. La ayudó a quitarse la fina chaqueta de los hombros, y le dio un beso tierno y dulce en los labios.

La melodiosa música se escuchaba por cada rincón de la casa.

—Pareces cansada.

A Celeste se le demudó el semblante porque su cansancio era crónico debido a su trabajo.

—Perdimos a Paolo —lo dijo en un susurro.

El hombre hizo lo que salió en ese momento del alma: abrazarla junto a su pecho y mecerla con sumo cariño.

—Lo siento, amor.

Ella se dejó querer y se apoyó en el recio cuerpo que le transmitía una fuerza, y que en ese momento necesitaba más que nunca.

—Estaría así toda la vida —admitió feliz sintiéndose protegida.

—Te he preparado un baño que relajará estos músculos tensos.

La acompañó sin dejar de abrazarla al baño del dormitorio. Olía a lavanda y a la cera de las velas que había encendidas por cada rincón.

—Me muero de hambre —confesó con un brillo especial en las pupilas.

Él la tomó de la barbilla y volvió a besarla.

—Terminaré de preparar la cena mientras te bañas.

A ella le apetecía que ambos se metieran dentro de la bañera para jugar como cada noche a descubrirse mutuamente de nuevo.

—No tardaré —dijo un segundo después.

El relajante baño acompañado de la suave música la sumergió en el sopor curativo que tanto necesitaba. Minutos después se secó con una amplia toalla y se puso un suave vestido largo de hilo fino sobre el cuerpo. Él la esperaba en la mesa del comedor con una copa de vino tinto en la mano. Celeste se sentó frente a él y tomó la que le ofrecía con una sonrisa de agradecimiento.

—No sé qué haría sin ti.

Él levantó la copa y brindó por sus palabras.

—En verdad tiene sus ventajas ser un amo de casa.

—Eres el amo de casa más atractivo del mundo.

—Y el mejor cocinero.

—Eso es indiscutible —Celeste bebió un trago de su copa y la dejó reposando al lado del plato—. Huele deliciosamente bien —dijo al mismo tiempo que husmeaba sobre la mesa.

—Te he preparado la pasta que más que gusta.

Yago ya le servía la comida en el plato y le acercó la ensalada.

—Haces que regresar a casa sea lo único importante en el mundo —en el tono de ella se advertía un orgullo desmedido.

—Regresar a mi lado tiene que ser lo único importante para ti.

—Lo es —admitió humilde—. Te amo.

Esa confesión le valió un beso. Yago se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella que ya alzaba el rostro para recibir el premio. Minutos después volvió a sentarse en su lugar correspondiente.

—¿Has terminado el encargo? —se interesó.

Yago hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras pinchaba unos macarrones y se los llevaba a la boca. Se limpió con la servilleta poco después.

—Creo que ha quedado mejor de lo que me esperaba.

—¡Pintor de poca fe! —exclamó ella sin dejar de sonreírle.

—Confío que al cliente le guste.

Yago Emmanuel Rossi era un afamado y reconocido pintor que nunca trabajaba con encargos salvo excepciones. En esa ocasión había recibido un pedido especial de su abuelo para un amigo al que tenía verdadero afecto.

—¿Me lo leerás y enseñarás más tarde?

—Todavía no está terminado.

—No importa —dijo ella—, sabes que amo todo lo que creas.

Yago se quedó un momento quieto sin quitarle la vista de encima.

—Eres adorable cuando me miras así —susurró ella con un brillo especial en los ojos.

Ambos habían terminado la cena pero les quedaba todavía un poco de vino en las copas. No tenían prisa. Observarse el uno al otro resultaba gratamente placentero.

—Enséñamelo —pidió ella de pronto.

—¿Ahora?

—Es el momento idóneo, ¿no te parece?

Yago volvió a levantarse de la mesa y se dirigió al salón que utilizaba como estudio de pintura. Celeste paseó la mirada por los diversos cuadros que adornaban cada rincón y lugar de la casa. Los había de todos los tamaños y colores: flores, pájaros, paisajes. Yago era un emotivo pintor, y con una sensibilidad tan extrema que dotaba de un realismo sobrecogedor cada lienzo que pintaba. Celeste también había sido retratada en óleo, carboncillo, acuarela, no existía ninguna técnica que Yago no hubiese utilizado con ella.

Solía decirle que era su musa: la mejor inspiración para un artista.

En esos momentos estaba perfeccionándose en el diseño gráfico por ordenador, y por eso había aceptado el encargo de su abuelo para que pintara un libro con ilustraciones. Quería comprobar si era capaz de moverse en ese campo tan extenso y complicado para un pintor tradicional como él.

—Te va a parecer muy cursi —le advirtió él al mismo tiempo que tomaba asiento frente a ella.

Cuando Celeste miró la explosión de colores de la portada se maravilló.

—¡Es precioso!

—Y eso que no has visto el interior —bromeó él.

Celeste abrió la primera página y leyó el encabezado.

—*Nomeolvides...* sugerente título.

La palabra le pareció entrañable.

—Ha sido un encargo muy explícito —se disculpó él—, el pintor no escoge el título ni los encabezados de cada imagen.

Celeste abrió otra hoja y siguió leyendo en voz alta.

—Por fin el Creador se sintió satisfecho, y, tomando los colores del mundo, se sentó bajo un enorme castaño de hojas verdes, allí donde las flores esperaban impacientes para que les pusiera nombre.

Lo observó con un brillo risueño en los ojos.

—La leyenda no es mía —Yago intentó justificarse al comprobar la mirada intensa

que le dirigía su mujer.

Los textos de los dibujos no eran suyos. Se los había facilitado el cliente, pero en ese momento Yago sentía una cierta vergüenza aunque no sabía explicar el motivo.

Celeste continuó leyendo.

—Tomó la primera flor y sonrió, “a ti te pintaré el rostro de rojo, y te llamarás Rosa”. El Creador hizo lo que había dicho. Tomando un pincel coloreó el rostro de la rosa en un rojo tan intenso como la sangre. Tomó otra flor y la observó con atención, “a ti te pintaré el rostro de blanco y te llamaré Margarita”. Entre el tumulto de flores que esperaban para ser coloreadas se escuchó una vocecilla suplicante: “¡No me olvides!”, el Creador entrecerró los ojos al escuchar la voz tan fina que casi parecía un susurro. Tomó otra flor con cuidado, “a ti te pintaré el rostro de amarillo y te llamarás Tulipán”. Tomó otra, “a ti te pintaré el rostro de rosa y te llamarás Clavel”. De pronto se escuchó de nuevo la voz: “¡No me olvides!”. El Creador dejó de mojar el pincel en los colores y observó al resto de flores que esperaban, como si buscara una en particular, pero un instante después retomó de nuevo su trabajo. Y, así, una a una fue coloreando los rostros de las flores y poniéndoles nombres hermosos: Violeta, Amapola, Petunia, Lila, Orquídea... de nuevo se escuchó la vocecilla: “¡No me olvides!”. Cuando el Creador finalizó toda su obra vio a esa pequeña florecilla con voz susurrante que estaba parada frente a él pues era la única que quedaba. La tomó entre sus manos y la miró atentamente. Tenía pequeñas florecillas de cinco pétalos que crecían en los extremos de los tallos en forma de ramillete. Sintiendo observada tan minuciosamente, la flor, que no tenía nombre ni color, comenzó a llorar. “Ahora entiendo”, sollozó con gran desconsuelo, “¡no te quedan nombres para mí!”, susurró dolida, pero el Creador le mostró una gran sonrisa. “Te pintaré los pétalos con el color del cielo en verano, y te daré la fuerza del sol en el corazón”. La florecilla se emocionó. “¿Y el nombre, y el nombre!?”, pidió jubilosa. “Te llamarás, Nomeolvides”.

Celeste miró a su marido con asombro. Cada pequeña explicación y frase iba acompañada de su correspondiente ilustración. El color de las flores era espectacular. Habían sido diseñadas con tanto mimo que se emocionó.

—Es una leyenda preciosa —admitió maravillada.

—¿Te gusta?

—Me encanta, y las ilustraciones son adorables.

Yago se mostró turbado.

—Es parte de un cuento infantil que explica de forma sencilla la creación del mundo.

—¿Cuántas partes has ilustrado? —se interesó ella.

—La que tienes en las manos es parte de la tercera.

Celeste sonrió de forma genuina.

—Me encanta, y me parece un detalle precioso por parte de tu abuelo este regalo para su amigo y que leerá a sus nietos en épocas señaladas.

El abuelo de Yago era un hombre de origen italiano muy religioso, detalle que ella respetaba cada vez que la familia se reunía en fiestas señaladas. Para una atea declarada

formar parte de una familia con fructíferas raíces católicas era un verdadero reto. Y de verdad que le parecía precioso el encargo religioso que estaba pintando su marido.

Yago seguía quieto sin dejar de contemplar a su mujer. Viendo la expresión de amor en su rostro se sintió el ser más afortunado del mundo.

—Un día tengo que pintarte.

—¡Pero si ya me has pintado! —protestó ella feliz.

Yago hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Te he pintado con las manos, con pinceles y lienzos, pero un día tengo que pintarte con los sentimientos del alma.

Celeste no parpadeó de lo sentida que estaba.

Vivir al lado de Yago era una felicidad continua, completa. Era el mejor hombre del mundo. El mejor amante y más tierno esposo.

—¿Y qué colores usarían tus sentimientos para pintarme?

Yago alzó una mano con lentitud, como si sostuviera un pincel y lo dirigiera hacia un lienzo imaginario.

—El respeto sería el blanco que matizaría el gris de las dudas que a veces me invaden porque temo no hacerte feliz —ella soltó un suave suspiro—, también suavizarían el negro porque representa el miedo que sufro al pensar en perderte —al mismo tiempo que hablaba describía pinceladas imaginarias con los dedos que la mantenían completamente cautivada.

A Celeste se le iluminaron los ojos y se le aceleró el corazón.

Yago se levantó de la silla y camino hacia ella. Extendió la mano para que la aceptara.

—Mi idealismo te pintaría de azul.

Juntos comenzaron a caminar hacia el dormitorio. Ninguno perdía la visión del rostro del otro. ¡Se bebían mutuamente!

—La esperanza de vivir el resto de mis días contigo te pintaría de verde.

Yago comenzó a desvestirla de forma suave, lenta: en una perfecta armonía de palabras y acciones.

—El deseo te pintaría de amarillo fuego.

Celeste quedó desnuda frente a él. Yago colocó las manos en los frágiles hombros de su mujer con absoluta reverencia.

—Y finalmente la pasión le daría vida al cuadro con el rojo sangre... —Yago calló un momento—, porque nada me importa más en este mundo que tú.

—Te amo... —susurró ella que lo miraba arrobada.

Yago tenía esa cualidad. A su lado cualquier mujer podía sentirse la mejor y más especial de todas. La hacía sentir viva, única, amada.



Inclinó el rostro hacia ella y fue al encuentro de la boca para besarla de forma tierna y dulce, como era costumbre en él.

—Te has debido dejar el amarillo y el rojo en la paleta —protestó ella ante la falta de posesividad del beso que ya había concluido.

—Mi sensibilidad te está pintando de rosa...

Celeste rió con humor.

—Pero yo quiero que me pintes de amarillo fuego y rojo sangre.

Yago tomó posesión del pecho de ella y lo acarició con una exclamación de placer, como si fuera él y no ella el que recibía la caricia.

—Tus deseos son órdenes.

La alzó en brazos y la llevó al lecho sin dejar de besarla. En Celeste se esfumaron el cansancio, también el dolor que su trabajo le provocaba cuando perdían una vida. Afortunadamente, Yago representaba para ella el aliento que la empujaba a seguir hacia adelante, que la llenaba de fuerza y tesón para no rendirse nunca. Vivir con él era estar sumergida en una nube de colores de la que no quería bajarse nunca, y Yago la llevó al extremo del placer como siempre.

Una vez que estuvo vencida y saciada, se acurrucó junto a su pecho. Él sólo pudo murmurar una palabra al oído de la mujer que amaba con todo su corazón.

—Celeste...

Ella se aproximó todavía más a él.

—Dime, amor.

—Nomeolvides...

*Bebo el veneno de tu silencio,  
y la incertidumbre corroe mi meditar,  
pues no muere un minuto en el tiempo  
sin que te desee besar.  
Y no te hallas en mis brazos firmes  
ni mis labios nutren tu suspirar,  
porque este olvido que abrazas,  
ocupa mi deseado lugar.  
Pero no con estas ansias que apuñalan  
ni este feroz deseo de tocarte,  
que por sentirte otra vez mía  
me tornaría en muerte para reclamarte.*

*Mas no permites corazón que te alcance,  
intento cogerte y sueltas mi mano.*

*No puedo sino llorarte  
y rezar en silencio tu rechazo.*

# CAPÍTULO 1

Miraba a través de la ventana con los ojos perdidos en el vacío y ausentes de calidez. Observó el bullicio que se escuchaba a través del cristal, pero no le arrancaba ni una sonrisa a su ánimo. La boca seguía con el mismo rictus severo, y, el ceño fruncido, se había vuelto crónico desde aquel fatídico día.

Los árboles del parque se mecían cautelosos ante la suave brisa de febrero en un soneto dulce que no logró conmoverla lo más mínimo.

Nada lograba despertar su interés desde hacía mucho tiempo.

Se abrazó el cuerpo en un instante de dolor y cerró los ojos a las sensaciones. Fuera, todo continuaba, sin embargo, ella no sabía si seguía muerta en vida o simplemente vegetaba. Oyó la puerta, pero no se volvió para mirar quién entraba por ella. Siguió en silenciosa meditación sin ser consciente de si las horas pasaban rápido o lento.

—Siéntese, Celeste —la mujer ignoró la invitación. Siguió en su postura rígida que transmitía la apariencia de insolencia, aunque no era consciente de ello.

Bajó la mirada hacia sus muñecas que estaban vendadas tras su frustrado intento de arrancar de su cuerpo el aliento que impulsaba la sangre a su corazón, y que la mantenían viva cuando ella deseaba justo todo lo contrario.

—¿Piensa seguir callada? —en la garganta de la mujer se formó un suspiro, pero que contuvo antes de exhalarlo—. Mi deseo es ayudarla —la voz tras ella seguía llegándole entre brumas—. Necesito una pequeña muestra de que entiende el tratamiento.

Seguía lejana. Ausente para todo.

—Es propio en los humanos sufrir —escuchó decir tras ella—, también perdonar —un ligero estremecimiento la sacudió aunque siguió ignorando el diálogo que no compartía con el individuo—. Necesito que hable conmigo.

Ella apoyó la frente en el frío cristal y cerró obstinada los labios que se entreabrieron a duras penas. Entornó los párpados. No quería estar en ese lugar, ni respondiendo a las mismas preguntas que le hacían a diario.

—El juez ha solicitado una nueva revisión de su informe médico —apuntó el facultativo. Ella escuchaba el sonido del siseo en el papel al quedar plasmadas las anotaciones—. Estado catatónico deliberado... indiferencia intencionada asumida... gestos de locura conscientes... —el siquiatra seguía escribiendo con el aprobado silencio de ella como en cada visita—. Intento de suicidio... —ella no permitió que terminara la oración.

—Escríbalo, pero no lo diga —susurró de pronto.

El deslizamiento del bolígrafo se detuvo, y entre médico y paciente se suscitó un silencio largo e incómodo que rompió finalmente él.

—Sigue esperando... —ni un ligero interés, ni un rechazo aceptado, nada: como la nada y el vacío que sentía en su interior—. Le diré que entre, y después volveremos a

conversar.

Oyó la carpeta al cerrarse y el sonido de la silla al deslizarse liberada del peso, sin embargo, nada de esas muestras de movimiento le hicieron regresar de su apatía. La puerta quedó abierta tras su espalda, y la ligera brisa que entró a la habitación movió su bata azul en un ligero vaivén que sujetó ella con los dedos de forma inconsciente.

—Buenas tardes —la silla volvió a moverse—. ¿Hoy tampoco vas a mirarme?

Era el mismo tono de voz de cada día. Con ese timbre que le provocaba estremecimientos. Se giró lentamente y clavó las pupilas en el rostro del hombre que le sonreía de forma genuina. Con un dolor en la profundidad de sus ojos que la alertó aunque no llegó a conmoverla.

El mismo rostro atractivo, la misma mirada atormentada, pero que ella no reconocía.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la voz grave.

La mujer bajó los párpados un tanto insegura.

—¿Por qué —preguntó al fin un poco turbada.

La sonrisa del hombre se acentuó y dotó a los rasgos viriles de una suavidad que le resultó atrayente.

—Me alegro mucho de que por fin me hables —Celeste hizo amago de volverse—. Sé lo duro que debe resultarte todo —alzó los hombros con indiferencia aunque lo escudriñó de reojo—. Soy consciente de lo que has sufrido, pero sabes que mi único anhelo es ayudarte.

Se quedó momentáneamente aturdida y se mesó el pelo con el agotamiento reflejado en el rostro. Se giró lentamente entre el nerviosismo y el recelo.

—¿No deseas sentarte a mi lado? —ignoró la invitación y se miró las muñecas con aprensión como en las últimas horas—. Mañana comenzarás un tratamiento menos agresivo. Sera beneficioso para ti. —El hombre guardó un minuto de silencio esperando su respuesta, aunque no llegó—. Vuelves a casa

Un leve destello asomó a las pupilas negras. Celeste miró por un instante los ojos del rostro que le hablaba con amabilidad.

—Estoy muy cansada —un amago de entendimiento cruzó los ojos del hombre ante la sorpresiva afirmación de ella—. No recuerdo nada —continuó con voz vacilante—, y en medio de esta oscuridad no puedo volver a una casa que me provoca miedo.

De nuevo se volvió hacia los cristales en un intento de regresar al mutismo de minutos antes.

—Deberían suprimirte la medicación por completo —dijo el hombre. Ella siguió mirando por la ventana—, pero si lo acepto no podría sacarte de aquí, y no puedo permitir que estés más tiempo lejos de todo lo que amas y conoces.

Esas palabras le hicieron volverse de pronto con la alarma reflejada en el rostro.

—¡No! —fue el apresurado comentario de ella—. No quiero marcharme.

El hombre parpadeó levemente como si quisiera barrer la frustración que le provocaba su actitud.

—Soy consciente de que tienes miedo, si bien no puedo dejarte aquí por más tiempo porque... —ella no lo dejó terminar.

—¡No! —exclamó con un miedo atávico real—. ¡No! —reiteró.

El hombre se levantó de la silla y caminó hacia ella.

—Por favor... por favor —rogó él—, necesito que confíes en mí.

—¡No! —repitió con la voz entrecortada y extendiendo su mano derecha para evitar que él llegase a tocarla.

No soportaba que nadie lo hiciera.

—Celeste —ella no le contestó—. ¡Necesito que confíes!

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—No puedo, ¡no puedo...!

El hombre lanzó un suspiro largo antes de responderle.

—Yo me ocuparé de todo.

\*\*\*

Miró la espaciosa habitación que tenía frente a los ojos. La reja que cerraba la ventana hizo que frunciera la boca con disgusto. Seguía siendo una prisionera del miedo, daba igual que le cambiasen de cárcel. Seguiría suspendida en el abismo sin importar que fuera en el hospital, o en ese lugar que le era completamente desconocido. Sus pocas pertenencias estaban esparcidas por la ancha cama. Instintivamente se llevó las manos a las muñecas y se las acarició con pesar. Había hecho una locura, había atentado contra ella misma.

¡Debía de haber sido tanta su desesperación que poco le importó tratar de quitarse la vida!

Las paredes no tenían cuadros y estaban pintadas en un suave color amarillo que le desagradó de inmediato, se giró y centró su atención en la persona que la miraba entre alerta y comprometida: el hombre alto que decía ser su esposo.

—No reconozco este lugar —afirmó con voz débil.

—Es tu hogar —la voz de él había temblado ligeramente.

Bajó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada.

—Mi hogar debería ser el Camposanto... —él no la dejó terminar.

—No digas eso —ella comprendió su estupidez al recordarle precisamente su intento de suicidio. El hombre se había puesto a la defensiva—. Prométeme que no volverás a intentar... —no se atrevía a pronunciar la palabra suicidio.

—Ya cometí esa imprudencia una vez, no volveré a repetirla —afirmó ella.

El suspiro de él fue claramente audible.

La mayoría de los suicidios solían suceder al producirse una profunda crisis depresiva. La persona que valoraba el suicidio lo hacía porque el dolor emocional que sentía se le hacía insoportable y porque se sentía desesperado. La persona depresiva creía firmemente que nada podía cambiar su futuro, y que no podía contar con nadie para que le ofreciera apoyo incondicional. Por eso el suicida no solía ver otra salida a su sufrimiento que la propia muerte. Sin embargo, Celeste no había pretendido dejar de vivir, sino de sufrir, y el estado mental depresivo en el que se había sumergido le impedía pensar en otras soluciones o vías de escape a su tormento. Los médicos solían obviar que el suicidio nunca se debía a elección propia sino que se sucedía cuando el dolor era mayor que los recursos para poder afrontarlo.

—Aunque no me creas, no volveré a atentar contra mi vida —repitió con voz queda.

La mirada que Celeste le dedicó, hizo que el corazón del hombre diese una pirueta dentro de su pecho.

—¿Por qué no dices mi nombre? —preguntó él en voz baja.

Estaba plantada justo en medio del dormitorio. Cambiaba el peso de un pie al otro como si estuviera muy nerviosa.

—Yago—soltó de pronto.

Él la miró con cierto recelo, como si le desagradara escuchar el sonido de su propio nombre en los labios de ella.

—Dejar aflorar la rabia es una clara muestra de que queremos hacernos oír. Es una llamada de auxilio —ella volvió la cara con cierto desdén tras escucharlo.

Yago suspiró al ser consciente de las emociones encontradas que asomaban al rostro demacrado. Quería su furia, su rabia, no ese mutismo que lo volvía loco.

—El juez ha sido magnánimo con los dos, pero si vuelves a tentar contra tu vida ya no podré hacer nada para mantenerte a mi lado —Celeste no respondió porque ya le había asegurado que no atentaría de nuevo contra su vida—. Llevo semanas intentando que comprendas esta situación —calló un momento—, y otras muchas razones.

Celeste se resistía a la verdad. El tiempo que había estado recluida en el psiquiátrico le había consumido la paciencia. Frente a ella tenía a un hombre que no conocía. Que le resultaba un completo extraño y que le pedía que confiara en él. ¿Cómo se lograba algo así? Lo desconocía.

—¿Soy tu único familiar? —Yago no se esperaba una pregunta de esa índole, al menos viniendo de ella, aunque se guardó la sorpresa y asintió con la cabeza.

—Eres la única familia que realmente me importa —Celeste entendió muchas cosas tras esas palabras quedas. Él también debía de haber sufrido mucho—. Todos, en mayor o menor medida, hemos padecido una pérdida dolorosa... —alzó una mano para callarlo.

No podía escuchar lo que venía a continuación como no había podido escucharlo anteriormente por mucho que él se esforzara en repetirlo. Durante semanas él había insistido en lo mismo y ella mostraba la misma reacción.

—¡No lo digas! —se tragó la angustia que había acudido a su boca para salir con un

espasmo violento.

—Dilo conmigo —la instó con suavidad—. Tuve un accidente de coche y... —ella trató de taparse los oídos ante la frase.

—¡No! —exclamó un segundo después llena de angustia.

—Dilo, Celeste, es muy importante —le volvió la espalda con ira incontrolable.

—¡No quiero estar aquí! ¡No te reconozco!

Yago redujo los ojos a una línea ante la negativa de ella. Negativa que había repetido hasta la saciedad.

—Repíteme conmigo, tuve un accidente de coche y...

Celeste estalló en una décima de segundo, volvió su rostro desencajado y se abalanzó sobre Yago llena de rabia. Trató de alcanzar sus ojos con las uñas, y, al no lograrlo, le arañó el rostro con furia desmedida. Yago trató de sujetarla pero la fuerza de ella alimentada con la ira más profunda, hizo difícil parar su ataque inesperado.

—Carmen, rápido, el Cinolazepan... en el primer cajón —la mujer obedeció de inmediato y sin asombrarse, como si estuviera acostumbrada a esos estallidos de violencia.

Celeste estaba ida de dolor. Seguía gritando y pataleando como una fiera enjaulada, y de pronto se hundió en la inconsciencia.

## CAPÍTULO 2

Ignoraba el motivo, pero oír esa melodía suave la serenaba. Podía reconocer el violonchelo, aunque no al compositor de la obra, ni sabía lo que podía haber significado anteriormente en su vida.

Yago solía decir que era su música preferida, pero Celeste era incapaz de conservar o recuperar información almacenada con anterioridad. Ella padecía de amnesia postraumática por culpa de un accidente de coche. Su amnesia había sido causada por una lesión en la cabeza. Los médicos le habían dicho que la duración estaba relacionada con el grado de daño causado, pero ya habían pasado varios meses desde el accidente, y ella continuaba sin recordar absolutamente nada.

Seguía dentro de las cuatro paredes de su habitación. Era tal el miedo que sentía, que se había negado a salir de la misma. El hombre que decía ser su marido venía a visitarla con frecuencia, pero ella sólo quería estar sola. Dormir y despertar una vez que hubiera recuperado la memoria.

Escuchó los suaves golpes en la puerta y se encogió en la cama. Seguía en camisón, despeinada y sin ganas de hacer nada salvo consumirse.

—Sé que estás despierta. —El hombre empujó la puerta, pero no se abrió. Celeste la había cerrado por dentro—. Te traigo un libro.

—Ni siquiera recuerdo si sé leer —contestó en voz baja.

—Abre, Celeste, por favor.

Escuchó la voz suplicante y Celeste se dijo que así no podía continuar. Estaba en una casa que decían que era su hogar. Vivía con un hombre que no reconocía pero que él afirmaba que era su esposo.

—Por favor, Celeste...

Se levantó de la cama con movimientos lentos. Se puso las zapatillas, la bata y se atusó el pelo para peinarlo un poco. Tras unos momentos corrió el pestillo y abrió la hoja de madera.

—No tienes que temer de mí —ella no sabía qué pensar—. Nunca te haría daño.

El hombre le traía un libro en una mano, y una ramillete de flores en la otra.

—Son muy bonitas, gracias.

Aceptó los obsequios con una prudente sonrisa.

—Vamos a comprobar si recuerdas cómo se lee.

Yago acercó una silla a la cama y se sentó invitándola a que ella lo hiciera. Celeste se quitó las zapatillas y subió los pies a la cama. Dejó las pequeñas florecitas en la mesita con cuidado y trató de leer el título del libro.

—El color púrpura —leyó sin tropiezo alguno.



Miró a Yago y mostró una sonrisa ligera.

—Me alegra comprobar que no has olvidado cómo se lee —dijo bastante satisfecho al mismo tiempo que se reclinaba hacia atrás—. Me encantará escucharte.

—¿Deseas que te lea? —preguntó incrédula.

Él no quería decirle que tiempo atrás habían compartido lecturas, risas, momentos inolvidables, y, mucho, mucho más. Eso era lo más terrible para Yago, ser consciente de todo lo que habían perdido.

—Te encanta la novela de Alice Walker —le dijo.

Celeste entrecerró los ojos para que él no viera la desilusión que sentía pues ignoraba por completo qué tipo de literatura le gustaba anteriormente. Respiró profundamente, abrió el primer capítulo y comenzó a leer.

Yago la escuchaba atentamente, pero lo que Celeste no sabía era que se conocía la novela casi de memoria. Ella se la había leído por las noches en infinidad de ocasiones. Era el momento mágico para de los dos: Celeste leía y él la pintaba.

Mientras escuchaba la melodiosa voz, su mente viajó al pasado, al preciso momento de cuando eran una pareja inmensamente feliz. Cuando nada lo había preparado para la desgracia que iba a acontecer en su vida volviendo su mundo del revés. Celeste ya no era la misma persona, pero él tampoco. Escuchaba su voz y jugó a imaginarse que nada había sucedido y cambiado entre ambos. Que seguían tan enamorados como el primer día. Que ese rostro bello no lo miraba con indiferencia sino con amor, con ese amor loco y desesperado de los quince años, y también maduro y fiel como el de los cincuenta.

—Es una historia horrible —protestó ella.

Celeste había cambiado el tono de voz. Yago la miró un tanto aturdido porque, había estado tan centrado en los recuerdos y en las ilusiones, que no se había percatado de cuándo ella había dejado de leer.

—Era tu preferida.

Celeste arrojó el libro a los pies de la cama y lo miró con duda. Esa historia trágica, triste y oscura no podía ser su preferida.

—Me desagrada —contestó firme—, es cruda, insolidaria...

Yago soltó un suspiro suave. Tomó el libro y pasó las hojas pensativo. Tiempo después la miró con atención.

—Es la vida de Celie —dijo Yago—, una joven muchacha afroamericana de catorce años que cuenta su difícil existencia durante treinta largos años.

—Tiene un padre horrible —contestó en voz baja.

Yago pensó que eso no era lo peor de la novela.

—Es cierto —concedió suave—, el padre de Celie la vende a un hombre que la maltratará toda su vida, no sólo físicamente sino también psicológicamente.

—¿Por qué dices que me gustaba?

—Por la entereza de su protagonista. Porque a pesar de las dificultades, nada logra quebrar su espíritu. Porque es bella de corazón, al menos lograbas que la percibiera así mientras me leías su historia.

Celeste parpadeó ligeramente.

—Es muy triste.

—Pues no mejora salvo al final —le reveló él.

—No deseo leerlo —afirmó contundente.

—Entonces ven a la biblioteca conmigo y elige otro libro.

Celeste dudó, pero la invitación de Yago resultaba irresistible. Ahora le apetecía leer algo más bonito y que no fuera tan trágico. Aceptó la mano que le tendía y lo acompañó por primera vez fuera del dormitorio desde que había llegado a la casa.

—Huele muy bien —dijo aspirando en el aire.

Yago la dirigía con paso lento por el pasillo.

—Son velas de miel, tus preferidas.

Celeste se paró de golpe.

—¡Deja de decir eso!

Él la miró asombrado.

—¿Qué?

—Todo lo que consideras mi preferido.

—¿Por qué?

—Porque no recuerdo que lo sea y me hace sentir incómoda que me lo digas constantemente.

—Lo lamento.

Yago había pretendido que recordara, y creyó que con la música, los aromas y las lecturas preferidas de ella lo lograría. Craso error.

—Tienes todas esas novelas por escoger.

La librería del despacho era enorme. Celeste se giró hacia él y miró tras su espalda. Las paredes estaban desnudas, pero tenían marcas oscuras de cuadros que habían estado colgados. ¿Por qué motivo ya no estaban? También se fijó en los rincones con mesitas auxiliares que parecían vacías.

Lo dejó plantado y comenzó a recorrer la casa por sí misma. Entrando y analizando cada habitación y lugar. Lo que se mostraba a sus ojos eran estancias insulsas, frías.

—¿Qué piensas? —se interesó él.

Pero ella continuaba en silencio observando cada rincón de la enorme casa. Llegó al salón y lo miró con ojo crítico. Estaba limpio. Ordenado. Los muebles eran caros y muy buenos, pero la casa parecía solitaria, desgajada.

—Es una casa muy triste —contestó sin parar de recorrerla—. No tiene vida.

Yago la miró muy serio.

—¿Qué piensas que le falta? —ella tardó un tiempo en responder. Seguía mirándolo todo con inusitada atención—. ¿Qué crees que le falta? —insistió Yago.

Celeste lo miró tan seria que le provocó un escalofrío en la base de la columna.

—Memoria —respondió al fin—. Le falta memoria, como a mí.

## CAPÍTULO 3

Celeste había recorrido la totalidad de la casa varias veces en los días siguientes, y en su recorrido se tropezó con una habitación cerrada. Estaba en la última planta, y, aunque se moría de curiosidad por saber qué se escondía detrás de la puerta, no tenía ánimos para pedirle a Yago que la abriera para saciar su curiosidad. Imaginó que sería un trastero, o un lugar de trabajo. Quizás un dormitorio de invitados.

Que ella hubiera decidido familiarizarse con la casa nada tenía que ver con superar los miedos que todavía albergaba, sino porque Yago se pasaba la mayor parte del tiempo fuera, y ella tenía más posibilidades de moverse sin que él fuera detrás. La incomodaba cada vez que la miraba: cuando accidentalmente la rozaba al pasarle un objeto. Celeste no quería estar cerca de él, al menos hasta que se sintiera más segura consigo misma.

Carmen, la mujer que ayudaba en las tareas de la casa y que preparaba las diferentes comidas, salió a su encuentro.

—El desayuno está listo.

Celeste la miró y comenzó a bajar los escalones uno a uno.

—¿Por qué está esa puerta cerrada? —le preguntó.

—Es el estudio de trabajo de su marido —contestó mientras la dejaba que la precediera hacia el comedor.

—¿Siempre has estado con nosotros?

—Desde hace muchos años —respondió la mujer.

—¿Y siempre he sido así de tonta?

La mujer sonrió de forma leve.

—Tonta no, amnésica.

Si lo decía otra persona que no fuera ella no le parecía tan grave. Cuando Celeste cruzó del pasillo al comedor, se percató de que la mesa estaba puesta sólo para ella.

—Acompáñame, por favor —le dijo sujetándole el brazo—. No me gusta comer sola.

La mujer la miró durante un instante, otro después asintió.

Celeste llenó sendas tazas de café y tomó un bollo caliente. Se fijó en las flores que tenía pintada la taza. Eran las mismas que Yago le traía cada mañana.

—Son muy bonitas.

Y se percató que había dos cuadros pintados en una pared que tenían las mismas flores que las de la taza. Eran pequeñas, quizás de un centímetro de diámetro y con cinco pétalos azules.

—El jardín está lleno de ellas.

Celeste no lo sabía, pero ahora podía entender que cada mañana él le ofreciera un

ramillete fresco. ¡Tenía las flores en el jardín!

—Son un poco pequeñas para flores de jardín, ¿no te parece? —dijo Celeste, y la mujer la miró con una sonrisa enigmática—. Cuéntame cosas sobre ti —le pidió—, sobre mí, sobre nosotros.

La mujer comenzó a relatarle todo aquello que conocía de ella. Le habló sobre sus gustos, sus manías. Sobre su trabajo, sus pasatiempos. Pero Celeste no recordaba nada. Parecía que le hablaba de una completa extraña, pero la escuchó, aunque pasado un tiempo se percató que la mujer evitaba mencionarle cosas íntimas que ella también debía conocer.

—Siempre ha sido una mujer decidida. Fuerte y valiente. Justa pero implacable porque no le ha importado imponerse cuando sabía que la razón la acompañaba.

—Eso quiere decir que solía discutir bastante —suspiró porque no le gustaba nada la mujer que había sido en el pasado.

Celeste pensó que en el presente era justo todo lo contrario. Se veía así misma débil, introvertida, cobarde...

—Cuando desperté en el hospital —comenzó a decirle a Carmen—, no tenía idea de quién era o de dónde estaba. No reconocí el entorno. —Carmen la escuchaba atentamente y sin dejar de mirarla—. Podía hablar, pero mi vocabulario estaba muy limitado. Tampoco podía caminar sin la ayuda de alguien, y ni siquiera sabía cómo tomar agua de un vaso o cómo agarrar un tenedor o un cuchillo.

—Debió de ser muy traumático.

—Veía médicos. Enfermeras, y un hombre que no se separaba de mi cama pero que no conocía.

—Su esposo la quiere muchísimo, y se desvive porque recupere la memoria.

—¿Y si no la recupero?

—Todos los que la quieren lo seguirán haciendo los recuerde o no.

Celeste se preguntó cómo se podía vivir con ese profundo vacío que sentía en su interior. Durante muchos días se había esforzado hasta el punto de creer que le estallaría la cabeza, pero seguía sumida en una oscuridad completa.

—Tengo la sensación de que la Celeste de antes y la Celeste de ahora no tienen nada en común porque no tenemos ya la misma personalidad y tampoco compartimos gustos comunes.

Celeste había probado una selección de alimentos, escuchado diferentes géneros de música, y había leído varios libros que Yago había afirmado que le encantaban, pero había descubierto que no le gustaban en absoluto. Detestaba la comida italiana. Le molestaba escuchar música pop, y ya no soportaba leer novelas trágicas.

—Pienso en aquella Celeste como un ser totalmente diferente.

Carmen apenas decía nada. La escuchaba con una mirada de pesar auténtico.

—Hoy le pienso preparar cocido maragato de mi tierra —Carmen pensó que así la

animaría.

Pero Celeste no pudo responder porque Yago había entrado al comedor. Sonrió al ver sentada a Carmen junto a su mujer.

—¿Llego a tiempo para el café?

Carmen le sirvió uno aunque no estaba muy caliente. Yago sacó un envoltorio de la cartera de trabajo y se lo tendió a Celeste. Carmen aprovechó para recoger algunas tazas y platos y se retiró a la cocina.

—Es un regalo —Celeste no se atrevía a cogerlo—. Vamos, no muerde.

Cuando lo hizo trató de que los dedos de ambos no se rozaran.

—¿Qué es? —preguntó al mismo tiempo que rasgaba el bonito papel de flores.

—Una cámara de fotos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Una cámara de fotos?

Yago se guardó que ella detestaba las fotos porque las consideraba estáticas. Imborrables, y lo peor de todo, eternas. Durante muchos días había estado analizando los motivos para que Celeste detestara sus comidas preferidas, su música preferida, y la literatura que siempre le había apasionado. Si no había funcionado nada de lo que le gustaba anteriormente, quería probar justo con todo lo contrario.

—Podemos ir al parque para que hagas algunas fotos.

¿Salir de la casa? ¿Tropezarse con gente que la conocía, y que por el contrario ella no? ¿Quedar expuesta? ¡De ninguna manera!

Yago vio el miedo que asomó a los ojos de ella y se descorazonó.

—Sé que es difícil —la tranquilizó.

Pero Celeste se dijo que él no tenía ni idea de lo que significaba que todo resultara extraño: las calles, avenidas, edificios, pero había llegado el momento de mantener una conversación crucial con él porque Celeste sabía que Yago esperaba mucho de ella, y no estaba segura de si podría dárselo. Tenía que dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Te agradezco sinceramente la enorme tarea que realizas cada día para cuidarme porque sé lo duro que resulta para ti que me haya convertido en una extraña —Yago se limitó a observarla mientras cruzaba un pie sobre otro con cautelosa prudencia—. ¿Cómo sobrevives a que no te reconozca?

—Siendo sincero, no estaba preparado para lo que nos ocurrió —admitió al fin.

—¿Y entonces...?

—Nadie está preparado para la pérdida de memoria completa de un ser querido, y me atrevo a afirmar que ni los propios profesionales están preparados. Cuando me notificaron tu diagnóstico se me abrieron las puertas a un mundo totalmente desconocido. Me arrojaron a un océano de muchísimas emociones para el que no estaba preparado.

—Entonces, ¿cómo enfrentaste mi diagnóstico?

—Salí de la consulta que había mantenido con los diferentes neurólogos y me prometí no rendirme a recuperarte. Partía de una base cero en conocimiento de la amnesia, pero llegue a casa y lo primero que hice fue recabar ingentes cantidades de información que me volvieron loco en un principio. Volví a pedir un segundo diagnóstico, un tercero y un cuarto con resultados idénticos, hasta que mi hermano me detuvo en esa loca carrera que había emprendido.

Celeste se dijo que Yago se había convertido en la segunda víctima directa de su enfermedad.

—¿Tu hermano?

Yago no respondió a la pregunta de ella.

—Encontré mucha información, pero de la teoría a la práctica hay un enorme abismo, además, cada enfermo y realidad son un universo propio.

—Lamento haberme mostrado desconfiada al principio —Celeste rectificó—, ser todavía desconfiada.

—La amnesia te ha convertido en una persona infeliz, y eso me destroza.

El tono de voz de Yago sonaba afectado.

—Le decía a Carmen hace unos momentos que La Celeste de antes y la Celeste de ahora no tienen nada en común. Tengo la sensación de que soy otra persona con otros gustos, y me preocupa que no seas capaz de aceptarlo.

—Lo aceptaré —admitió Yago—, pero no dejare de intentar con todas mis fuerzas que me reconozcas de nuevo.

Celeste entornó los párpados muy preocupada porque ella lo creía improbable.

—¿Y si no es posible? ¿Qué sacarás de positivo de toda esta sin razón?

El rostro de Yago era puro sentimiento.

—He aprendido muy bien lo que significa el amor incondicional, la humildad... Tu amnesia ha cambiado mi escala de valores.

—Pero, ¿y si no llego a recordarte nunca más?

Los ojos de Yago brillaban de una forma que le provocó un escalofrío a ella.

—A diferencia de ti, yo creo firmemente que una persona amnésica nunca pierde la memoria emocional, la —ella no lo dejó terminar.

—Basta porque... —él la interrumpió a su vez.

—Igual no saben quién eres, pero tu vínculo afectivo sigue estando ahí dentro —Yago señaló el pecho de ella—, y no pienso rendirme nunca.

Celeste bajó los ojos y cruzó las manos en su regazo porque él había intentado cogerlas. Escuchó el suspiro masculino pero no lo miró, no podía hacerlo porque sabía que le hacía mucho daño con su actitud fría. Distante, aunque no lo hacia a propósito.

—Celeste...

Oyó la voz pero siguió sin mirarlo, y así estuvieron durante unos instantes, pero finalmente ella se rindió y lo miró muy asustada. Yago estaba muy quieto y la contempló con tanta intensidad que ella se removió en la silla.

—¿Qué? —preguntó finalmente con un hilo de voz.

—Nomeolvides...



## CAPÍTULO 4

La habitación cerrada atraía su atención cada vez que cruzaba por delante de ella. Desde que Yago le hizo la oferta de salir a hacer fotos por la ciudad y que ella rechazara de forma tajante, no habían vuelto a hablar sobre su amnesia, y, como le tenía pánico a salir a la calle, incluso al jardín, Celeste se dedicó a aprender a manejar la cámara de fotos y a inmortalizar cada rincón de la casa que le seguía pareciendo vacía.

Había fotografiado los dibujos de la vajilla inglesa del comedor. Las tazas de porcelana fina del aparador y que, según le había contado Carmen, eran parte de la herencia de su abuela materna, abuela que ella no recordaba. Y mientras hacía fotos del salón, del mobiliario, se percató de que en la casa no había ni una sola foto de yago y de ella. Tampoco fotos de abuelos ni familiares por parte de uno y de otro.

Caminó hasta su dormitorio mientras escuchaba el ruido que hacía Carmen en la cocina. Abrió el ropero y miró la ropa que estaba guardada en su interior. Era realmente fea. Muchos trajes de chaqueta y pantalón en tonos grises. Un par de faldas rectas en granate y negro. Varios jerséis de cuello vuelto en tonos oscuros. Una gabardina de algodón marrón, también varios pañuelos de seda en colores neutros.

Celeste suspiro, su guardarropa era tan impersonal como la casa.

Rebuscón entre los cajones pero no encontró nada de lencería de encaje que resultara seductora o sexi. Todo eran prendas muy prácticas pero poco favorecedoras.

La Celeste del pasado tenía un gusto pésimo para la ropa.

Vació los cajones y comenzó a fotografiar cada prenda que quedó esparcida por la cama: medias, pañuelos. Bufandas, pantalones y algún vestido de corte clásico.

«Cuando me atreva a salir al jardín haré una pira de fuego con toda esta ropa», se dijo Celeste mientras seguía fotografiando las prendas que consideraba anodinas, y cuando hubo terminado guardó las prendas en el armario de un puñado, pero antes de salir del dormitorio se paró un momento. Giró la cabeza y miró hacia el armario que había dejado abierto, por alguna extraña razón supo que en el pasado ella había sido muy cuidadosa tanto con su ropa como con sus pertenencias.

«Esta Celeste de ahora me gusta más», se dijo convencida. Más tarde arreglaría de nuevo el desorden de su cuarto, pero en ese momento quería fotografiar lo que había en el interior de la habitación cerrada. Era como un imán poderoso que la atraía para que descubriera los tesoros que ocultaba en su interior.

Con la cámara de fotos colgada al cuello, Celeste se dedicó a buscar la llave que abría la cerradura, pero tras varios intentos infructuoso, no la encontró por ningún lugar de la casa. Algo frustrada salió de nuevo al pasillo y observó la habitación de Yago. Caminó sigilosamente, como si temiera que la pillaran infraganti.

Puso la mano en el picaporte, lo giró y suspiró antes de empujar la puerta. El interior olía a Yago. Mostraba a Yago, aunque no supo explicarse el motivo: los tonos azules de las paredes. Los muebles de cerero rojo, el orden y la pulcritud que observaba en todo a

medida que abría el ropero y tocaba sus camisas le recordaba a él. También sus corbatas, y se dio cuenta de que la ropa de Yago era tan anodina como la suya propia. Todo en color oscuro. ¿Dónde estaban los rojos, naranjas, verdes y azules? Celeste no se lo explicaba pero esa ropa no se correspondía con la personalidad de Yago. Abrió un cajón, después otro mientras tocaba los diferentes artículos, y de pronto sus dedos rozaron algo que estaba metido entre pañuelos. Era una foto, sacó una esquina y miró subrepticamente sobre su hombro. La sacó al fin y la miró con una sonrisa que pronto se borró de sus labios.

—¡Oh Dios mío! —exclamó con un grito—. ¡No! ¡No!

\*\*\*

Sentía los miembros paralizados y la boca tan reseca como si hubiera masticado arena de la playa. Le producía un dolor extremo tratar de abrir los ojos. Siempre le ocurría cuando le administraban drogas para calmarla, los efectos secundarios la dejaban atontada durante varios días. Trató de pasarse la lengua por los labios agrietados pero fue incapaz de llevarlo a cabo, hasta el más mínimo pensamiento le producía un malestar profundo que la desalentaba.

Notó el blando colchón bajo la espalda.

Pudo abrir los ojos apenas una rendija si bien la oscuridad de la noche era completa. Intentó alzar la mano pero no obedeció su orden, siguió en la misma postura inerte sin saber las horas que había permanecido así. El hormigueo constante de sus pies dormidos le produjo una incomodidad que no pudo aliviar.

Cuando recordó la foto que había visto en el dormitorio de Yago se convulsionó entera.

¡Dolía! ¡Dios bendito! Sentía que unas tenazas al rojo vivo le daban pellizcos al corazón que se negaba a dejar de latir con obstinada supervivencia. No podía enfrentar los hechos. Era incapaz de organizar sus caóticos pensamientos enmarañados en las dudas más insoportables. Había querido dejar de sentir, por ese motivo había atentado contra su vida, ¡necesitaba dejar de sentir! Pero nadie se percataba de la agonía que sufría tan solo por el hecho de respirar segundos, de exhalar suspiros.

Recordaba a su hijo muerto, pero no al hombre que lo había engendrado. ¿Cómo había podido olvidar en la casa lo que no pudo olvidar en el hospital? ¿Por qué esos días y semanas sin pensar un momento en su pequeño aplastado bajo una máquina infernal?

Sentía alfileres en el corazón. La realidad la aplastaba y la corroía por dentro como un cáncer que invade todo órgano sano para convertirlo en un trozo de carne inservible.

Un espasmo la sacudió pero fue incapaz de parar los estertores que la atizaron con violencia. Celeste sintió las contracciones violentas que sacudían los miembros y músculos de su cuerpo: la agitación anormal de su cabeza contra sus hombros. Parecía como si la tierra se sacudiese con un terremoto estremecedor para insuflarle un soplo de vida, y ella no pudiese hacer nada para salir de ese huracán que la engullía y tragaba para vomitarla luego con una sensación de derrota.

—Tranquila, es un efecto secundario del Cinolazepan, pronto pasará.

Celeste sintió un alivio inmediato al no saberse sola. Poder sentir la presencia de otra

persona que la consolaba en el momento que más lo necesitaba, desbordó la presa que contenía su alma. Las lágrimas comenzaron a brotar desde su misma esencia de madre atormentada. Y herida de muerte lloró y vació el caudal retenido desde hacía demasiado tiempo.

—Las lágrimas curan el alma, amor —un nuevo estallido de lágrimas la acometió y volvió a sacudirla con gemidos lastimosos—. Y no sabes cuánto me alegro. Exteriorizas el dolor que nos va gangrenando por dentro —el cuerpo de Celeste dejó de sacudirse.

Inspiró profundamente antes de abrir los ojos y mirarlo con infinita tristeza.

—¿Cuánto tiempo llevo sedada? —creyó que Yago no le respondería, pero se equivocó.

—Más de doce horas —respondió.

Recordó el ataque violento que había sufrido unos segundos después de contemplar la foto de ellos dos con el pequeño de ambos. El ataque había sido tan violento que había necesitado que la medicaran.

Celeste tragó la saliva con dificultad. Yago la seguía sosteniendo por los hombros y se sintió reconfortada. Hacía demasiado tiempo que no sentía el calor humano. Y ese cúmulo de sensaciones estalló dentro de su vientre.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz quebrada.

—La una de la madrugada —respondió la voz apenas en un susurro.

El ataque había ocurrido a las doce de la mañana.

—Le has dado un buen susto a Carmen —le dijo él en un tono de broma para animarla un poco porque parecía un cadáver.

Celeste miró directamente el rostro que la observaba con atención.

—Tengo sed — Yago, que estaba inclinado sobre ella, trató de alzarse, pero Celeste se lo impidió—. ¡No!... ¡No me dejes sola! Tengo miedo a esta oscuridad voraz que no me da tregua —Yago volvió a sentarse sobre el mullido colchón.

Era terrible el miedo que la acosaba cuando caía la noche. Sentía que se precipitaba por un vacío negro hacia una boca de dientes afilados que la mordían hasta despedazarla.

—Pensaba traerte un vaso de agua —Celeste negó con la cabeza varias veces.

—Es otro tipo de sed el que tengo —las manos de ella se cerraron sobre la camisa de él con fuerza, y haciendo el tejido lo atrajo hacia ella—. No quiero estar más tiempo perdida en la oscuridad.

El hombre no se esperó que la boca de ella buscara la suya con avidez. El beso lo pilló tan desprevenido que no atinó a separar las manos que se habían cerrado como zarpas en torno a su cuello. Le sorprendió la fuerza con la que lo mantenía pegado a su boca, y cómo su lengua hurgaba entre sus dientes como poseída por una fuerza extraña. Supo que no podía darle el tipo de consuelo que ella buscaba, y trató inútilmente de separarse aunque sin conseguirlo.

Celeste clavó sus pupilas en los ojos azules, claros como una tarde de verano. Sentía

su respiración cálida cerca de sus bocas, sin comprender del todo si era la de él o la de ella quien los exhalaba. Cuando percibió la tibieza de la piel de los labios rozar con una caricia leve los suyos, abrió el corazón a la necesidad y cerró los ojos ante la culpa. Entreabrió los labios apenas una rendija, sin embargo, fue suficiente invitación para la invasión de su alma. Apenas había comenzado el roce suave cuando lo sintió alejarse con una exclamación ahogada. Ella volvió a reclamar la boca de él que regresó a su encuentro más firme y decisiva.

—No me dejes sola, por favor. Te necesito...

Su suplica fue correspondida. Estaba desnuda bajo el fino camisón de algodón. La mano impaciente y cálida buscó la cara interna de sus muslos hasta llegar al centro mismo de su ser. Celeste pensó anárquicamente que si tenía la mente ocupada en Yago y lo que le hacía, dejaría de pensar en su hijos muerto.

No lo recordaba pero sentía verdadera necesidad física de olvidar otros sentimientos destructivos.

—Hazme olvidar... por favor.

Percibió cómo se tumbaba encima de ella, cómo se sacaba el pene del pantalón, y de una sola embestida la llenó por completo.

«Al menos una parte de mí no está vacía», se dijo para consolarse.

Comenzó a respirar con dificultad cuando la lengua de él volvió a reclamar el interior de su boca en un beso largo y profundo. Celeste, no pudo resistirlo más. El nudo en su vientre había alcanzado el tamaño necesario para estallar dentro de ella en un orgasmo violento e intenso. Gritó para su sorpresa, y entonces él rugió y se desplomó.

Tiempo después se despertó sola. Desorientada. Se lamió los labios resecaos, y la luz de la mañana la cegó por completo. Deslizó la mirada por la habitación y se dio cuenta que seguía teniendo el camisón puesto y que la sábana la cubría. Se levantó de su posición horizontal y se quedó medio sentada en el colchón con las piernas colgando. Alcanzó la bata que descansaba a los pies de la cama, y se calzó las suaves zapatillas. Cuando intentó reincorporarse sufrió un ligero mareo, recordó que no había comido en dos días, con paso inseguro llegó hasta la puerta que abrió con dudas.

Dirigió los pasos hacia las voces que escuchaba a través de paredes aunque no sabían muy bien de dónde provenían. Y de repente las dobles puertas del jardín quedaron delante de ella. Sentía verdadero pánico a salir al exterior, pero se dijo que tenía que intentarlo. Llevaba varias semanas encerrada en la casa y había llegado el momento de ser valiente. Respiró profundo varias veces. Cerró los ojos, los abrió, y finalmente cruzó las amplias cristalerías que daban al jardín. Bajó los cuatro peldaños y quedó frente a una rosaleda que le quitó el aliento durante un instante. La vista resultaba sobrecogedora por belleza. Se encontraba alzando la mano para acariciar una flor cuando una voz en su espalda le dio un susto de muerte.

—Me alegro de que hayas decidido acompañarme en el almuerzo.

Se volvió, y cuando contempló la sonrisa de Yago, deseó que la tierra la tragara.

—Al fin has recordado —dijo él—. Estoy tan feliz.

Celeste supo que estaba equivocado. La entrega de ella por la noche había sido propiciada por otros motivos: miedo, desesperación, pero la verdad era que no recordaba nada. Simplemente se había dejado llevar por la soledad y la amargura. El rubor la cubrió hasta la raíz del cabello y de su boca sólo salió un gemido estrangulado.

Él asió su mano con suavidad.

—Estoy tan feliz de que me recuerdes... —reiteró con ojos brillantes.

## CAPÍTULO 5

Dudó entre dejarse guiar o no. El suave apretón de mano le produjo una descarga que le hizo ahogar un gemido involuntario. Seguía mostrándole la sonrisa afectuosa que comenzaba a apreciar a pesar de sus temores. Sus ojos serenos trasmitían en el fondo una cierta inquietud que ella no supo descifrar, tampoco quiso.

—Vamos, nuestro almuerzo se enfría —lo obedeció sin decir una palabra.

La guió condescendiente hasta la mesa dispuesta en el amplio jardín de la hermosa casa. Celeste aceptó agradecida. Hacía muchos meses que bebía su soledad en el más completo aislamiento, alejada del mundo y de sus complicaciones. Yago la ayudó a sentarse antes de tomar el lugar correspondiente frente a ella en la pequeña mesa de mantel blanco. Varias fuentes tapadas se fueron abriendo ante sus ojos, y su estómago rugió de hambre.

—Como recordarás, Carmen es una excelente cocinera —Celeste no dijo nada y comenzó a servirse de los manjares a medida que iba abriendo las tapas de las bandejas con cierta timidez pero rápida—. Me alegra comprobar que tienes apetito.

No respondió porque tenía la boca llena.

—Mastica despacio o te atragantarás.

Yago no se perdía detalle, y una amplia sonrisa asomó a sus labios.

—Está todo muy bueno —admitió con azoro.

La comida en el siquiátrico era como en todos los hospitales: horrible. Yago comprobó que ella se terminaba el último bocado y se relamía un dedo.

—¿Te animas con unos dulces de merengues? —Celeste lo pensó durante un segundo, otro después negó—. Sabía que dirías que no, detestas el merengue.

La mesa fue retirada tan rápido que apenas se percató. Observaron a Carmen que dejó delante de ambos una bandeja con café.

—He pedido para los dos —Celeste le mostró una sonrisa sencilla.

Había creído sinceramente que estar en el jardín le provocaría un ataque de pánico, y se alegrara en verdad de que no hubiera sucedido.

Tras unos instantes de silencio, Yago volvió a sondearla ahora que la encontraba más tranquila, y para sorpresa suya fue la mujer la que decidió hablar.

—¿No trabajas? —él la miró un largo instante antes de responderle.

—Me tomé una excedencia por ti.

—¿Por mí?

—Por los dos —corrigió.

Ella meditó un momento su respuesta.

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy licenciado en derecho.

Licenciado en derecho quería decir abogado. Celeste se felicitó porque no había olvidado el significado de las profesiones. Yago omitió que la pintura era su pasión.

—¿Dónde nos encontramos?

Yago no sabía qué pensar porque por un momento había tenido la impresión de que ella recordaba. Sus ojos mostraron la confusión que sentía.

—Vivimos en una urbanización privada al norte de Madrid —Celeste abrió los ojos sorprendida.

—Desde la ventana me ha parecido una urbanización privada de extranjeros —Yago volvió a sonreír.

—Soy un extranjero en tu tierra —entrecerró los ojos ante el tono despectivo que no había pronunciado ella aunque lo pensara—, como la docena de futbolistas que nos rodean.

—Lo siento —se disculpó.

—Lo sé —respondió él.

—¿Por qué me casé con un italiano? —la pregunta era retórica.

Sin embargo, Yago le respondió con cierto humor.

—Porque besaba de maravilla —contestó él con ese humor que ella no recordaba.

Celeste terminó por ruborizarse. Siempre le sucedía cuando estaba mucho tiempo con ese hombre que decía ser su esposo, y en ese momento mucho más porque le había permitido que le hiciera el amor en un arrebato de desesperación.

—Me gusta cuando dices esas cosas —dijo de pronto—. Ahora hablo como una desquiciada, ¿verdad?

—Entonces tenemos algo en común —Celeste enderezó el cuerpo—. Yo estoy tan loco por ti como el primer día.

La respuesta le provocó un espasmo de dolor que casi la hace convulsionarse. Tragó saliva en un intento de no vomitar la comida que había ingerido sobre la mesa. Él se mostraba como si ella recordara todo, y debía sacarlo de su error aunque no se atrevía a hacerlo, al menos, no todavía.

—Perdí a nuestro hijo —dijo ella de pronto mortalmente seria—. Y maté a un hombre, ¿cómo es posible que me ames todavía?

La miró como si sus palabras lo hubieran ofendido.

—El amor es así: incansable al desaliento.

Entre ellos se levantó un muro invisible de dolor y de pérdida.

—No podía permitir que el asesino siguiera con vida... —no continuó.

Celeste deseaba levantarse e irse. No recordaba a su esposo. No recordaba su casa, en

cambio recordaba al hombre que le había arrebatado a su hijo. Recordaba el juicio y las puñaladas que en su locura le dio justo después de ser absuelto.

—Es duro recordar —dijo él.

Ella no deseaba continuar con la conversación y Yago entendió su reticencia.

—Tuvo lo que merecía... —su marido no completó la frase.

Celeste se sorprendió al percatarse de las palabras inacabadas.

—¡La ley del talión! —espetó amargamente.

Yago tomó la suave mano entre las suyas en un gesto de ternura que ella no despreció aunque la incomodó. No recordaba a su esposo ni el amor que debía tenerle, pero algo, algo se removía dentro de ella cada vez que la tocaba.

—Hay bastardos que no merecen vivir —concluyó él finalmente.

Celeste tragó con fuerza.

—Me destrozó la vida por completo —admitió dolida—. ¡Y no siento remordimientos por lo que hice —argumentó ella.

—¿Recuerdas no tener remordimientos? —aventuró él.

Ella miró un punto indeterminado tras el hombro de él.

—Es más una sensación que un recuerdo.

Yago soltó un suspiro largo y pesado.

—Se aprovechó del poder que ejercía su padre como juez —la respuesta de Yago no la alivió, todo lo contrario, la enfureció todavía más.

—El mismo juez que me quitó la libertad — Yago volvió a mostrarse cálido en el gesto.

—Hay jueces que utilizan de forma equivocada la justicia —ni era una afirmación ni una negación.

—¡Mira lo que nos hizo! —exclamó con un quejido—. Perdí todo cuanto quería —el rencor salía a borbotones por su boca.

Yago tragó saliva porque ella lo había excluido.

—Estamos juntos en esto, Celeste.

Ella rió amargamente.

—Estoy en la más absoluta ruina emocional, ¿qué me importa lo que me suceda a partir de este momento? —Yago siguió sosteniéndole la mano con afecto.

—Yo también siento un malestar infinito —Celeste cerró los ojos un momento intentando contener las lágrimas—. Por eso es bueno que hablemos sobre lo que nos ocurrió.

Sentía un nudo en el pecho que la ahogaba, que le impedía respirar con normalidad. Tenía que hablar sobre su pasado para recuperar el presente, y, se decidió a hacerlo



también, porque de esa forma él no traería a colación las relaciones sexuales que habían mantenido durante la noche.

—¿Qué deseas que diga?

—Lo que sabes —Yago calló un momento—. Deseo que lo compartas conmigo.

—Conoces lo que yo conozco.

—Pero deseo escucharlo —insistió él.

—Mi padre murió poco después del atropello —tomó aire—, no pudo soportar el hecho de que su nieto hubiera muerto y no él. —Yago le apretó la mano comprensivo.

Era consciente de lo importante que era que se sincerara. Que sacara de su alma aquello que la atormentaba. Durante meses había soportado su silencio. Su intento de suicidio, pero al fin parecía ver una pequeña luz en ese túnel largo y negro.

—Continúa —la animó.

—El coche se había saltado un control de la policía y terminó llevándose a nuestro hijo y a mi padre cuando estaban a un pie de cruzar por el paso de peatones —la mirada de ella era de completa angustia, no obstante, Celeste continuó hablando de lo sucedido, pero no porque lo recordara sino porque lo había leído en el informe policial y médico—. Los embistió a conciencia. Los aplastó contra el muro de un edificio. Mi padre salió despedido pero nuestro pequeño no, sufrió una muerte agónica entre el amasijo de hierros de esa máquina destructora —terminó de forma irónica.

Yago intentó contener la angustia que le producía la confesión de ella. Él sabía todo lo que había sucedido, pero era importantísimo que su mujer hablara sobre ello con él.

—¡No pude soportar tanto dolor sin hacer nada! —Yago siguió sosteniéndole la mano sin permitir que se alejara ahora que había comenzado a recuperar su confianza.

—Yo creo en la justicia de la vida —le dijo él.

—Anoche... —comenzó ella aunque no pudo terminar la frase.

—Anoche fue el comienzo del principio —respondió Yago con una paciencia que la descolocó.

Su esposo le mostró una sonrisa enigmática que le hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo aunque siguió sin responderle, y ese detalle la sumergió en el pantano de las dudas.

—Cualquier cosa que sucediera anoche fue completamente involuntaria pues estaba bajo los efectos de la droga y no tenía control sobre mis actos, confío que lo entiendas —declaró ella.

Un leve movimiento en la barbilla angulosa captó su atención, era incapaz de deducir si Yago estaba aguantando la ira o la decepción.

—No estás siendo sincera porque anoche... —dijo él.

Ella lo interrumpió seca.

—No deseo hablar sobre nada que sucediese la noche pasada. Hoy es de día, hay luz,

el resto está olvidado.

—Le estás hablando a tu esposo, no a un desconocido —contestó él.

Ella lo miró directamente sin pestañear porque Yago olvidaba que sí era un desconocido para ella. Le había hecho el amor, cierto, pero ella estaba herida. Aterrada. Sola y llena de rabia.

—Uno no da la espalda a las actuaciones aunque posteriormente nos pesen —continuó él.

Quería levantarse, irse, pero siguió en la misma postura.

—Yago, por favor, acepta que lo prefiero así —él entrecerró los ojos al escucharla—. Piensas que recuerdo nuestra vida pasada, pero no es cierto. Sigo sin recordarte. Sin amarte.

Apretó los dientes hasta el punto de crujiros, sin embargo, no la contradijo aunque su expresión era la de un hombre atormentado hasta la fibra más recóndita de su ser.

—¿Mis caricias no te recordaron quién soy? —ella negó—. ¿Mis besos no te hablaron de lo que soy como persona? —siguió negando.

—Estaba aterrada. Sola y necesitaba calor humano —confesó bastante culpable—. Pero sigo sin recordarte por mucho que te duela y que yo lamente.

Yago suspiró de forma profunda.

—Mi hermano llegará dentro en una semana.

Celeste lo miró extrañada. Ella le decía que no lo recordaba tras la noche de sexo que habían compartido, y él le hablaba de la llegada de su hermano. ¿Por qué? Era consciente de que estaba herido, pero ella le había permitido que le hiciera el amor no porque lo recordara, sino porque necesitaba contacto humano tras pasarse meses en un hospital psiquiátrico atormentada por el miedo y la oscuridad.

Seguía mirándolo con atención.

—¿Tu hermano?

—Todo saldrá bien, no debes preocuparte.

Carmen venía hacia ellos acompañada de un hombre.

—¿Es el abogado que me ayudará? —preguntó ella mientras su cuerpo se ponía en tensión involuntariamente.

No estaba preparada para visitas. Yago se levantó de su asiento con la mano extendida.

—Pedro, me alegro de verte —ambos hombres se saludaron efusivamente.

A ella el nombre de Pedro le resultaba familiar y no sabía por qué.

—Pedro siéntate junto a... —pero ella lo interrumpió antes de que pudiese decir la primera palabra de su nombre.

—Celeste Díaz de Haro —el recién llegado alzó una ceja en actitud sorprendida y la

miró atónito porque ya sabía cómo se llamaba.

Ella se sintió incómoda aunque no ignoraba el motivo. Todo le resultaba extraño.

—Creí que no me conocías —trató de explicar—, por eso me presenté con mi nombre.

El recién llegado no hizo comentario alguno pero seguía mirándola con curiosidad.

—Siéntate, por favor —invitó Yago—, ahora mismo ordeno que te sirvan un café como te gusta.

Yago se volvió hacia la casa en el mismo momento que Pedro se sentaba en la única silla libre. Celeste no se perdía detalle del escrutinio al que la sometía. El individuo era alto, un poco menos que Yago, de pelo rubio y abundante. Hablaba un perfectísimo español sin acento. Celeste intuía que era extranjero como su esposo.

Pedro seguía en silencio escudriñándola.

—¿Eres mi abogado? —le preguntó tuteándolo.

Pedro no movió un músculo ante la pregunta pero vio desconfianza en los ojos femeninos.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió a su vez.

—Tienes apariencia de abogado, aunque debo reconocer que todo lo que tiene que ver con lo jurídico me produce rechazo.

Celeste se percató que el sentimiento de rechazo no era nuevo para ella.

—Es normal ese sentimiento —respondió. Celeste no lo entendió—. El rechazo puede ser un síntoma de aceptación aunque parezca contradictorio.

A Celeste le parecía que le hablaba en otro idioma que no comprendía.

—Bueno, he aprendido a aceptar que el sistema jurídico es una mierda —el insultó le salió como una exhalación—. Que la justicia no es tal sino una quimera.

—¿Recuerdas cómo es el sistema jurídico? —había interés en la pregunta de Pedro.

Ella lo pensó durante un momento largo.

—Es una sensación —admitió en voz baja.

—Yo también lo he pensado alguna vez.

—Entonces —continuó ella—, ¿por qué ejerces la abogacía?

Pedro estuvo a punto de decir algo, si bien se contuvo. Ella se preguntó qué conclusión se había callado.

—Conozco tu amnesia —mencionó él, y esas palabras la enfurecieron—, y trataré de ayudarte.

Yago no tenía derecho a hablar sobre ella con un extraño, al momento apretó los labios porque para ella todos eran extraños. No se explicaba el motivo para la sensación de incomodidad que le provocaba la presencia de Pedro. Sentía una animosidad que no llegaba a entender en absoluto, y, resistiendo el impulso de echar a correr, siguió sentada

mientras éste la observaba.

—Imagino que soy un cliente difícil —dijo al fin en un intento de que no se percatara de lo incómoda que se sentía—. Yago dice que tenemos que preparar la vista.

Pedro arrugó el ceño sin proponérselo. La mujer había adoptado una postura de colaboración que resultaba ridícula.

—Hay que prepararla, sí.

—No deseo volver al siquiátrico —Pedro cruzó una pierna sobre la otra con algo de impaciencia—. Qué cosa absurda acabo de decir —confesó en voz baja—. Días atrás no quería salir de allí y ahora no quiero regresar.

Y era cierto. La casa le había parecido terrorífica en un principio, pero tras varias semanas había aceptado que la ayudaba estar ahí, que la centraba. Que la presencia de Yago la serenaba aunque siguiera sufriendo pesadillas por las noches.

—Es un deseo comprensible —apuntó él.

«¿Por qué siento que hablamos de cosas distintas?», se preguntó ella.

—Bueno, confío que nunca haya perdido una causa —él le hizo un encogimiento de hombros que no le dijo nada en absoluto—. Aunque siempre hay una primera vez para todo, ¿no es cierto?

Pedro terminó mirando hacia otro lado.

—Cierto, siempre hay una primera vez —repitió las palabras de ella.

—Me asusta enfrentarme de nuevo al juez —el hombre le ofreció un silencio que le resultó incómodo—. Necesito saber lo que alegará para mi libertad —Pedro suspiró largamente—, porque imagino que Yago le ha puesto al corriente al igual que lo hizo con mi desmemoria.

El hombre seguía callado, y Celeste decidió marcharse.

—Pareces más un sacerdote escuchando mis confesiones que un abogado escuchando mis inquietudes —la mujer hizo amago de levantarse, sin embargo, la mano de él se lo impidió.

La sujetó con fuerza y la miró directamente a los ojos. Le pareció sumamente extraño que un hombre la sujetara sin conocerla. Celeste entrecerró los ojos, quizás ella no lo recordaba pero él sí la conocía, ¿o por qué motivo la trataría con tanta familiaridad?

—Lo sé —le dijo a él—. El juez desconfiará porque además de una suicida soy una asesina.

—Todos somos inocentes hasta que se demuestra lo contrario —apuntó el hombre.

Celeste lo miró asombrada.

—Apuñalé a un hombre hasta causarle la muerte... —calló un momento antes de continuar—, no me hables de inocencia, porque no lo soy.

—Celeste... —ella lo interrumpió.

—Ninguna palabra cambiará lo que siento.

—Ese hombre no merecía seguir viviendo —apuntó él.

Celeste lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Asesinó a mi hijo y yo lo maté, por ese motivo merezco también la muerte.

—No, por ese camino, no —pidió—. ¿Por qué tarda tanto mi café? —Pedro volvió la cabeza hacia la casa.

El hombre se veía en verdad incómodo. Como si hablar sobre lo sucedido lo soliviantara. Celeste pensó que no tenía sentido que se comportara así. ¡Era su abogado!

—Imagino que Yago ha tratado de darnos tiempo —aclaró ella.

Pedro alzó una ceja con escepticismo.

—Yago me ha mostrado algunas puertas que debo abrirte, y ahora me doy cuenta que soy incapaz de hacerlo.

¿Por qué razón parecía que todos le hablaban de forma enigmática? Optó por recostar la espalda en la silla y cerró los ojos con cansancio. Apenas había pasado la mañana y ya se sentía terriblemente agotada.

¿Qué había querido decir el abogado con abrirle puertas?

Los dos continuaron en silencio sin decir nada más. El hombre mirándola con medida prudencia, y ella sumida de nuevo en la desesperanza de no recordar nada.

## CAPÍTULO 6

Celeste estaba haciendo progresos. La primera salida al jardín de la casa había efectuado en su ánimo un cambio completo pues la decidió a salir a la calle. La primera vez resultó traumático y necesitó calmantes por la noche. Pero luchó contra sus miedos, y un día después recorrió la totalidad de la calle arbolada. Otro día decidió acompañar a Yago a la panadería de la urbanización. Le habían sudado las manos, le habían pitado los oídos, pero había resistido. Ahora era capaz de realizar paseos, incluso de comprar el pan y la leche. De hacer fotografías a los árboles. A las diferentes avenidas e incluso a las ardillas que la miraban con tanta desconfianza como sentía ella.

La máquina de fotos había sido un incentivo muy importante para que Celeste se decidiera a ver lo que ocurría tras la puerta de la casa.

Estaba muy nerviosa, pero había sido un paso muy importante para ella decidir acompañar a Yago al aeropuerto. Estaba tan asustada que le temblaban las piernas. Toda esa gente cargada de maletas, y ese ruido la desconcertaba.

—Eres muy valiente —le susurró Yago al oído—. Estoy muy orgulloso de ti.

El aeropuerto de Barajas estaba lleno de turistas ávidos del buen tiempo español. Las playas solían ser el destino preferido de los extranjeros que visitaban la costa, pero Madrid tenía otro tipo de alicientes como museos, teatros, etc. El turismo cultural en la capital de España era muy importante para la economía. Eso al menos le había explicado Yago durante el recorrido que habían hecho desde la casa al aeropuerto.

El vuelo de Roma llegaba con puntualidad, pero ella no entendía del todo ese nerviosismo que la acuciaba por momentos. La cercanía a la que la sometía Yago le tensaba los músculos pero no lo desagradaba en absoluto como había sucedido semanas atrás, aunque en ocasiones deseaba escapar del escrutinio con el que la miraba. Su excesiva facilidad para acceder a sus miedos la llenaba de incertidumbre. Tenía el supremo poder de manipular su indecisión, ella deseaba que nadie se percatara de lo expuesta que se sentía por todo.

No sabía cómo controlar las emociones negativas ante lo desconocido.

—No debes de estar nerviosa —la miró con un ánimo que ella agradeció.

—Creí que sería más fácil enfrentarme a esto —volvió a mirarla—, y, y me da miedo tu hermano.

—Mi hermano es difícil de tratar, pero desea ayudarte —Celeste estaba desorientada entre tanto gentío, también agradecida que Yago no se separara de ella.

Había aceptado que tanto su esposo como Pedro debían ser los únicos conocidos que le quedaban. Toda su familia la componían su hijo muerto y su padre que se había suicidado dejándole una sensación de espesa amargura. El dolor por su niño no podía superarlo, pero había comenzado a dar los pasos necesarios para aceptarlo.

—¿De verdad es tan bueno como dices? —preguntó mirándolo a hurtadillas.

Yago la miró con infinita ternura.

—El mejor, y sabe todo lo que nos ha ocurrido —Yago le apretó la mano para darle ánimos—. Mi hermano quiere ayudarnos.

—¿Me conoce?

La mirada brillante de él no supo cómo interpretarla.

«¡Cómo me gustaría recordarlo!». Se dijo ella.

—¿Cómo nos conocimos? —preguntó—, me refiero a nosotros.

Su marido contestó sin mirarla, estaba pendiente de la puerta de desembarque que comenzaba a llenarse de pasajeros.

—Nos conocimos en París, ambos estábamos de viaje, tú desde Madrid, y yo desde Roma. Fue verte una sola vez, y no poder apartar los ojos de ti —al mismo tiempo que hablaba la miraba con candor.

—¿Tus padres aceptaron bien nuestra boda?

Durante un momento, el silencio reinó entre los dos.

—Mi abuelo materno no aceptó del todo que me viniera a España y que me estableciera aquí —ella no le respondió, se sentía incapaz.

Yago había renunciado a todo por ella.

—Lo lamento —se giró para mirarla con atención.

—Iría hasta el fin del mundo contigo —le reveló—. Renunciaría a todo por ti.

Celeste tragó saliva abruptamente.

—Tu hermano, ¿tiene alguna especialidad dentro de la siquiatria? —se interesó sin apartar los ojos de un puesto de información.

—Hipnoterapia —le informó algo renuente—. Tiene amplios estudios y libros que ha publicado respecto a ello —quedó atónita tras escucharlo. Yago le mostró una sonrisa cómplice—. No dejes que te hipnotice —bromeó.

Celeste se quedó un momento pensativa tras la burla que se tomó como un consejo.

—¿Para qué utiliza la hipnosis?

Yago la corrigió.

—La palabra correcta es hipnoterapia, y puede aplicarse como tratamiento para distintos trastornos psicológicos, emocionales e incluso físicos en todo tipo de pacientes. Se utiliza también para aliviar dolores luego de operaciones quirúrgicas, odontológicas e incluso se ha aplicado en pacientes con sobrepeso para tratar la obesidad.

—Hipnosis para trastornos psicológicos y emocionales...

—Para encontrar miedos que nos paralizan y que no sacamos a la superficie. Son recuerdos enterrados en lo profundo de nuestra memoria. Muchas veces son debidos a traumas que vivimos en nuestra niñez, pero no somos consciente de ello —Celeste siguió meditando—. Con la hipnoterapia podemos conseguir que afloren secretos que nos

perjudican emocionalmente. Ahora mismo está trabajando en un proyecto pionero sobre el comportamiento de los delincuentes reiterativos.

—No he oído nunca de algo parecido —Yago la miró con ternura—. Tratar a delincuentes reiterativos. ¿No es una pérdida de tiempo?

—No desde el punto de vista de la medicina —ella deseaba saber más pero él negó con la cabeza—. Mi hermano acaba de cruzar la puerta —Celeste desvió la vista del rostro de Yago.

No sabía lo que podía esperar, pero lo que vio la dejó bastante sorprendida. El hombre de pelo negro y con las sienes plateadas que se dirigía hacia ellos no mostraba ni un rictus de duda o vacilación en su postura. Caminaba con paso decidido y elegante. Debía rondar los cincuenta años. El perfecto traje cortado a medida le quedaba como un guante, en verdad parecía un modelo italiano.

Dante, cuando los divisó, caminó directamente hacia ellos.

—Siempre olvido el calor que hace en Madrid, ¿cómo estás? —Celeste clavó sus ojos en el viajero.

—Usted debe ser Dante Rossi —dijo adelantándose a Yago.

El atractivo hombre la miró por un instante con notable curiosidad. La escudriñó como si fuera una completa extraña. Volvió los ojos en muda pregunta a su hermano, éste le hizo un alzamiento de hombros para negar un instante después con la cabeza. Volvió entonces a mirarla y tomó la mano de ella con galantería. Se la llevó a los labios y le dio un beso. El brillo de sus ojos le provocó a ella un escalofrío.

—Puedes llamarme Dante —ella no podía dejar de mirarlo—. Soy tu cuñado.

Los ojos eran los más atractivos que había visto en su vida, y por una extraña razón no le resultaban desconocidos. ¿Por qué bendita razón su esposo le resultaba un completo extraño y en cambio el hermano no? No podía encontrar una respuesta a ello.

Yago hizo amago de presentarla pero ella se le adelantó, no quería perder la ventaja de mostrarse decidida y amigable.

Por nada del mundo quería que el hombre se percatara del miedo que sentía y de lo insegura que se mostraba.

—Soy Celeste —Dante le mostró una sonrisa genuina.

—Un nombre muy apropiado para unos ojos tan bonitos —parecía que el hermano de Yago bromeaba con ella—. ¿Me vais a tener aquí plantado aquí todo el día?

Los tres emprendieron el regreso hacia la casa.

\*\*\*

Tras varias sesiones con Dante, Celeste comenzó a aceptar muchos aspectos de su personalidad que se habían mantenido ocultos durante tanto tiempo. El siquiatra conocía muchos detalles sobre su vida pasada, e imaginó que se los había facilitado su esposo. Dante le había explicado de forma paciente que su madre la había abandonado cuando decidió marcharse con un hombre más joven. Que ese abandono la había marcado con



fuego.

—Háblame sobre ello —Celeste seguía mirando por la amplia ventana de la biblioteca que daba directamente al jardín, pero no se dio la vuelta.

—Ya sabes que no la recuerdo —le dijo en voz baja.

—¿Sientes que serías desleal a tus sentimientos como mujer? —ella continuó sin darse la vuelta, aunque le respondió.

—Es que no sé que siento sobre nada en particular —respondió.

—Ahora que te he mostrado algunos recuerdos, ¿qué piensas? —insistió Dante.

Tras escucharlo se volvió rauda.

—Antes no sé, pero ahora me resulta muy humillante conocer que mi madre se fue con otro —Dante obvió ese último comentario—. ¿Y qué tiene que ver mi madre con mi pérdida de memoria?

—Hay algo oculto ahí, Celeste, y trato de que lo encuentres.

—¿De qué servirá?

—Es lo que vamos a averiguar.

—Me alegro de haberlo olvidado.

—¿No quieres recordar de nuevo?

Esa era la parte más complicada. Ahora conocía detalles sobre su vida que no eran para nada modélicos. Una persona podría vivir perfectamente ignorando esos asuntos, pero quería recordar a Yago. Quería recuperar su vida pasada.

Celeste abrió los ojos por completo. ¡Quería recordar a Yago! Ese descubrimiento la dejó en suspenso.

—Celeste... —la voz de su cuñado trajo de nuevo al presente.

—Imagino que estaba muy enfadada con mi madre.

—¿Lo imaginas o lo puedes sentir?

Ella se quedó pensativa durante unos instantes.

—Lo sé, sé que estaba muy enfadada y por nada del mundo quería que me compararan con ella.

Dante desvió los ojos cuando un brillo extraño asomó por ellos. Hizo unas breves anotaciones, después la observó con atención.

Celeste parpadeó levemente.

—Describeme los sentimientos que piensas que te inspiraba tu padre antes de perderlo.

—¿Por qué tengo que responder este tipo de preguntas?

—Porque las respuestas abren puertas cerradas.

Nuevamente se dirigió hacia la ventana en un intento de escapar de ese control sobre sus emociones. Tras meditar un momento confesó con voz trémula.

—Creo que debió marcarme mucho que mi madre le fallara a mi padre porque siempre he creído que el amor debe superar todas las barreras... —calló durante unos momentos antes de continuar—. Siento que fui yo la culpable de la ruptura.

—Esa línea argumental me parece interesante —dijo Dante—. ¿Por qué piensas que la culpa de la ruptura de tus padres fue tuya? —Celeste miró a Dante con tristeza.

—No deseo seguir hablando sobre esto —confesó irritada.

La llamada de Carmen en la puerta le ofreció el respiro que necesitaba.

—Pedro espera en el jardín.

Celeste soltó el aliento con verdadero alivio. La sesión de terapia de esa tarde en particular le había resultado demasiado demoledora, la visita del abogado llegaba como agua de mayo.

—Dile que voy en seguida.

—No hemos terminado nuestra sesión —dijo Dante con voz neutra.

Celeste se paró a medio camino de la puerta y se volvió.

—Basta por hoy —el siquiatra la miró un tanto extrañado porque Celeste se veía en verdad agotada y no habían hecho más que comenzar.

Celeste dejó la biblioteca con paso rápido y decidido.

## CAPÍTULO 7

Celeste se quedó durante un momento contemplando la quietud y serenidad del hombre. Pedro tenía las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones negros y la brisa le alborotaba el pelo rubio y espeso. Al ver cómo tensaba los músculos de la espalda una visión se abrió paso en su cerebro. Había perdido la respiración y el hilo de sus pensamientos que estaban pletóricos de imágenes de el mirándola, sosteniendo su mano, sonriéndole con empatía. Empatía ¡Dios bendito! ¡Ya lo conocía! Pero no sabía de qué ni de dónde. Cerró los ojos para mitigar la angustia que le había provocado la súbita revelación inesperada, ahora, ¡qué iba a hacer a continuación! ¿Huir? ¿Enfrentarlo? ¿Callar?

—¡Celeste! —Yago la había alcanzado en el último escalón, y al pronunciar su nombre en voz alta logró que Pedro se diera la vuelta. Al ver que ella estaba a escasos pasos de él, le ofreció una sonrisa de bienvenida que ella no correspondió.

—Hoy no habrá repaso para la defensa —calló un instante—. Estoy agotada.

Antes de que ninguno de los dos pudiese argumentar nada, se dio media vuelta y desapareció por las balconeras con destino desconocido para ambos. Pedro miró a Yago atónito. Yago lo miró a él con idéntica expresión.

—¿Ha estado rara últimamente? —preguntó. Yago hizo un gesto afirmativo—. ¿No avanza en las sesiones? —ahora tocó negar.

—Incluso mi hermano está asombrado e impaciente al ver los pocos progresos que logramos con ella.

—¿Sientes que hacéis progresos aunque sean pocos? —Yago asintió.

—Pero resulta desquiciante lo poco que avanzamos —respondió en voz baja.

Pedro se quedó algo pensativo.

—¿Lo crees prudente? Me refiero a que él la trate —Yago hizo un alzamiento de hombros.

No estaba seguro de nada, pero sentía una urgencia demoledora.

—Se me agotan los recursos, Pedro. Estoy desesperado y Dante es muy bueno en su trabajo.

Pedro sabía cuánto le había costado admitir eso.

—Siéntate, tengo que advertirte sobre algunas cosas —Pedro asintió y dirigió los pasos hacia la pequeña mesa de jardín.

\*\*\*

Celeste tomó el portarretratos. En la foto, Yago estaba abrazado a otra mujer. Ella había encontrado esa foto y muchas más guardadas en el interior de unas cajas cerradas en el cuarto de su marido. Yago le había explicado cuando la vio con la foto, que la mujer fue su primera esposa, Sibila, hermana de la mujer de su hermano. Le contó que habían estado

casados muy poco tiempo porque un desafortunado accidente acabó con su vida. Era arquitecta y en la visita a una obra, el ascensor en el que subía a la quinta planta terminó por precipitarse al vacío por un fallo mecánico. Yago le había explicado que tiempo después la conoció a ella, aunque omitió que Celeste había estado enamorada de él desde muchos años atrás, y que tras quedarse viudo comenzó un ataque completo hasta sitiar su corazón que finalmente terminó rindiéndose a ella. A Celeste le gustaba escuchar esa historia del pasado de ambos.

Yago había guardado de nuevo la foto dentro de la caja, pero ella la sacó otra vez y la colocó en una de las estanterías del salón junto a la de ella y Yago y el hijo de ambos, foto que había rescatado del cajón del armario de él. Aunque pareciera inexplicable, Celeste sentía consuelo de ver el retrato de la primera mujer de Yago, y él no protestó por la decisión que había tomado de colocarla en el salón. Durante días inquirió sobre la vida con ella, pero no con un interés obsesivo ni celoso, todo lo contrario, eran dos mujeres que habían amado al mismo hombre, y creyó que conociéndola a ella lo reconocería a él.

Suspiró intranquila.

El fondo de la nevera parecía interminable. Seguía moviendo botes de refrescos y latas pero no encontraba el chocolate. Abrió los dos cajones, el depósito de la mantequilla y la compuerta de los huevos, pero nada. Dudó entre una tarrina de helado y una bolsa de almendras crudas, el sabor a coco no le atraía mucho por eso descartó el helado y las almendras también. Miró las diferentes botellas refrigeradas, y con un suspiro cerró la puerta del frigorífico.

—El chocolate está en la despensa.

Dio un respingo ante la inesperada voz de Dante.

—¡Me has asustado! —replicó con la culpabilidad reflejada en el rostro.

Vigiló con cautela los pasos que daba él hasta alcanzar la alacena y rebuscar entre la comida que había allí almacenada.

Era de lo más extraño compartir la casa con el siquiatra que la trababa. Mantenía con Dante sesiones de terapia, y luego compartían desayunos, almuerzos y cenas.

—¿Prefieres la crema untada en galletas o en pan de molde? —Celeste sonrió al fin, Dante traía orgulloso el tarro de crema de chocolate.

—Yo buscaba chocolate en tableta —especificó.

—Debe de estar guardado en algún sitio.

Ambos comenzaron una búsqueda irracional del alimento dulce.

—¡Aquí está! —exclamó ella triunfante—. Estaba junto a la caja de las infusiones.

—Ha debido de ser Carmen quien lo ha puesto ahí —dijo Dante con humor.

Tanto siquiatra como paciente se sentaron en sendas sillas del office cercanas a la cristalera. Celeste se metió la primera onza en la boca con verdadero placer.

—En Italia tenemos unos chocolates muy buenos.

Ella no respondió, volvió a partirse otra onza y a introducísela en la boca sin perder

tiempo. Dante la secundó.

Un recuerdo la paralizó durante un momento: un niño pequeño tenía los dedos de las manos y la boca manchados de chocolate... su hijo.

Dante se percató de la mirada de dolor que mostraban los ojos de ella, y se asombró de lo rápido que se repuso al mal recuerdo.

—¿Esta tarde no piensas hablar con Pedro? —inquirió él.

Celeste le respondió con algo de acidez.

—Estoy cansada de sesiones de siquiatria y de lecciones de derecho.

El siquiatra era plenamente consciente del cambio que se había operado en ella. Apenas dos semanas atrás, Celeste apenas hablaba ni participaba en nada.

—Tienes una batalla por delante muy difícil, no deberías menospreciar los esfuerzos en conjunto que hacemos para ayudarte.

Ella aceptó la corrección con aplomo.

—Un respiro no cambiará el desenlace de mi destino —afirmó rotunda.

Dante decidió darle el respiro que tanto ansiaba ella.

—¿Sabías que el chocolate contiene agentes antidepresivos? —la mujer se estiró hacia atrás en la silla para mirarlo mejor.

—Esa es la excusa perfecta para justificar su ingesta glotona —Dante rió por su repuesta.

—Sabía que dirías eso.

—¿Por qué lo sabías? —preguntó.

La observó durante un instante, tan larga y profundamente, que ella se puso nerviosa.

—¿Me dejarías hipnotizarte?

Celeste abrió la boca con sorpresa. Las preguntas aleatorias y sin orden que le hacía Dante la desconcertaban. Pasaba de la importancia que tenía su futuro juicio, a las propiedades antidepresivas del chocolate para rematarla con la hipnosis.

—Yago me advirtió de que no me dejara convencer —alegó ella con una cierta sonrisa precavida—. ¿Cómo funciona? —se interesó.

—Durante la hipnosis se reducen los niveles de atención y el paciente se libera de distintas ataduras que le permiten contestar preguntas de gran importancia cuando son formuladas por el profesional capacitado. Mediante estas preguntas el paciente logra esclarecer sus ideas, resolver distintos problemas que lo atormentan y puede lograr realizar cambios muy positivos en su vida.

—¿Hipnosis regresiva? —preguntó ella.

Los ojos de Dante brillaron al escucharla.

—¿Has leído algo sobre ello? —se interesó.

Celeste parpadeó confundida porque ella no había leído nada sobre ello, y si no había leído nada, entonces, ¿por qué motivo la había mencionado?

—La hipnosis regresiva rompe con los esquemas de lo que hoy la psicología de índole científica conoce como *mente*.

—¿Por qué?

—Porque ese concepto es tan extenso que la ciencia se queda corta al tratar de definirlo —contestó serio.

—La idea del hipnotizador con un reloj en la mano controlando la mente del paciente me provoca desconfianza —Celeste trató de no sonreír.

—La terapia da comienzo con la alteración del estado de conciencia, entonces, cuando se ha logrado tal alteración del lado izquierdo del cerebro que es el encargado de los procesos de análisis, su actividad baja a un nivel que podríamos definirlo como apagado. Mientras tanto el lado derecho del cerebro, el no analítico, se encuentra más alerta y entonces es cuando se despierta la *mente* subconsciente.

—¿La mente subconsciente? —repitió.

—Es la parte que recurre a las fuerzas más instintivas, y es en esta zona en la que debe ocurrir el cambio mediante la guía del terapeuta.

Celeste analizaba la información que desgranaba Dante.

—Suenas interesante —concedió sincera.

—Con los niños funciona.

—¿De verdad?

—En niños la hipnosis suele ser más eficaz y funciona con mayor facilidad.

—¿Qué problemas psicológicos pueden tener los niños?

—Se pueden realizar terapias de hipnosis para tratar problemas como la tartamudez, la enuresis nocturna, y también en algunos casos el asma crónico.

—No tenía ni idea —confesó ella algo avergonzada por su escepticismo anterior.

—La hipnoterapia se utiliza sobre todo para tratar fobias y miedos muy profundos, ataques de pánico, comportamientos compulsivos y obsesivos, exceso de estrés e insomnio, entre otras.

—Casi me convences...

—Con la hipnoterapia aceptarías mejor tu tratamiento —Celeste negó con la cabeza.

—Me da miedo que alguien rebusque en mi interior, y casi me parece censurable utilizar ese método en niños que no son conscientes del peligro del tratamiento, porque hay peligro, ¿verdad?

—¿Qué importa el peligro si alcanzamos un fin determinado?

Celeste volvió a meterse en la boca otra onza de chocolate.

—No creo que sea efectivo conmigo —afirmó rotunda.

—Podría ayudarte con mi hermano —Celeste lo miró con precaución.

—Me estás poniendo sumamente nerviosa con esa proposición pues ignoro lo que escondes tras ella —Dante cruzó una pierna sobre la otra, y la miró hasta el punto de ponerla nerviosa.

—Mi hermano está haciendo un excelente trabajo —ella le dio las gracias con la mirada pero sin despegar los labios—. Sin embargo, está sufriendo mucho en el proceso.

Esas palabras sí la preocuparon.

—Pero yo nunca le haría daño a tu hermano de forma voluntaria —Celeste bajó los ojos con pesar—. Creo.

Dante tiró a matar.

—No me estaba refiriendo a un daño físico sino emocional.

Ahora alzó los ojos y los entrecerró.

—Entonces tendrías que tratarlo a él.

—Desea recuperarte, y se desespera por momentos.

—Yago desea ayudarme, cierto, pero yo no consigo recordarlo.

Dante entrecerró los ojos.

—En ocasiones miramos tanto el horizonte que nos perdemos los pequeños detalles que nos rodean —la mujer tensó los hombros.

—Ignoro lo que pretendes decirme con esas palabras.

—Estoy usando un lenguaje llano, Celeste.

—¿Llano? —de verdad que no entendía nada.

—Quiero decir que uso un vocabulario que toda persona entiende por ínfima que haya sido su educación.

—Mi educación no ha sido ínfima —le respondió con cierta acritud—. Creo.

—Deseo ayudarte, pero también ayudar a mi hermano.

—Me parece loable tu determinación.

—Desde el accidente de... —ella lo interrumpió.

—No fue un accidente —aclaró con ojos brillantes.

Dante hizo un asentimiento de cabeza.

—Nada es más importante para él. Vive por y para ti —no sabía si dejarlo sólo en la cocina o seguir escuchando sus palabras.

—¿Pretendes ganar el primer premio Pfizer-psiquiatría en neurociencias al mejor trabajo en siquiatria conmigo?

Dante respiró profundamente al escucharla. Celeste se retraía de nuevo. Era mencionarle a su marido, y se rebotaba

—¿A dónde nos conduce esta conversación?

El hombre tardó algo más en responder, y entre los dos se suscitó un silencio algo incómodo que rompió él sin dejar de mirarla.

—Al principio de todo: tu amnesia.

—Lo dices como si fuera voluntaria.

Dante la observó detenidamente. Ese era el quid de la cuestión, pero tenía que lograr que ella se lo preguntara de veras.

—Soy consciente que tu hermano quiere que recuerde, que tú quieres que recuerde, que todos quieren que recuerde, pero olvidáis que igual yo no deseo recordar.

Él siguió en un silencio esclarecedor.

Celeste lo miró asombrada. ¿Cómo había salido esa afirmación de su interior? Estaba segura de que no lo pensaba realmente, ¿o sí?

—En ocasiones tengo la impresión de que no hablamos sobre tu hermano sino de mi intento de suicidio.

Dante la miró con ojos penetrantes.

—Ahora no le hablas al siquiatra sino al cuñado —le dijo él.

—No quiero hacer sufrir a tu hermano, pero no puedo evitarlo.

—El amor de mi hermano se merece tú cooperación absoluta —le recordó.

Celeste lo miró con tristeza.

—Ese ha sido un comentario injusto —Dante negó con la cabeza—, pues coopero todo lo que puedo.

—No es cierto —la contradijo él—, hay una parte de la Celeste del pasado que no desea ser encontrada, y debes buscar el motivo.

—Esta conversación no nos conduce a ningún lugar.

Quería irse, pero Dante transmitía sin proponérselo una fuerza que la doblegaba. Siguió plantada frente a él sin dejar de mirarlo.

—Tienes razón —admitió al fin—. Me da miedo recordar.

—¿El amor por tu esposo no es lo suficientemente grande para superar ese miedo?

Ella se quedó pensativa. Dante era muy persuasivo a la hora de ponerlo nombre a sus miedos más escondidos.

—¿Y si no lo es?

—Siempre es mejor conocer la verdad.

Dante le sujetó la mano por encima de la mesa.

—Hay verdades que matan —contestó ella muy seria.

Su cuñado sabía perfectamente que ella aludía de nuevo a su intento de suicidio.



—Hay verdades que liberan —la corrigió él.

Celeste sonrió y cerró los ojos un instante ante la paz inesperada que le producía el relajante masaje de los dedos de la mano de Dante sobre su muñeca. Era un gesto de cariño y de ánimo, justo lo que ella necesitaba.

Así estuvieron varios minutos donde solo el silencio y la respiración de ambos era tangible.

—Celeste, escucha mi voz...

\*\*\*

Pedro seguía mirando a Yago sin pestañear y sin perderse detalle de la expresión de su rostro.

—Le podéis hacer mucho daño, y no me gusta el papel de abogado del diablo que tengo asignado.

Yago lo miró firme.

—No estás colaborando mucho que digamos —fue su seca respuesta.

—Esa decisión debería tomarla ella —contestó Pedro. Yago tensó la espalda—. No es una partida de cartas —lo acusó el hombre.

—Todo en la vida es un juego y gana el más osado... —Pedro lo cortó con algo de impaciencia en la voz.

—O el que más suerte tiene —calló un momento—. ¿Dónde está ella?

—Con Dante, creo que ambos están inmersos en terapia con chocolate —Pedro alzó las cejas en un interrogante. El chocolate era alimento y palabra tabú desde hacía muchos meses.

Al poco tiempo de salir del siquiátrico, Yago le ofreció chocolate mientras ella leía un libro. Al escuchar el nombre, Celeste sufrió un ataque muy agudo. Necesito medicación extra durante varios días.

—Pensé que era una palabra maldita tras el accidente.

—Y lo es. El chocolate es lo que más le recuerda a nuestro hijo. Lo relaciona directamente con él, pero Dante cree que tiene que enfrentarse a ello.

Pedro chasqueó la lengua dudoso.

—Yo tendría mis dudas al respecto —Yago hizo un gesto de hombros.

—Yo también las tengo, pero valoro la profesionalidad de mi hermano, además, tiene una intuición natural para ayudar.

—Mi admiración por Dante es incuestionable —se disculpó éste.

—Cada paso que le hace dar, cada acción a que la obliga, es necesaria para ella.

—¿Y no temes que retrase lo que adelante por esforzarla demasiado? —Yago ni negó ni asintió.

—Mi hermano es muy persistente, y puede ser muy vengativo si se lo propone.

—¿Aún te acuerdas? —le recordó Pedro con una expresión cómica.

Los dos recordaban una anécdota del pasado provocada por la esposa de Dante y de la hija mayor de ambos.

—Hice el ridículo más espantoso, ¿cómo voy a olvidarlo? —Yago soltó una carcajada al recordar.

De pronto Yago se quedó inusualmente callado.

—Si no hubiese sido por mi hermano, no hubiera soportado la muerte de Sibila.

Pedro hizo un gesto de empatía. Yago era en verdad un hombre fuerte porque había perdido a una primera esposa en un accidente laboral, y casi pierde por dos veces a la segunda.

—Te ha tocado vivir tiempos muy duros: la muerte de Sibila, el accidente de Celeste.

—Si Celeste me faltara, me moriría —admitió Yago—. Nunca quise a Sibila de forma tan profunda e intensa como amo la amo a ella —se sinceró sin reparos—. Es mi vida, mi futuro... sin ella nada tiene sentido.

Pedro se mantuvo callado durante unos instantes porque no sabía qué decir.

—¿Cuándo se marcha el insigne doctor? —Yago alzó los hombros con impaciencia. Era una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Vino para dos semanas, pero temo que Celeste es un desafío muy grande —Pedro volvió a suspirar como si estuviera cansado.

—Mientras la serenidad de Celeste se mantenga bajo control, pienso que no hay nada que temer —las palabras de Pedro dispararon las alarmas dentro de la cabeza de Yago.

—Sí, yo también pienso que las cosas pueden complicarse todo mucho más, y ni te imaginas la zozobra que me provoca —contestó en voz baja—. ¿Cuándo traes a Rocío? —Pedro balanceó el pie con despreocupación.

—¿Lo crees prudente? —Yago meditó la respuesta un segundo.

—Dante está convencido que será bueno para ella, y se nos agota el tiempo.

—Rocío está deseosa de verte y de ayudarte, ya la conoces —respondió el otro.

Yago miró por encima del hombro de Pedro hacia el jardín. Escuchó el canto de un pájaro y sus ojos se llenaron de tristeza.

—Es la mujer más extraordinaria que he conocido nunca —admitió.

La sonrisa sincera de Pedro lo conmovió.

—Sufre mucho por ti y por Celeste.

—Soy consciente de ello. —Yago cerró los ojos durante un instante para organizar sus pensamientos—. Tráela pronto —Pedro asintió, e inmediatamente se levantó.

—¿Nos vemos mañana a las cuatro? —Pedro volvió a asentir.

## CAPÍTULO 8

La casa seguía en silencio y oscura. La madrugada hacía su aparición con un clareo mortecino. Yago miró el reloj y comprobó que aún faltaba dos horas para las seis de la mañana. Volvió a darse la vuelta en la cama para quedar de costado mirando la ventana y de espaldas a la puerta. Se dijo que las horas caminaban con muletas pues los minutos se le hacían eternos. Apoyó el brazo debajo de su cabeza y cerró los ojos en un intento de dormirse de nuevo.

Poco tiempo después los volvió a abrir completamente atónito. El colchón había cedido por el peso de otra persona, se giró de inmediato y medio se incorporó apoyándose en un codo. Olió su perfume antes de que le echase los brazos al cuello. Se quedó tan quieto que apenas oía su respiración. Acercó su cabeza a la de él para susurrarle quedo, tan bajo, que Yago pensó si no habría imaginado las palabras.

—No quiero estar sola —la escuchó decir—. Tengo miedo.

La voz se le quedó atravesada en la garganta cuando ella posó los labios en la boca de él para impedirle una negativa.

—¡Qué haces...! —no lo dejó terminar.

Con su lengua atrapó la protesta masculina. Había ido en su busca. Deseaba estar con él, lo demás carecía de importancia. Y se entregó al acto amoroso sin prudencia. Con pasión y un ansia abrasadora.

\*\*\*

Yago buscó con su mano el cuerpo cálido que lo había arropado durante horas. Una sonrisa afloró a sus labios con cada recuerdo que regresaba a su mente de las caricias que se habían prodigado, y los besos que habían compartido. Su mano tocó la fría sábana, y ese detalle le hizo abrir los ojos. Ignoraba el momento en el que ella había salido del contacto de su piel para marcharse a su propio dormitorio. La sonrisa se hizo más amplia en su rostro por lo contradictoria que se mostraba. Iba en busca de él, pero luego regresaba de nuevo a su alcoba.

Pensó, durante un breve instante, en lo yerma que había sido su existencia hasta encontrarla a ella. Había cambiado su forma de ver las cosas por completo.

El abogado que ansiaba su abuelo materno, se había despojado de sus prejuicios para ser él mismo, y libre de toda atadura y pensamientos arcaicos. Yago nunca había querido ser abogado pues tenía el corazón de un artista, y, hasta la llegada de Celeste a su vida, había sido un artista frustrado. Pero ella lo animó a dedicarse realmente a la pasión de su vida, la pintura. Y durante años había sido el hombre más feliz del mundo. El más completo y realizado. Hasta que el accidente de ella los sumergió en una espiral de angustia y dolor como no había conocido nunca, ni con la muerte de Sibila.

Pero tras la maravillosa noche que habían compartido juntos. ¿Quién decía que la vida no ofrecía más oportunidades? Se moría de ganas de hablar con ella, de sentir en sus ojos la confirmación de que sabía al fin quién era él.

Alcanzó su batín de la silla y se lo puso sin atarse el cinturón, se calzó las zapatillas y salió al claro pasillo. Imaginó que estaría desayunando como cada mañana a las siete y media. Su esposa era de costumbres arraigadas.

Oyó risas, y de un impulso entró en la amplia habitación destinada a comedor, su hermano Dante mantenía una conversación alegre y desenfadada con la mujer de su vida. Ambos sostenían una taza de café frente a un plato lleno de magdalenas rellenas de chocolate. ¡Chocolate! Dante había obrado con ella el milagro. Este volvió la cabeza y con un gesto lo invitó a sentarse a su lado, frente a Celeste

—Bueno días, confío que hayas descansado bien —Yago hizo una ligerísima inclinación de cabeza a modo de respuesta sin despegar los ojos de ella.

Estaba hermosa, radiante.

—Buenos días, Dante, buenos días Celeste —la mencionada alzó sus ojos amigablemente y le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Buenos días Yago —desvió los ojos de inmediato, y Yago dudó pues no sabía si la turbaba su presencia después de lo que habían compartido durante la madrugada.

Se llenó una taza con el café restante que quedaba en la cafetera y se sentó frente a Celeste que se removió inquieta tras su escrutinio.

—Estaba comentando con Celeste algunos de los adelantos en siquiatría infantil — Celeste volvió a sonreírle a su cuñado.

Yago carraspeó sin decir nada, y Dante aprovechó el silencio para levantarse y servirse otro café, momento que aprovecho Yago para acariciar la mano de la mujer que estaba quieta en la mesa. Celeste abrió los ojos con sobresalto ante la caricia inesperada, y sin proponérselo retiró la mano de inmediato para sorpresa de Yago que la miró con la alarma reflejada en los ojos. Ella desvió los ojos con desconcierto mal disimulado, y Yago entrecerró los suyos sin entender su comportamiento actual que se le antojó desconocido.

La Celeste que estaba sentada frente a él no era la Celeste de las horas pasadas.

—Celeste, ¿qué dices que tienen estas magdalenas? —la pregunta de Dante la devolvió al presente.

Ella carraspeó.

—Carmen las ha preparado con nueces para contrastar con el chocolate y creo que le han quedado estupendas —Yago se bebió el resto de café de un trago como si tragara cianuro.

—No he probado nunca nada tan delicioso —la risa de ella volvió a relajarlo, seguramente Celeste había apartado la mano porque pretendía evitar que su hermano los pillara en una caricia de amantes.

Su esposa decía a menudo que no lo recordaba, pero buscaba su contacto físico como si eso no fuese cierto. Quería que le hiciera el amor, y Yago se dijo que si no recordara no lo buscaría.

—Hoy le pediré a Carmen suspiros de merengue.

—Ufff, me encantan —declaró Dante goloso—. Cuando los probé por primera vez me parecieron un manjar digno de un rey

—Sé que te gustan mucho, por ese motivo he pensado pedirle a Carmen que los prepare para ti.

—Mi madre solía prepararlos en alguna ocasión para mi padre... —la voz se le quebró durante un momento, momento que aprovechó Yago para cogerle la mano. En ese momento ella no la despreció—. Recuerdo cómo las preparaba, cómo batía las claras a punto de nieve. Pero sólo se los comía mi padre porque a mi no me gustaban.

Celeste gimió por el recuerdo. Había llegado de improviso y sin forzarlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Háblanos de él, cuéntenos cómo era tu padre —los castaños ojos brillaron con intensidad ante la petición de su cuñado.

«¿Qué puedo contarles sobre mi padre?», se preguntó. Y se esforzó, pero su mente seguía en blanco. «¿Cómo he podido olvidar momentos tan importantes?». Celeste decidió que como no tenía recuerdos, les hablaría de las sensaciones que sentía hacia la figura paterna.

—Imagino que fue un hombre íntegro y honrado, con altos valores morales y principios elevados.

—Tenía un excelente sentido del humor —apuntó Yago.

—No había un hombre más bueno en el mundo —continuó Dante.

—Algo aquí me dice que sigo muy enfadada con él —Celeste se tocó el lugar donde estaba situado el corazón—. Aunque no recuerdo nada después del accidente —ella hablaba del juicio. Del asesinato del asesino de su pequeño. Del suicidio de su padre. Celeste no recordaba nada.

—Nadie te habló sobre el suicidio de tu padre.

Celeste miró a Dante sorprendida. Sin nadie le había dicho nada sobre el suicidio de su padre, ¿cómo lo sabía ella?

—¿Quieres decir que es un recuerdo?

—Nadie te habló sobre el juicio al conductor ebrio.

Ella observó a Dante incrédula. ¡Por supuesto que le habían hablado sobre el accidente, el suicidio, el juicio y el asesinato del asesino de su pequeño! Ella había despertado en el psiquiátrico después de todos esos sucesos...

—Creo que estoy enfadada con mi padre —continuó como si Dante no hubiera hecho esas dos aclaraciones—, pero a la vez comprendo su desesperación porque es la misma que rabia e impotencia que sentí yo —Celeste rectificó—, que siento yo.

El comedor se quedó en silencio, solo se escuchaban las manillas del reloj alcanzando los segundos. Los dedos de Yago seguían acariciando la piel de sus manos con completa dedicación. Detalle que no escapó a Dante que miró a su hermano cuando le hizo un gesto casi imperceptible.

—¿Deseas que hablemos sobre el juicio?

—¡Dante! —exclamó Yago—, no.

Dante entrecerró los ojos e hizo una negativa con la cabeza. Respiró profundo y se levantó dejando a medias su taza de café.

—Si me disculpáis —dijo Dante—, iré a caminar un poco pues necesito el aire de la mañana para reanimarme —Celeste percibió la tensión entre los dos hermanos.

La puerta se cerró con suavidad y ella no pudo desprenderse de la mano de su marido que seguía reclamando la suya con posesividad.

—Amor... —Yago tosió para aclararse la voz—, quería decirte que la noche pasada ha significado mucho para mí. —Celeste pegó la espalda a la silla y lo miró con auténtica confusión en los ojos—. Doy gracias porque de los dos tú has demostrado ser la menos cobarde, y me alegro de que decidieras dar el primer paso.

Tensó los hombros ante las palabras.

—Trato de no ser una cobarde —confesó.

En ese preciso momento se sentía incapaz de encauzar la cólera y el miedo que la pérdida de su pequeño le producía.

—Ahora tenemos que hablar seriamente y tomar una decisión juntos —continuó él.

—¿Una decisión? —preguntó ella.

—Un colega de mi hermano va a hacerse cargo de tu medicación —Celeste lo miró atónita.

—¿No puede medicarme tu hermano?

Yago negó.

—Dante no está colegiado como siquiatra en España —le explicó—. Hace años sí, pero se colegió de nuevo en Italia cuando regresó a vivir allí con su familia.

Ella no sabía nada sobre eso.

—¿Quiere eso decir que no llevará mi tratamiento?

Yago le apretó las manos con cariño.

—Sí lo llevará pero no de modo oficial.

—Entiendo.

—Necesito que pidas un cambio de profesional pues mi hermano desaprueba la medicación que te receta tu actual médico. Dante piensa que es demasiado agresiva.

Ella hizo un gesto afirmativo. Yago seguía mirándola con infinita ternura.

—Estás avanzando —le dijo—, estoy muy orgulloso de ti. —Celeste parpadeó confundida—. Soy tan feliz de lo que sucedió anoche. De lo que significa para ambos...

Algo en la postura de ella debía de haberle indicado a él que ignoraba de qué le estaba hablando.

—No entiendo tus palabras —Yago la miró con extrañeza.

—Hablo de lo que sucedió anoche —le dijo. Ella tragó con dificultad.

—Lamento no recordarte. —Yago la miró con un profundo dolor—. O si hice algo que te dolió porque no lo recuerdo.

Yago sintió tras escucharla como si una rueda de molino lo aplastara.

—Yago... —ella calló un momento—. Necesito preguntarte algo que me está rondando por la cabeza de forma insistente.

Él necesitó un tiempo para sobrellevar la enorme decepción que le había causado que ella no recordara lo que habían compartido durante la noche.

—¿Yo también me enamoré de otro hombre como mi madre? ¿Me enamoré de Pedro?

La sorpresa fue claramente manifiesta en el rostro varonil.

—¿Pedro? —preguntó al fin.

Ella bajó los ojos completamente avergonzada.

—He recordado escenas en las que él está incluido. Aunque parezca increíble, lo recuerdo en mi vida. Su contacto, sus sonrisas...

Yago maldijo violentamente.

—¿Recuerdas a Pedro pero no a tu esposo? —ella lo miró con franca sorpresa por el tono furioso que había utilizado.

Ella no sabía qué decir.

Yago hizo algo completamente insólito, volvió a maldecir y abandonó el lugar lanzado juramentos al aire.

\*\*\*

Celeste estaba sentada en el bordillo de la piscina y balanceaba los pies dentro del agua. Su mente seguía cavilando a medida que su alma lanzaba suspiros entrecortados. La suave brisa le agitaba el pelo en un constante desafío. Oía el trinar de los pájaros y la quietud no le arrancó ni una risa a su alma pues seguía con las ideas enmarañadas.

Rafael Muñoz, el amigo de Dante, había aceptado ser su médico oficial y a suministrarle la medicación que Dante le recomendaba. Las sesiones terapéuticas seguían sucediéndose con absoluta normalidad entre su cuñado y ella. Aceptaba sus sugerencias porque estaba llegando a un punto de no retorno y quería llegar al final cuanto antes.

Yago seguía manteniéndose en sospechosa distancia con respecto a ella. Desde aquella vez en el desayuno, su marido no parecía el mismo. Dante tampoco, pensar en su cuñado le arrancó un suspiro de impotencia porque entre hermanos se había creado una tensión que ella no llegaba a comprender. Yago miraba a su hermano con disgusto y Dante le respondía con frialdad, apenas se dirigían la palabra salvo para lo imprescindible.

«Yago, ¿qué nos sucede?», se preguntó con tristeza.

No recordaba a su esposo pero le gustaban sus ojos amables y su sonrisa llena de empatía, las escuetas preguntas que la incitaban a confiarse a él sin temores y libre de culpa. Lo extrañaba y no sabía cómo volver a recuperar al hombre que había despertado en ella ese sentimiento tierno y confiado.



## CAPÍTULO 9

—Debes de tener los pies fríos —al escuchar la voz giró la cabeza.

—¡Pedro, qué sorpresa! —exclamó—. Me has asustado.

Pedro se puso en cuclillas a su lado y le sonrió con sapiencia.

—Tengo buenas noticias —Celeste alzó las cejas curiosa.

—Desde que te conozco siempre me traes buenas nuevas.

—Ven, sentémonos junto a la mesa, y te digo lo que te traigo esta vez.

Aceptó la mano que le ofrecía. El hombre la guió hasta los cómodos sillones de teca que adornaban la terraza junto a la piscina. Esperaba sus palabras pero Pedro se repantigó hacia atrás en el cojín y le mostró una sonrisa amplia que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

—¿Y...? —lo incitó ella.

Su silencio la ponía nerviosa.

—¡Pedro! ¡Pedro! —una voz de mujer le hizo volver la cabeza con sorpresa.

Yago venía empujando una silla de ruedas que transportaba a una mujer hermosísima. No pudo evitar fijarse en su pelo rubio y en sus ojos castaños. A pesar de estar sentada se advertía que tenía una bonita figura.

—Aquí está mi sorpresa. —Pedro se levantó galán y sujetó la mano de la mujer con verdadero afecto, y con una sonrisa deslumbrante—. Celeste, te presento a Rocío.

Los escrutadores ojos la analizaron centímetro a centímetro, pero ese examen no la molestó en absoluto. Le devolvió el mismo gesto de cordialidad.

—¡Tenía tantas ganas de verte! —la mujer le extendió la mano en franco saludo.

—¡Es un placer! —aceptó amable.

Yago no la miraba a ella sino a la muñeca Nancy con cierta admiración en sus ojos azules. Un ramalazo incómodo la sacudió.

—Ordenaré que nos traigan un refrigerio —Yago le pasó la silla a Pedro y se volvió sobre sus pasos.

—¡Espera! Te acompaño —dijo Pedro.

Estaba claro que ambos hombres querían dejarlas a solas.

—¡Es maravilloso estar de nuevo aquí! —exclamó la mujer.

¿Qué trataba de decirle Rocío con esas palabras? ¿Conocía la vivienda? ¿Cómo?

—¿Te gusta la casa? —le preguntó un tanto vacilante.

Rocío la miró asintiendo.

—La casa y lo que se respira en ella —Celeste comprendió.

—Tranquilidad, paz... —Rocío no la dejó terminar.

—Confianza, se respira confianza —a Celeste no le quedó más remedio que admitir que tenía razón. La casa rezumaba serenidad absoluta pero le seguía faltando memoria como a ella.

—¿Conoces a Yago desde hace mucho tiempo? —Rocío se volvió a su palabras. Había seguido con los ojos a una mariposa.

—Fuimos juntos a la universidad —esas palabras ampliaron su sonrisa—. Me gusta mucho tu nombre —le dijo la otra de pronto.

Ahora sí que se quedó sorprendida.

—¿Te refieres a mi nombre? ¿A Celeste?

Rocío soltó una carcajada.

—Hace juego con tus ojos.

—Imagino que por eso me lo pusieron mis padres.

—Tuvieron un gusto exquisito —respondió ella—. Bueno, ¿de verdad no me recuerdas?

—¿Perdón? —Celeste estaba desorientada.

A la vista estaba de que no la recordaba en absoluto.

—¡Celeste! ¡Soy yo!

A Celeste le parecía que la mujer le hablaba con jeroglíficos y que la miraba de forma enigmática.

—Lamento no recordarte —le dijo muy incómoda.

Rocío entrecerró los ojos con cautela.

—¿Quieres que te hable sobre Yago?

—¿Hablarne sobre Yago?

—De quién fue antes de conocerte.

—¿Te lo ha pedido él?

—Me lo ha pedido Pedro.

—¿Pedro?—Quizás si te digo quién fue tu marido, puedas recordarlo...

\*\*\*

—Llevas varias semanas muy serio —comentó Pedro. Yago no le contestó—. ¿Se marcha pronto Dante? —Yago lo miró con cierta resignación en los ojos.

—Celeste es un caso muy difícil —respondió.

—¿Difícil para Dante? —exclamó el otro—. No puedo creerlo.

Pedro se mostró en verdad sorprendido.

—Dice que no hay en psiquiatría un caso parecido al de mi esposa.

Pedro cogió la bandeja con los refrescos de las manos de Yago y comenzó a seguirlo.

—El juez aceptó el informe —informó.

Yago se volvió al oírlo.

—Eso es una noticia estupenda —refirió feliz.

Pedro asintió con la cabeza.

—Ahora queda lo más fácil aunque no para ti —Pedro se perdió la mirada punzante que cruzó por los ojos de Yago—. ¿Has considerado volver a ingresarla? —Yago se paró en seco y se dio la vuelta con rapidez.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —inquirió hosco.

—Sé que puede resultar duro —Yago cerró los ojos durante un segundo.

—Nunca volveré a ingresarla —aseveró rotundo—. Aunque nunca vuelva a ser la misma de siempre —optó finalmente por responder.

—¿Estás seguro? —preguntó el otro con interés.

—Lo tengo todo bajo control —respondió con excesiva dureza.

Pedro pensó que eso era una soberana estupidez. Saltaba a la vista la inseguridad que mostraba Yago.

—Pareces cansado —afirmó Pedro.

Yago soltó un suspiro cansado.

—He tenido que alargar la prórroga de excedencia.

—¿Y eso te preocupa? —preguntó interesado, Yago no respondió de inmediato.

—Tengo mucho trabajo acumulado, y ella acapara todo mi tiempo y energía. Da igual no tienes de qué preocuparte —la sonrisa se le borró de la boca cuando vio a su hermano sentado cerca de las dos mujeres, Yago miró su postura galante y sus modales de caballero.

—¡Qué bueno que te hayas unido a la fiesta! —las palabras de Yago habían sonado sarcásticas y le hicieron alzar una ceja a Dante.

—Ya me ha contado Rocío... —trató de explicar él.

Yago miró directamente a los ojos de Celeste intentando averiguar por qué tenía esa mirada perdida. La había dejado serena, y ahora veía tormenta en sus ojos.

—Aquí está el champagne —el tapón de corchó salió con fuerza y terminó en medio de la piscina. Pedro llenó las cinco copas y las repartió.

—¡Por el trabajo bien hecho! —exclamó Pedro.

—Ídem —respondió Rocío sumándose al brindis.

—Por la verdad, que siempre termina por encontrar la luz —las palabras de Dante lograron que Celeste lo taladrara con la mirada porque ignoraba qué había querido decir con ellas.

Decidió ofrecer un brindis también.

—Por mi siquiatra a quien respeto por su dedicación —ofreció ella sin dejar de mirarlo—, por mi abogado a quien admiro por su tenacidad, y por mi esposo, porque no hay un hombre más paciente que él.

Los tres hombres se quedaron callados salvo Rocío que no permitió que el silencio que siguió a continuación tras el brindis de Celeste perdurara.

—Y por mi pareja que acaba de hacerme el regalo más bonito que puede desear una mujer y futura madre —Pedro la miró arrobado—. Soy la mujer más feliz del mundo.

Las tres cabezas se giraron hacia ella atónitas tras escuchar la asombrosa noticia.

—¡Felicidades a la futura madre! —felicitó Dante.

La noticia sobre el embarazo de Rocío la sumió en una profunda pena. Ella había sido madre, ella había perdido a su tesoro.

—¿Cómo lo sabías tú? —inquirió Yago preguntando a su hermano.

—Simplemente he verificado un diagnóstico a petición de la paciente —la cabezas de Pedro y de Celeste se giraron hacia Dante con interés—. Antes de especializarme en psiquiatría, me licencié en medicina general, ¿lo habéis olvidado? —explicó azorado—. Y ha sido Rocío quien me ha contado sus sospechas, yo sólo las he corroborado.

Era una noticia feliz y a ella le provocó ansiedad. Sus ojos se empañaron y Yago miró a su hermano dolido.

—¿Os pareció un momento apropiado? —preguntó Yago con voz tan fría como el hielo.

Celeste miró a su marido con profunda tristeza. Pedro iba a ser padre, y ellos habían perdido al hijo de ambos...

Cuando observó la mirada que marido le dedicó a Rocío, sintió un vuelco en el corazón. Era incapaz de descifrarla. Ella le había preguntado tiempo atrás si se había sentido atraída por Pedro porque lo recordaba, pero tras esa mirada se preguntó si acaso era su marido el que sentía algo por ella.

Un segundo después se amonestó así misma por ese pensamiento desleal, pero ya no pudo quitarse de encima la sensación molesta. «No puede estar interesado en ella si dice que me ama a mí. ¡Maldita sea!, ¿por qué no recuerdo su amor?». Se preguntó con infinito pesar.

—Muchas felicidades Rocío. La maternidad es algo maravilloso —felicitó a la mujer aunque con el rostro pálido.

—Gracias, sé que te alegras realmente.

Tanto Dante como Yago continuaban alimentando el silencio de sus bocas.

—¡Aún me siento incapaz de decir nada! —exclamó Pedro todavía sorprendido por la noticia.

—Vamos a seguir celebrándolo...

\*\*\*

—Lo siento, de verdad —Yago levantó la vista de los papeles que seguía repasando completamente abstraído.

Intentaba que el tiempo pasara más deprisa ahogándose en trabajo acumulado, pero no lo conseguía.

—Ignoro a qué te refieres —cuando vio el avance de Celeste hacia donde estaba él, su cuerpo se tensó.

Ella superó los pasos que la separaban de la mesa y se sentó en una esquina con una sonrisa comprensiva en los labios. Comenzó a balancear la pierna mientras jugaba con una pluma del escritorio.

—Es muy duro Yago —dijo en voz baja.

El hombre pegó la espalda al sillón y entrecerró los ojos al escucharla. Realmente desconocía lo que trataba de decirle a menos que fuera sobre su tratamiento médico.

—Mucho menos que para ti —aventuro a decir mientras la observaba atentamente. Como si tratara de memorizar los rasgos de su rostro—. Todos deberíamos tener derecho a la felicidad sin que nadie nos la arrebatara —ella lo miró con ternura en sus ojos tras escucharlo.

—Pienso lo mismo que tú.

Celeste le acarició la mejilla en un acto voluntario, y Yago sintió que caía al vacío sin poder asirse a nada.

—¿Querías decirme algo?

Quiero recordarte, casi estuvo a punto de confesar, pero se retuvo a tiempo.

—Extraño la complicidad que compartíamos hace algunas semanas.

Los ojos de Yago la miraron precavido porque ella pisaba terreno peligroso para él. Su mujer no podía llegar a imaginar lo duro que le resultaba mantenerse alejado de ella.

—Estoy adelantando trabajo que tengo acumulado —fue el lacónico comentario.

Estaba a punto de mandarlo todo al mismo diablo.

—Entiendo cómo te sientes —lo animó.

Él sentía que iba a sufrir un espasmo si ella seguía cruzando la línea. ¿Cómo diantres podía decir algo así? ¿Bromeaba? Ella no sabía en absoluto cómo se sentía él.

—Solamente una persona que ama y no es correspondida puede saber cómo me siento realmente —le espetó con algo de amargura aunque sin intención.

Celeste sonrió.

—Que no te recuerde no significa que no podamos ser amigos —sugirió ella—, e

imagino que ambos nos sentimos culpables o despechados —Yago estaba comenzando a enfadarse, por ella, por él, por todo.

—Aquí no hay culpables ni despechados —las palabras duras no la amilanaron.

Celeste suspiró porque no había encarado el encuentro bien.

—Pretendía consolarte —afirmó rotunda.

La taladró con fiereza mal disimulada.

—¿Por qué piensas que necesito consuelo?

Celeste dio un respingo ante su tono mordaz. Quería preguntarle si sentía algo por Rocío. Quería preguntarle si se había sentido mal al saber del embarazo de ella. Si le hería que ella siguiera sin recordarlo, pero no preguntó nada de eso. Celeste volvió a replegarse sobre sí misma.

—Discúlpame... —ya se daba la vuelta cuando Yago la alcanzó por el brazo y ya no lo soltó. Celeste se quedó mirando cómo su mano se cerraba en torno a su muñeca como una garra de hierro. Se compadeció de él—. Sé cómo te sientes —reiteró.

Yago entrecerró los ojos peligrosamente.

—¡No, no tienes ni idea! —acto seguido la atrajo hacia sí.

Celeste cayó entre su regazo con un jadeo de sorpresa.

La boca de su marido capturó la suya sin darle tiempo a reaccionar. Mordisqueó con avidez los labios que se habían entreabierto para él. Jugó con su lengua, acarició el interior de las mejillas al tiempo que soltaba una exclamación de placer. La mano firme había ascendido hasta su nuca y había apresado su cuello para retenerla junto a su boca al mismo tiempo que seguía introduciendo su lengua con ritmo medido. Celeste estaba anonadada, el beso la había pillado tan de sorpresa que no pudo resistirse, ahora no quería que terminara. Las manos de su esposo estaban ocupadas reteniéndola sin percatarse que ella ya no presentaba resistencia. Se había dejado caer junto a él y seguía maravillándose de las sensaciones que le transmitía con su beso. Mantenía los ojos cerrados, sabía que debía detenerlo pero era incapaz de terminar algo tan maravilloso, aunque finalmente, Yago la empujó suavemente hacia atrás y terminó el beso con pesar.

—¡Discúlpame! Me dejé llevar por la ira —Celeste fue incapaz de entender qué había pasado, pero sintió el mazazo que las palabras de él le habían causado—. No debía de pagar contigo la frustración enorme que siento. A veces creo que no podré soportarlo por más tiempo —ahora sí que lo había entendido.

Lo miró con expresión dolorida y se dio la vuelta para marcharse. Yago alzó la mano para detenerla, pero la detuvo a medio camino, era mejor así.

## CAPÍTULO 10

La paz había vuelto a la vida de Celeste de forma lenta e inexorable. Los días se sucedían con absoluta normalidad. Seguía el programa de terapia con asiduidad, tomaba la medicación sin un protesta, y ponía todo su empeño en seguir los consejos: cruzar las puertas que su cuñado iba abriendo para ella. Poco a poco superaba la desgracia que se había cernido sobre su vida de forma implacable. Aún dolía los recuerdos, aún sangraba por dentro ante la amputación maternal que el destino había creado en su existencia.

Estaba sola sin su hijo, sin nada en el corazón que la alimentase.

Seguía manteniendo conversaciones continuas y calmadas con Dante, también con Rocío que le había explicado todo aquello que le había preguntado sobre Yago. Ella le había contado que la pasión de él era la pintura, que ella misma lo había animado a dejar la abogacía para dedicarse a lo que más le gustaba. Que se había labrado un futuro como pintor a pesar de la opinión de su abuelo materno y de su propio padre.

Cuando Celeste lo veía enterrado en papeles legales, le parecía imposible que su marido fuera un artista, pero Rocío le había explicado que los tratamientos médicos y judiciales de ella tras el accidente habían minado de forma considerable los ahorros que tenían, y que Yago había decidido volver a ejercer como abogado para costear las facturas.

Gracias a Rocío, Celeste comenzaba a conocer a su marido, aunque Yago seguía ensimismado en su mundo interior sin desvelarle nada, y ella se sumía en una tristeza que no escapaba a los ojos de Dante que la observaba con una mirada tan escrutadora que la ponía más nerviosa cada día.

A veces lo intentaba, pero le resultaba imposible ver a su siquiatra como a un familiar.

—Necesitas un empujón —Celeste volvió la cabeza a la voz de Dante.

Se encontraba disfrutando de uno de sus descansos solitarios en el jardín.

—¿Para caer por el precipicio? —respondió sin humor.

Dante la regañó con una mirada, pero ella se molestó.

—Esa ha sido una respuesta desafortunada.

Celeste suspiró.

—Alguna vez debéis dejar de pensar que solamente hablo de suicidio con cada palabra que digo —le aclaró.

Dante la amonestó con un gesto de la cabeza.

—La palabra suicidio no es la apropiada para hacer una broma.

—Sobre todo con mi trayectoria, ¿verdad?

Dante chasqueó la lengua ante el comentario.

—¿Qué escribes? —se había fijado en el cuaderno que descansaba en el regazo

femenino, y en el lápiz que sostenía a medio camino entre el pecho y la boca.

—Algunos pensamientos estúpidos —confesó.

Dante alzó una ceja con curiosidad.

—Me gustaría leerlos, ¿me permites? —Celeste le extendió la libreta y siguió las pupilas de él mientras leía. Para asombro suyo, su cuñado comenzó a leer en voz alta. Celeste trató de quitarle el cuaderno pero Dante lo alejó de su alcance.

—Es terapia Celeste. Cuando oigas por mi boca lo que has escrito, lo verás de forma más objetiva —respondió serio.

—Me provoca vergüenza —admitió ella.

Dante le guiñó un ojo cómplice,

—No pienso revelar tus pensamientos a nadie, secreto profesional, ¿recuerdas?

Celeste hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, pero me agobia.

—Confía...

Y Dante comenzó a leer. Tras más de media hora leyendo, al fin alzó sus ojos y la miró con una intensidad que ella no pudo sostener. Celeste desvió la mirada para ocultar la vergüenza sentía.

—Interesantes pensamientos —ella seguía sin poder sostenerle la mirada—¿Me permites analizarlos? —ella negó efusivamente con la cabeza—. Celeste...

«¿Por qué me molesta tanto que me mire así?», se preguntó.

Dante volvió a leer las palabras escritas por ella en el folio, pero de forma más pausada, dando a su voz una entonación especial.

Cuando concluyó la lectura la observó limpiamente.

—Si no te conociera, diría por lo que has escrito que abrazas de nuevo la fe —de todas las conclusiones que esperaba, esa era la menos esperada.

—¿Era entonces una persona no creyente? —quiso saber ella.

En el cuaderno había plasmado pensamientos filosóficos sobre la vida. La pérdida, y lo valioso de conocer y valorar el tiempo.

—Anarquista, atea, revolucionaria... —respondió Dante.

«Debe de estar tomándome el pelo», se dijo.

—¿Anarquista, atea y revolucionaria? ¡No te creo!

—Las conversaciones que mantuviste con mi abuelo materno sobre la no existencia de Dios y la ciencia, todavía le provocan sarpullido.

Celeste entornó los ojos. Dante le hablaba de reuniones familiares que ella no recordaba, pero que le gustaría hacerlo.

—Nunca he sido atea —afirmó convencida—. Y presumo que has errado en este



último pronóstico.

—¡Me ofendes dudando de mis palabras! —protestó Dante.

«¿Anarquista, atea y revolucionaria? Increíble. Si soy una persona discreta, tímida e introvertida». Se dijo con una gran sonrisa.

—¿Puedo unirme a la broma? —la voz de Pedro la sobresaltó.

Dante fue consciente del esfuerzo que hacía ella para no mostrar desagrado.

Lo que había leído le había dicho mucho sobre los sentimientos femeninos, y su hermano estaba muy lejos de conocerlos. Había intentado restarle seriedad por eso había mencionado el ateísmo que en el pasado había sido una broma constante entre ambos cuando se acercaba una reunión familiar de la que Celeste no podía evadirse.

—Yago está algo ocupado revisando unos informes. Me ha despachado sin remordimientos y me ha dicho que vendrá un poco más tarde —Celeste seguía con una actitud de incomodidad. Había tensado la espalda hasta el punto de parecer un palo de escoba.

—¿De qué bromeabais? —ella se moriría de la vergüenza si Dante hacía alguna alusión a lo que había escrito en el cuaderno.

—Dante me ha recordado que en el pasado era atea, anarquista y revolucionaria.

Pedro sonrió al evocar a la Celeste del pasado.

—Tu lengua cortaba más que un bisturí de cirujano —reveló Dante sin dejar de mirarla.

Pedro la miró de arriba abajo con verdadero interés. En las últimas semanas había cambiado mucho, ya no estaba tan escuálida ni desmejorada. La vida había coloreado sus mejillas y dado a sus ojos un brillo que atraía como un imán. Se alegró mucho por Yago y Dante. Ambos estaba haciendo un trabajo estupendo.

—¿Cuántos años os lleváis de diferencia? —la pregunta se la hizo Celeste a Pedro.

Este no dudó en responder.

—Cinco años. Rocío tiene la misma edad que Yago —Celeste asintió—. Estudiaron juntos en la universidad. Rocío hizo la especialidad de pediatría.

Una sombra oscureció la mirada de Celeste. Dante supo que la culpa la tenía el comentario de Pedro sobre la pediatría porque le había hecho recordar a su hijo.

—Creo que Celeste pensaba en la diferencia de edad entre Yago y yo —la mujer le mostró el amago de una sonrisa a su cuñado porque desviaba el tema de los niños cosa que le agradecía profundamente.

—Lo lamento —se disculpó Pedro.

—Yago es el pequeño de la casa —afirmó Dante. Celeste le mostró una sonrisa comprensiva—. El más mimado, terco e irreverente, pero todos lo adoramos —la mujer lo miró un instante con sorpresa porque Yago no se parecía en nada a la descripción que hacía su hermano.

—Me cuesta pensar en Yago de esa forma irreverente —admitió ella.

—No te haces una idea de lo que me hizo sufrir Yago con Alins.

—¿Alins? —preguntó.

—Mi esposa, la madre de mis hijos —reveló con orgullo—. Por cierto que está deseando visitarte, pero se encuentra de viaje con nuestra hija mayor.

—¿De viaje? —repitió.

—Nuestra preciosa hija ha sido contratada por la Orquesta Filarmónica de Nueva York —Dante se percató de la sorpresa en los ojos de su cuñada—. Es pianista.

—No la recuerdo —confesó triste.

—Lo harás en un futuro —aseguró él.

Pedro decidió intervenir.

—Yago ha sido el más sinvergüenza de todos los Rossi —dijo Pedro de pronto—, y Dante el que tiene la flema arrogante de su abuelo.

—Es un conde terrible —susurró Dante en voz baja.

¿El abuelo de Yago y Dante era conde? Celeste se mostró sorprendida. Rocío le había explicado muchas cosas sobre su marido, pero todos sus comentarios habían sido sobre su personalidad, sus logros.

—Yago nunca me ha dicho nada —mencionó ella.

Pedro la observó con atención y decidió intervenir.

—Yago es la persona más humilde que conozco, aunque en sus tiempos mozo fue un digno sucesor de Casanova.

—¿Te quedarás a cenar Pedro? —preguntó Yago, el aludido hizo un gesto afirmativo.

—Carmen cocina como lo ángeles...

Celeste no se preguntó ni una sola vez por qué motivo el que creía su abogado caminaba por su casa de forma tan natural, como si fuese la suya propia. En las últimas visitas, Pedro no había hecho ninguna referencia jurídica. Era como un buen amigo que disfrutaba de la compañía de ellos.

\*\*\*

El ambiente en el comedor era bastante tenso, y ninguno de los presentes supo a qué era debido. Yago seguía callado y taciturno como en las últimas semanas. Dante no le quitaba el ojo de encima y Pedro seguía con su cháchara superficial para animar la velada. Celeste lamentaba que Rocío no hubiese podido asistir a la cena. Extrañaba su amena conversación, y toda la información que le facilitaba sobre el hombre que tenía la mirada perdida, y los labios apretados en una línea fina.

—Queda poco para que concluya tu tratamiento —dijo Pedro de pronto.

Celeste descansó el tenedor en el plato para mirarlo con atención. Pedro se refería a la medicación.

—Algo menos de un mes —admitió. La esperanza en su voz era innegable—. Eso quiere decir que seré tan cuerda como el resto.

—Nunca has estado loca —apuntó Yago.

El brillo en sus ojos era de lo más extraño, sobre todo porque minutos antes tenía la mirada perdida.

—Podrás retomar tu profesión, es una buena noticia —ella no se esperó las palabras de Pedro—. Volver a trabajar.

—¿Era maestra? —preguntó ella—. Por que si lo era no podría trabajar con niños, todavía no... —se le quebró la voz.

Yago miró con severidad a Pedro por ser él el causante de la amargura de ella.

—No eras maestra —afirmó Yago rotundo.

El suspiro de alivio de ella fue escuchado por todos.

—Cuando esté preparada —calló para tomar aire—. Cuando recuerde, buscaré algo que me interese.

—¿Qué te interesa, Celeste? —preguntó Dante.

No supo qué responder.

—Aún es pronto —intercedió Yago—, para pensar en ello.

—¿Qué te interesa? —volvió a insistir Dante.

Yago que miraba a su hermano con disgusto. Llevaba días enojado con él porque no estaba feliz con los últimos avances de Celeste, pero no quería dejar patente su disconformidad en la mesa.

—¿Me he perdido algo importante? —la pregunta de Pedro quedó suspendida en el aire.

Observaba a los dos hermanos con sorpresa. Podía palpar el antagonismo en ambos y se preguntó el motivo.

—No hay que precipitar los acontecimientos —respondió Yago casi en un susurro. Parecía que únicamente le hablaba a su hermano.

—Hay que soltar la presa. Mejor, debes soltar la presa —respondió Dante.

Ambos hermanos se miraron de forma intensa. Escrutadora. Celeste contuvo una exclamación confundida. Yago giró el rostro hacia ella y la miró con cierto pesar.

—Si me disculpáis, tengo asuntos que atender —su esposo se levantó de la silla con suavidad y abandonó el comedor con paso silencioso.

—¿Se ha molestado por lo que he dicho? —inquirió Pedro perplejo creyendo que era el causante del malestar en la mesa.

La mano de Dante había cogido la femenina. Clavó sus ojos grises en ella.

—Celeste... —Dante la miró directamente—, escucha mi voz. —Celeste bajó los ojos de inmediato y asintió—. Sabes lo que te interesa. Cuál es tu prioridad, no lo olvides.

Durante los siguientes minutos, nadie dijo nada ni hizo ningún movimiento. Celeste tenía la cara inclinada hacia su regazo y respiraba de forma pausada. Cuando Pedro estuvo a punto de preguntarle si se encontraba bien, ella se levantó y miró directamente a su cuñado.

—Disculpadme tengo que hacer algo importante.

—Por supuesto —respondieron los dos hombres al unísono.

Dante no dejó de observarla mientras retiraba su silla hacia atrás y se alejaba con rapidez para alcanzar la puerta en silencio. Ambos hombres miraron como se marchaba sin abrir la boca. Pedro estaba anonadado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo atónito—. Ahora comprendo por qué Yago está enfadado contigo.

*No me busques con palabras que incitan,  
¿quién no ha soñado en vida alguna vez?  
Mas despierto amaino tu fiero y certero embate,  
que, aunque lleno de deseo, sigue pareciéndome infiel.  
Solitario mi deseo vaga, por dehesas sin pasto ni cerco,  
mas no temo a mi corazón presto sino a tu dulce mirada.  
Mi fe me impele a resistir aunque seas mi hermoso vergel,  
ahogo mi rabia y locura pues de tu agua no puedo beber.  
No debo anhelar tus besos, ni tratar de descifrar tu alma,  
pues en intentos pasados quedé malherido en las entrañas.*

## CAPÍTULO 11

Sintió su perfume antes de que se metiera entre las sábanas.

Yago despertó de su aletargamiento con rapidez. Sintió el calor de ella y la forma en la que pegaba sus miembros a los suyos. Su esposa volvía sus pensamientos del revés. Sus intenciones en agua pasada. Intentó separarse un poco de la piel femenina, sin embargo, sus esfuerzos resultaron en vano. Celeste parecía poseída por una fuerza sobrenatural. Al momento, los brazos asieron su cuello en una caricia que no supo rechazar. Buscó con ansiedad sus labios tibios, y con su lengua de satén indagó en su profundidad con una ansiedad descarada que lo desarmó. Quería amarla aunque fuese en el olvido de ella. Necesitaba su calor para sentirse completo, si bien no podía comportarse de esa forma tan despreciable. Ella lo hacía inconscientemente, y ese conocimiento lo llenaba de espesa amargura. Maldijo a su hermano. Maldijo a su suerte, pero no pudo desprenderse del abrazo de ella. Hizo amago de separarse, pero cuando sus ojos contemplaron la desnudez satinada del cuerpo hermoso, el ansia se le desbocó.

Perdió la batalla de la voluntad por completo.

No podía despegar sus ojos de los pechos maduros y de las corolas doradas que lo coronaban. Se le ofrecía a él con ansiedad premeditada. Sus gestos. Sus caricias, eran fuente de erotismo puro como el prelude para el deseo de amor que comenzaba a aguijonearlo sin piedad. Ella era su reina indiscutible. Era consciente que algunas mujeres necesitaban que sus hombres las contemplasen con atención, focalizándose en todo su cuerpo entero. Parecía que Celeste esa noche era una de ellas. La complació con gusto porque sus ojos no se perdieron detalle de todas y cada una de las curvas de su anatomía. A ella le gustaba que la besara desde los tobillos hasta las bonitas orejas para despertarle sensaciones que proviniesen de algún otro lugar que no fuese su centro mismo de placer, y él estaba dispuesto a complacerla en todo. Se tomó su tiempo para besarle el muslo y las partes interiores de la muñeca. Celeste emitía gemidos entrecortados y llenos de satisfacción, y entonces comenzó un ataque a su boca. Una zona erógena por excelencia. Profundizó el beso reclamando, exigiendo una rendición que ella le ofreció gustosa.

—Espera... —le dijo, pero ella no le permitió continuar, con un beso hambriento se apoderó de su boca y de sus sentidos.

—Te deseo —ronroneó como una gata.

Yago gimió interiormente porque era incapaz de desoír su ruego.

—¡Dios bendito! ¡No eres tú! —exclamó dolido.

Muchas veces la había amado por la noche y ella no lo recordaba por la mañana.

Celeste siguió atacando sus sentidos de forma brutal e impenitente.

—¡Te necesito tanto! —el golpe emocional que recibió tras sus palabras le hizo aterrizar el estómago en los talones.

Él necesitaba escuchar que lo amaba además de que lo necesitaba, pero deseaba atender su súplica, no obstante, la parte racional de su cerebro frenaba en seco el deseo

desbocado.

—No me conformo con noches robadas, amor —le dijo en un susurro.

Ella atrapó sus labios de nuevo y los mordisqueó con lascivia incontenible.

—No puedo contener mi deseo por ti —ella sitiaba su corazón con palabras zalameras, y aunque Yago sabía el precio que iba a pagar, aceptó al fin que Celeste lo había derrotado en su campo. Posó la mano en su seno y acarició el pezón con avidez que se tornó inhiesto a su demanda.

—¡No puedo resistirme! ¡Perdóname! —la boca de él atrapó la de ella y ya no la soltó. Celeste se retorció como una serpiente impaciente, pero Yago calmaba su ímpetu con promesas en su oído de la satisfacción plena que iba a darle.

Memorizó cada parte del suave cuerpo. Cada centímetro de piel satinada. Se emborrachó con su sabor... hundió su miembro latente en el vientre de ella que lo acogió con la suavidad que acoge una vaina a su espada. Yago creía que podía morir del placer que le producía el sólo hecho de sentirse en su cálido interior, sin embargo, Celeste tenía otros planes a seguir.

Comenzó un suave balanceo que se tornó en una galopada furiosa. Cruzó las piernas alrededor de la cintura de él para impedirle la retirada de su centro. Bailó, se contoneó mientras con la boca seguía hurgando, buscando sensaciones que la llenaran. Las embestidas de Yago la hacían gemir con placer anticipado, elevándola una y otra vez a la cúspide de la pequeña muerte deseada, un empuje más, sólo uno para liberarse de la tensión que atenazaba su vientre con una espiral dolorosa.

Grito cuando el orgasmo la alcanzó por completo, y Yago al oírla no pudo contener por más tiempo. Con un rugido gutural se desplomó sobre ella completamente saciado.

\*\*\*

Yago seguía sentado en la silla frente a la cama en completa vigía. Celeste dormía boca abajo con una de sus manos bajo la almohada que aún conservaba el calor y el aroma de la piel de él. La nivea sábana había descendido con coquetería hasta el punto donde la espalda perdía su casto nombre. Los hoyuelos juguetones le arrancaron un pensamiento lascivo porque los había besado a conciencia. Los había delineado con su lengua cálida haciendo que ella ronronease como una gatita amorosa, y la gata se iba a convertir en tigresa cuando se diese cuenta de que él no le iba a permitir una huida digna. Una escapatoria fácil a su mundo interior.

Un mundo que lo excluía a él porque no lo recordaba. ¿Cómo era posible?

Había tomado una decisión. Su esposa había llegado a su alcoba bajo los efectos de la necesidad aunque no lo recordara, y él estaba haciendo guardia hasta su desvelo para que fuese consciente de una vez por todas dónde había pasado las últimas seis semanas: con él en su lecho.

Estaba agotado de luchar contra la razón, en un debate que sólo ganaba la desesperación al ser consciente de todo lo que se jugaba. Su mujer siempre acudía a él a media noche, escapándose poco después con cauteloso sigilo, como una ladrona. No obstante, ni una vez más podría argumentar que no recordaba nada de lo sucedido entre

ambos. Se jugaba mucho, todo a una carta, pero, ¡maldita la suerte que no pensaba perder!

Estaba atrapada y él lo sabía. Ahora quedaba esperar el desenlace. Ella se removió en sueños placenteros y a él no le quedó la menor duda que su cuerpo satisfecho lo iba a seguir buscando aún en la inconsciencia. Recorrió con sus penetrantes ojos el brillo con el que la luna iluminaba su cuerpo envolviéndolo en un haz plateado que lo atraía como un imán. La amaba con toda su alma. La llevaba impregnada en la sangre, dominaba sus pensamientos y nada de lo que argumentase le valdría para escapar del asedio al que pretendía llevarla.

Yago había llegado al punto de no retorno.

Cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a balancearla consciente de que su futuro dependía de ella. Ya no se conformaba con horas robadas a la parte inconsciente de su cerebro, ya no se resignaba a ser el amante complaciente de noche, y un esposo ansioso de afecto durante el día. Ella había formado parte de su vida, la quería completa las veinticuatro horas del día.

Nunca más iba a ser ignorado con la claridad de la luz.

Celeste comenzó a removerse. Su larga melena castaña seguía desparramada en la almohada como un bello cuadro pintado. Como aquellos que estaban guardados bajo llave. El esposo siguió con sus ojos la línea suave de los hombros, la estrechez de su figura que seguía siendo muy hermosa. Se sentía atraído por su mirada honesta y su sonrisa fiel.

Ella lo había rescatado del mundo de reglas y normas en el que vivía con su abuelo. Encerrado en un comportamiento nada extrovertido, pasional e impulsivo. Su abuelo materno se había encargado de que no olvidara cuál era su sitio en la vida. Y lo hizo siempre de la forma más dura en la que puede aprender un hombre. Su abuelo había logrado que Yago fuera infeliz, pero ella había sido la racionalidad presente. Le había hecho comprender que podía ser él mismo sin abandonar su esencia. Que estaba en su mano elegir su destino, y que su abuelo había sido en el pasado lo que quiso, y él tenía la obligación de hacer lo mismo. En su mujer había encontrado la cadena a la que atarse y pensaba continuar encadenado a ella en lo bueno y en lo malo.

Se levantó de la silla para correr la cortina del todo pues quería ser consciente de cada una de las emociones de ella cuando despertara en una cama que no era la suya.

Celeste se dio la vuelta y quedó boca arriba. La sabana se había enrollado en torno a su cintura más abajo del ombligo, y, esa curva descubierta a sus ojos, le arrancó a Yago un gemido urgente de deseo que contuvo a duras penas. Los pechos de ella subían y bajaban en acompasada respiración, y él se perdió un instante en esas aureolas que seguían invitándolo con un tormento que ignoró a fuerza de voluntad. Miró de nuevo el reloj, los minutos caminaban con una lentitud desquiciante, pero tenía mucho tiempo para meditar las palabras que usaría para hacerle entender que ya no tenía escapatoria.

Se había cansado de su olvido. De su memoria selectiva: amante de noche, esposa desmemoriada por la mañana.

Celeste abrió los ojos desorientada y cubrió con una mano su frente para despejarse, con la otra mano tanteó la cama para buscar la sábana que no encontraba, su cuerpo se estremeció con frío a pesar de la calidez de la habitación. Tragó saliva varias veces para

suavizar su garganta reseca y sus labios agrietados. Tenía muchísima sed y no supo la razón para ello. Se desmereció con languidez, sus largos miembros agradecieron la atención y ella se reincorporó en la cama para encender la luz que no hacía falta debido a la claridad que entraba por la ventana.

Alguien había corrido las cortinas.

Cuando abrió los ojos se sorprendió. Estaba en una alcoba que no era la suya, desnuda, saciada, y con unos brillantes ojos que la contemplaban con absoluta adoración. Cogió la sábana de un tirón y la subió hasta las mejillas que se le encendieron cuando fue consciente de quién estaba con ella en la habitación.

—¡Buenos días, amor! —se encogió todavía más—. Estaba ansioso porque que despertaras.

«¿Por qué estoy desnuda?». Se preguntó.

Celeste no entendía nada.

—¿Qué hago aquí? —preguntó indecisa.

Yago se levantó y cruzó los pasos que lo separaban de la cama, alcanzó el borde y se sentó. Celeste reptó hacia atrás hasta tocar con su espalda el cabezal de la cama.

—Estás en mi habitación —la respuesta le pareció absurda porque ella ya lo sabía, pero no le había preguntado de quién era la habitación sino qué hacía allí.

Celeste movió los ojos en derredor captando todos los detalles que la conformaban: el color de las paredes, el sobrio mobiliario oscuro y el pequeño rincón de estudio que mostraba a las claras quién era el dueño.

—Te he preguntado qué hago aquí

Yago sujetó la mano femenina con delicadeza y besó el interior de la muñeca con devoción. Un escalofrío violento la sacudió pues fue consciente de que ese beso no era el único que le había dado.

—¿Qué hemos hecho? —la pregunta era en verdad absurda.

—¿Necesitas preguntarlo? —un rubor intenso la cubrió hasta la raíz del cabello y no supo a qué atenerse cuando las emociones la desbordaron.

Cada recuerdo iba regresando a ella con fiereza honestidad. Las caricias, los besos, las palabras seductoras.

Yago se acercó un poco más, y ella siguió encogiéndose.

—Me siento decepcionado ante tu olvido —Celeste carraspeó bastante violenta—. Has compartido mi cama durante las últimas seis semanas.

¡No era cierto! ¡Sí! ¡Ella se había vuelto loca!... mejor, ¡ambos estaban locos!

—¡No puede ser! —exclamó convencida.

Si ella no lo recordaba, no podía acudir a su lecho buscando sexo. Yago la obsequió con un alzamiento de ceja y con burla en la boca en un intento de ocultar lo herido que estaba.



—¿He compartido tu cama... durante... durante seis semanas? —balbuceó, pero Yago sabía a lo que se refería.

—Siempre te marchabas justo antes del amanecer. Quiero creer que te daba apuro que alguien de la casa descubriera nuestros encuentros amorosos secretos.

¡Misericordia! Ahí estaba la prueba de que estaba completamente loca, se dijo.

—Entonces, ¿por qué hoy ha sido diferente? —preguntó aturdida.

Yago dudó durante un instante antes de contestarle.

—Hoy no he permitido que te marches —seguía sin comprender nada—. Te he estado haciendo el amor hasta poco antes de que despertaras. Tienes una marca de mis labios en tu pecho izquierdo —inmediatamente bajó la sábana para comprobar sus palabras, y vio consternada la prueba que él había proclamado en tono posesivo.

Se tapó aún más fuerte, como si la delgada sábana fuese un escudo impenetrable a sus ojos que seguían mirándola con arrobos mal disimulados.

—¿Cómo puedo hacer el amor con un extraño?

Yago entrecerró los ojos al escuchar sus palabras. Las sintió como latigazos en su corazón.

—No soy un extraño.

Ella lo miró fijamente.

—Lo eres —afirmó sin apartar los ojos de él—, porque sigo sin recordarte.

Yago soltó el aire que contenía poco a poco. Se sentía como un lobo enjaulado. Sentía ira, desesperación, pero ya no había vuelta atrás. Lo que habían compartido durante semanas traía consecuencias, y tenía que hacérselo entender.

—Tienes que hacerte una prueba —Los ojos de Yago estaban inusualmente serios.

Ella lo miró como si le hubiese salido un cuerno en la frente. Yago le mostró la caja del Predictor que agitó delante de sus ojos. Celeste se quedó estupefacta.

—¿Prueba? —él la animó con los ojos a que continuase, no obstante, Celeste se sentía tan sorprendida que estaba a punto de sufrir un ahogo.

—Una prueba de embarazo —terminó él por ella.

—¿De... de embarazo? —ella repetía las palabras de Yago como si fuera un loro.

¡Madre de Dios! ¿Podía estar encinta y no recordar nada?

## CAPÍTULO 12

Celeste miró a Yago entre el horror y la fatalidad al mismo porcentaje. Escudriñó sus ojos que la miraban con seriedad. Un brillo extraño se paseó por el iris de sus ojos, y ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—¡Qué susto me has dado! Casi me lo he creído —farfulló de pronto.

Yago ignoraba qué quería decir con esas palabras. Celeste le palmeó la mano y estalló a continuación en carcajadas. Se dejó caer en la cama de espaldas y siguió riendo a mandíbula batiente.

—¡Menudas ganas de jugar por la mañana! —el rostro severo de él debía de haber detonado la alarma dentro de su cabeza, sin embargo, sentía tal alivio que no podía dejar de reír—. ¡Me lo había creído.

—Es cierto, siempre tengo ganas de jugar contigo, pero aún tienes que hacerte la prueba de embarazo.

Celeste no paraba de reír y Yago le palmeó la cadera para llamar su atención.

—He caído una vez, pero ni una más —la risa femenina resultaba contagiosa sin embargo, aguantó el tipo hasta que a ella se le pasaron los estertores de la risa.

—Estoy esperando... —dijo él de nuevo.

Celeste cerró la boca de inmediato.

—¡No puedes hablar en serio! —decididamente sí que hablaba en serio—. ¡No puedo estar encinta!

El terror se reflejó en los bonitos ojos.

—¡No quiero hacerme una prueba de embarazo! —exclamó a punto de volver a reír pero de forma histérica—. ¡No estoy encinta!

—Celeste, has compartido mi cama las últimas semanas, y no te ha venido el periodo. Creo que debes hacértela, al menos para salir de dudas —respondió sin rastro humor.

—¡No voy a hacerme una prueba de embarazo! —volvió a negar ella.

A Celeste ya no le preocupaba estar desnuda en la cama de él porque otras preocupaciones ocupaban completamente su mente. Yago la miró fijamente.

—Hazlo por mí, por favor...

Algo en la postura de él la hizo decidirse.

—Está bien —admitió ella—, sólo para que te quedes tranquilo —Yago asintió con la cabeza sin dejar de mirarla.

Celeste agarró el predictor y se dirigió al baño arrastrando la sábana. Yago sitió la puerta del dormitorio para que ella no tuviera escapatoria y decidido a esperar resultados.

Veinte minutos después salió envuelta en una toalla y con el pelo aún mojado por la

ducha que se había dado. Yago esperó unas palabras que ella no se dignó mencionarle, cuando llegó al sitio donde estaba esperando su salida, le obsequió con una bofetada que estaba llena de frustración. Sin decirle una palabra, salió al amplio corredor en busca de su dormitorio. Yago la siguió con la mirada pero sin ir tras ella.

—Bonita forma de hacerme saber que voy a ser padre —susurró.

Celeste se sentía que se hundía en un pozo y que se ahogaba.

Yago terminó por mesarse el pelo y abandonar el dormitorio. Su respuesta había sido la esperada, entró en el baño y vio el test de embarazo con las rayitas que anunciaban la buena nueva. Imaginaba el caos que debía sentir su mujer al conocer que estaba encinta y que no recordaba cómo se había producido, pero era un resultado obvio ante las noches que habían compartido juntos.

\*\*\*

La mesa del comedor parecía un duelo mortuario. Celeste no había pronunciado palabra. Se sentía superada en sentimientos contradictorios. Estaba embarazada de un hombre del que no recordaba nada. Lo miraba sucesivamente con dolor en los ojos, y tras unos instantes que a Yago le parecieron eternos, apareció Dante que se sentó entre los dos sin percatarse del antagonismo que flotaba en la mesa como una nube de vapor tóxico.

—¡Buenos días! ¡Qué mala cara tenéis los dos! ¿Acaso no habéis dormido bien esta noche pasada? —Yago miró a su hermano con una advertencia que llegó demasiado tarde. Celeste se levantó de la mesa, tiró la servilleta encima de su plato sin tocar, y le dirigió una mirada llena de lágrimas.

—No has terminado de desayunar —le recriminó tan dolido como ella.

Yago estaba en el límite. Aun paso de gritar.

Dante miraba a uno y a otro sin saber por qué su cuñada tenía esa mañana una mirada preñada de ira y de llanto, ni por qué su hermano mostraba esa desolación al contemplarla.

—¡Tenías que haberme protegido! —exclamó ella con voz hiriente—. Yo no tengo la facultad sobre mis acciones, ¡tenías que protegerme! —volvió a reiterar.

Abandonó la mesa con tal ímpetu que Dante no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Dirigió los ojos a Yago que en ese preciso momento estaba removiéndole el contenido de su taza completamente abstraído.

—Estás jugando con fuego —le advirtió—. Sé que estás ansioso de que recuerde, pero precipitarse no es bueno.

Yago golpeó con ira la mesa al escuchar las palabras de su hermano.

—¿Qué yo...? —comenzó él—. ¡Maldita sea! —exclamó enfadado.

Dante pegó la espalda al respaldo de la silla en actitud conciliadora porque los ojos de su hermano lanzaban chispas, y él ignoraba el motivo.

—¡Tienes la culpa de lo que pasa! —vociferó Yago ya sin control.

Dante escuchó la acusación de su hermano con el aplomo que lo caracterizaba.

—¿De qué me acusas? ¿Qué piensas que he hecho que te perjudica? —preguntó.

Yago pensó durante un segundo si recriminarle a su hermano como profesional o contener su enojo. Desde su llegada a Madrid, Dante le había recriminado por todo, y todavía más por sacar a Celeste del siquiátrico. Había cuestionado todos y cada uno de los pasos que había dado.

—Tenías que haber pensado con la cabeza antes de utilizar la hipnoterapia —si el desconcierto fuese un premio, Dante sería el ganador indiscutible—. Debiste preguntarme antes de exponerla a eses tratamiento. Preguntarle a ella si quería ser una cobaya.

Dante no se molestó por las palabras insultantes de su hermano.

—Mis tratamientos tienen nombre científico, y no te permito que me hables en ese tono, soy tu hermano mayor y un profesional cualificado —Dante terminó de darle vueltas a su café con rostro serio.

Yago esperó justo el momento, cuando ya su hermano se llevaba la taza a los labios y bebía un gran trago de café le espetó con saña.

—¡Te felicito! ¡Vas a ser tío! —Dante escupió el café en el mantel y comenzó a toser con aspavientos.

Su hermano pequeño tenía un pésimo gusto para gastar bromas por la mañana.—¡No ha tenido gracia! —lo censuró.

Yago lamentó que ni su esposa ni su hermano lo tomaran en serio.

—Una noticia que debería llenarme de alegría, me envuelve en profunda tristeza.

Los ojos de Yago eran dos pozos de duelo.

—¿Qué has querido decir con eso? —preguntó éste.

Yago alzó la mirada. Tenía los ojos cuajados de lágrimas.

—Es el resultado normal ante el olvido al que me somete —Dante seguía mirando con dureza el rostro de su hermano—. No recuerda al esposo, pero disfruta con el amante...

—¿Qué has hecho? —Yago lo miró un tanto avergonzado tras la pregunta directa, pero solo fue durante un instante, otro después se encogió los hombros con indiferencia.

—Celeste está embarazada —Dante pensó durante un momentos—. Ha sido involuntario, pero quizás el resultado te agrade ¿no? —Dante intentaba bajar la nuez que había subido a su garganta.

—¿Por qué piensas que me agradaría algo así? —le preguntó con seriedad.

Yago ladeó la cabeza contrariado.

—¿Por qué utilizaste la hipnoterapia? ¿Para que se metiese en mi cama y...? ¡Qué mas da! —Yago volvió su rostro hacia los jardines con la decepción dibujada en la cara.

—Te has equivocado de lleno —aclaró el hermano. Yago le hizo un gesto negativo con la cabeza. Dante contemplo horrorizado que no lo creía y carraspeó dolido ante su recriminación—. ¡Te has equivocado de lleno! —exclamó firme.

Yago lo miró como si no lo creyera.

—No me trates como un estúpido porque no lo soy —le advirtió Yago de forma contundente. Dante estaba perdiendo la paciencia—. Con la hipnoterapia quisiste acelerar su recuperación, pero solo ha funcionado de forma selectiva.

—Mis intentos por ayudarla no la han perjudicado en absoluto. ¡Lo juro! Soy un profesional. —Yago miró la figura de su hermano que lo miraba a su vez con cierta desazón en sus ojos grises.

No sabía qué pensar. Estaba a un paso de la desesperación.

—Lleva varias semanas metiéndose en mi cama a media noche, acosándome para que le haga el amor. Luego regresa a su habitación y actúa como si durante la noche no hubiera sucedido nada entre nosotros. —Dante se sentía aturdido por la confesión franca de su hermano—. Me desquicia que me ruegue que la ame y que después actúe de nuevo como si fuera un extraño para ella.

—No sabía lo que sucedía —apuntó el otro azorado.

Yago continuó mirándolo con un gran pesar en el rostro.

—No te haces ni una idea de lo que ha significado para mí saber que no recuerda nada de lo que hacemos durante esas horas... —la decepción de él abrumó a Dante—. La primera vez supe que fue pura necesidad, la segunda creí que al fin me recordaba, pero las otras... ¡maldita sea!

—¡Yago! ¡Tu esposa padece parasomnia! —lo miró como si no lo viera—. Lo descubrí en una de nuestras sesiones.

No podía articular palabra. Contempló a su hermano abrumado por la revelación.

—¿Parasomnia? —inquirió—. ¡No puede ser! ¡Yo lo sabría! —Dante no supo qué responderle o cómo consolarlo—. Pensé... creí que cuando ella se entregaba... ¡Dios qué lío!

Dante hizo un asentimiento de cabeza.

La parasomnia era un trastorno anormal de la conducta que se producía durante la fase de sueño y estaba asociado a episodios parciales de despertar, sin que por ello se produjera una interrupción importante del sueño. Además, podría implicar movimientos anormales. Comportamientos, emociones, percepciones y sueños que se producían mientras uno estaba dormido.

—Ya sabes cómo funciona el sonambulismo —le recordó severo.

Yago levantó la barbilla al techo y cerró los ojos con cansancio. ¿Se podría ser más desdichado? Su esposa además de amnésica padecía parasomnia.

—¿Puede ser una consecuencia? —preguntó—. ¿Estar asociada con una enfermedad neurodegenerativa? —el rostro de Dante resultó demasiado revelador—. ¿Esquizofrenia?

Dante hizo un gesto afirmativo muy leve.

—Sí —la respuesta de su hermano le cayó como un mazazo—. La esquizofrenia además ha provocado un cambio mantenido en diferentes aspectos del funcionamiento

psíquico.

—¿Hablas de la conciencia real? —preguntó Yago.

—Una desorganización neuropsicológica compleja, en especial de las funciones ejecutivas que lleva a una dificultad para mantener conductas motivadas y dirigidas a metas —calló un momento antes de continuar—, además de una significativa disfunción social.

El rostro de Yago era de absoluto horror.

—Pensé que los fármacos la ayudarían a controlarlo.

—Los medicamentos antipsicóticos fundamentalmente actúan suprimiendo la actividad de la dopamina, por eso había pensado aumentar la dosis...

Yago lo interrumpió.

—Si le aumentas la dosis puedes desencadenar otros problemas de salud como la drogodependencia, la depresión, además de un trastorno de ansiedad, y no quiero eso para ella, para nosotros.

Dante echó la espalda hacia atrás y miró fijamente a su hermano.

—Tu esposa es un caso bastante complicado —le dijo—. Pero eso ya lo sabías desde que decidiste sacarla de la clínica desoyendo los consejos de todos.

Yago taladró a su hermano tras el comentario acertado.

—Deseo que me recuerde despierta y dormida. Todas las horas del día, y lo hará mucho mejor si está aquí conmigo y no encerrada entre cuatro paredes.

Dante recordó la agria discusión que mantuvo con su hermano tiempo atrás sobre Celeste, pero Yago había desoído todos y cada uno de sus consejos.

—Habla con ella. Explícale todo —lo animó Dante.

Yago crujió los dientes.

—No tiene que saber nada salvo que la amo. Que deseo su recuperación por encima de todo. Que muero un poco más cada día cuando contemplo en sus ojos que no me recuerda. Que ha olvidado lo que un día significamos el uno para el otro...

Dante resopló enojado, aunque decidió cambiar su postura porque no le gustaba ver a su hermano pequeño tan derrotado emocionalmente.

—Su embarazo es una complicación innecesaria.

Yago miró a su hermano crispado.

—Pero ha sucedido y ya no hay remedio.

Dante meditó un instante antes de preguntar.

—Me gustaría saber cómo lo ha sabido.

Yago tuvo el atino de sonrojarse antes de aclarar.

—La obligué a que se hiciera el test —Dante lo miró sin creerse lo que oía.

—Hermano, tenías que ofrecerle indicios para que lo descubriera por sí misma, y no así de sopetón, no ha tenido tiempo de prepararse.

—Estoy cansado de los indicios. De abrir puertas que vuelven a cerrarse. Estoy harto de esperar un milagro que no sucede.

—Tienes mucho que aprender todavía —le aconsejó Dante con ese tono de profesional que tanto detestaba él.

Y ninguno dijo nada más. Se quedaron mirándose el uno al otro durante largo rato.

## CAPÍTULO 13

Celeste seguía en el jardín con Dante

Yago temblaba con el resultado final. Seguía revisando informes de los diferentes casos que llevaba y que había postergados hasta tiempo indefinido. Rafael estaba resultando ser de una ayuda valiosísima. Le había suspendido a su esposa la medicación debido al embarazo, y mucho se temía que eso significase un importante retroceso en su cura.

Tanto Dante como Rafael estaban satisfechos de los últimos resultados salvo él, porque ella seguía sin recordarlo. Había levantado un muro entre los dos, y que Yago se negaba a seguir tolerando.

Finalmente decidió acompañar a su hermano y a su esposa en los jardines. Salió con grandes zancadas por las amplias cristaleras. Justo cuando terminó de bajar los cuatro peldaños se percató que Celeste y Dante sostenían una discusión violenta aunque no fue capaz de entender una sola palabra. Dante tenía asida la muñeca de ella que, de un tirón lleno de desdén, consiguió soltar. Este la recriminaba duramente mientras ella hacía un gesto altanero. Contemplaba la escena absorto ante la nueva faceta de su esposa y de otros detalles que llamaron poderosamente su atención.

Dante no estaba hablando con ella como un profesional. Había perdido el control, y ese detalle le llamó poderosamente la atención porque Dante nunca perdía los papeles.

Ignoraba las palabras que él podría estar diciéndole, sin embargo, ella seguía sosteniéndole la mirada sin un titubeo. Contempló estupefacto el paso que dio Celeste hasta casi pegar la nariz a su hermano y comenzar a recriminarle de forma categórica.

Se moría de ganas por saber sobre qué discutían.

—¡Celeste! —la llamo.

Ella giró el rostro hacia él, y Yago lamentó su impulso. Tanto su hermano como su esposa cambiaron de postura.

—¿Por qué discutís? —ella le devolvió el gesto de saludo con un brillo de hastío en la profundidad de sus ojos que lo molestó.

Fue Dante quién respondió.

—Desea seguir medicándose.

Yago entrecerró los ojos bastante sorprendido.

—No es saludable en tu estado —contestó serio.

—No puedo dormir por las noches —contestó ella—. ¡Me abruman las pesadillas!

El rostro de Yago se ensombreció. No había considerado esa posibilidad: que ella siguiera atormentándose mientras dormía. La observó con detenimiento y se percató de las profundas ojeras que surcaban sus ojos. El remordimiento lo atizó con saña.



—Le he propuesto inducirlo al sueño y casi consigo que me golpee en respuesta.

Dante había utilizado un tono de voz impersonal que desmentía la seriedad de sus palabras.

Yago metió las manos en los bolsillos del pantalón en un intento de no abrazarla. Ella mantenía las distancias por algún motivo que él no podía entender ni valorar, pero que respetaba.

—Necesito salir de la casa. Necesito saber que estoy con personas que me hablan no para inducirme, ni medicarme, ni tratarme —Celeste ahogó un sollozo—. Necesito respirar normalidad.

Yago tensó los hombros. Enderezó la espalda y la miró sin recriminación.

—Olvidas que no eres una mujer normal en estos momentos —apuntó con cierta dureza—. Has estado recluida en un hospital psiquiátrico —continuó—, porque has intentado suicidarte —siguió cada vez con el tono más firme—. ¿Quieres respirar normalidad? ¡Recuerda! —la apremió.

Celeste ahogó un grito. Se llevó la mano a la garganta porque apenas podía respirar. Dante censuró a su hermano con la mirada.

—¿Piensas que me gusta seguir con la mente en blanco? ¿Levantarme cada mañana sin recordar nada? ¿Mirarte y no saber quién eres? ¿Ser consciente de que permito que un extraño me haga el amor?

Yago masculló ostensiblemente mientras Dante miraba la discusión que mantenían ambos con cierta cautela.

—¡Sí! —tronó la voz masculina—. Te escondes en tu desmemoria para evadirte. Para no enfrentarte a la realidad —Yago había explotado.

—¡Yago! —exclamó Dante sorprendido por el estallido de su hermano.

—¿Qué realidad? —preguntó ella alzando también la voz.

—Yago, ¡no! —le aconsejó Dante, pero él estaba sordo a todo.

—¡Que ibas a abandonarme como tu madre abandonó a tu padre!

El gemido de espanto fue claramente audible a los dos hombres que la observaban.

—¡No es cierto! —bramó con los ojos reducidos a una rendija.

Pero Yago ya no dijo nada más. Se dio media vuelta y regresó al interior de la vivienda.

—¡No es cierto! —exclamó ella—. ¡No es cierto!

—Me temo que sí —admitió Dante con voz cansada.

Era horrible. Maquiavélico. No recordaba nada solo sentía, y estaba cansada de sentir. De pronto miró a Dante completamente alarmada.

—¿Había otro hombre? —se atrevió a preguntarle.

Cuando vio el gesto negativo de Dante, Celeste soltó un suspiro profundo y

desesperado. Cada vez se sumergía más en el pozo del olvido.

—Entonces, ¿por qué? —insistió.

—Por las mismas inseguridades que sentía tu madre.

A ella le parecía una explicación absurda. ¡Su madre se había enamorado de otro!

—¿Fue antes o después de perder a nuestro hijo?

Celeste vio dudar a Dante y se preguntó por qué motivo vacilaba al responderle.

—Antes.

Así estaba la situación. Ella pensaba abandonar a su esposo, pero antes de hacerlo, un borracho había matado a su hijo, y ella había decidido cobrarse su vida en venganza. Poco después decidía suicidarse, y al fallar en su intento, la ingresaron en un hospital psiquiátrico.

—Mi hermano te ama con toda su alma. No sentía lo que te ha dicho, de veras.

Ya lo imaginaba, aún así le respondió de forma seca.

—Estoy cansada.

—Pretendo ayudarte Celeste, pero tienes que permitirme que lo haga.

—Llevo semanas permitiéndolo, y mira el resultado.

Celeste hizo lo que Yago momentos antes: dejó solo a Dante en el jardín.

\*\*\*

Se sentía cada vez más furiosa con todos. Ansiaba recordar más que nada en el mundo, y Yago se había recluso en sí mismo y la evitaba en cada ocasión que se le presentaba. Su esposo le producía un cúmulo de emociones que no sabía cómo encauzar. Estar embarazada de nuevo la sumergía en un dolor indescriptible porque presentía que había algo roto en su matrimonio que no podía arreglar, y un bebé lo complicaba todo. Al momento sintió unos remordimientos abrumadores. La vida comenzaba a disculparse con ella ofreciéndole una nueva oportunidad.

Celeste se debatía entre el deber, la obligación y la falta de cordura a la que tendría que enfrentarse en breve porque, si no era capaz de cuidar de sí misma, ¿cómo lo haría con un ser indefenso? ¿Qué sería de su vida si nunca recordaba? ¿Qué camino debía elegir llegado el momento? A su mente acudían las advertencias de Dante, y la desesperación la consumía todavía más. Tenía que recordar, quería hacerlo, y por ese motivo decidió abrir por fin la puerta de la habitación cerrada. No pidió permiso, no lo necesitaba. La casa era tan suya como de Yago, y lo que había guardado en esa habitación también.

Le pidió la llave a Carmen, sabía que ella la tenía porque mantenía la casa limpia, también esa habitación cerrada. La mujer no le puso objeciones. Celeste introdujo la llave en la cerradura y dio las dos vueltas. Cuando empujó la hoja, todo estaba en penumbras. Caminó decidida y corrió la gruesa cortina y subió una de las persianas. Cuando la luz entró en la estancia, ella soltó un suspiro. Ahora comprendía por qué motivo la casa le parecía desmemoriada. Allí estaba su misma esencia.

Celeste caminó muy despacio mientras miraba los diferentes cuadros. Había otros tapados pero los descubrió causando con ello que el polvo se le metiera en los ojos y en la nariz. Frente a ella quedó descubierto un mundo que no sabía que existía.

Observó con reverencia objetos que parecían regalos. Cajas y cajas que contenían de todo, encontró los álbumes de fotos de ella, de su familia, de todos. Encontró cartas escritas. Ropa que ignoraba a quién pertenecía. Era una habitación que contenía la vida de la casa, y se preguntó por qué motivo Yago había ordenado guardarlo y encerrarlo todo.

Estuvo toda la tarde viendo, leyendo y sacando los diferentes objetos, pero sentía que todavía faltaban cosas por descubrir. Entre las diferentes cajas no encontró nada que hiciera referencia a ella, a su estudios, a su trabajo. Celeste seguía en la más completa ignorancia con respecto a ella y lo que había sido en el pasado.

Observó con ternura los diferentes cuadros que Yago le había pintado. Había decenas. También del hijo de ambos que le arrancó un gemido de desesperación. El bello cuadro tenía que estar en el salón. Celeste pensaba ordenarle a Carmen que colocara todos y cada uno de los objetos en su lugar correspondiente. Nunca jamás esa puerta iba a estar cerrada.

Había creído que tras la puerta estaba su memoria, pero se había equivocado. Tras la puerta cerrada no estaba su memoria sino la memoria de su casa.

\*\*\*

El sueño la vencía, por fin había pasado la hora crítica en la que los terrores la sacudían sin dejarla respirar. Cuando el silencio y la soledad trataban de engullirla en un pozo negro donde la luz se distanciaba cada vez más de ella. Intentaba seguirla, atraparla sin conseguirlo, y entonces, el dolor que siempre la desgarraba, hacía su presencia de nuevo en su interior atormentándola sin piedad. Un escalofrío la recorrió en un sentimiento atribulado, notó el frío que comenzaba a expandirse por las plantas de sus pies hasta alcanzar su estómago que se sacudió con un espasmo. Tragó saliva violentamente, pero la sensación de miedo seguía dentro de ella aterrorizándola.

Quería huir, desaparecer, pero seguía atrapada en la cama con las sábanas atándola como un verdugo. El sudor comenzó a perlarle la frente ante su incapacidad de frenar el miedo. La misma imagen, la misma tragedia, y la inutilidad de su corazón que no se desprendía del sufrimiento. Deseaba gritar pero se contuvo.

Un gemido más y fue incapaz de soportarlo.

Yago sintió cuando ella se metió de nuevo entre sus sábanas. La había esperado durante tres días sin que ella acudiese a él. Celeste se pegó a su espalda todo lo que pudo y él percibió sus lágrimas que le mojaron la espalda causándole un desasosiego profundo y completo.

—Amor... —se giró sobre sí mismo y la abrazó con ternura, brindándole el consuelo que necesitaba. Ella no dejaba de temblar y él terminó por darle besos quedos en un intento de tranquilizarla—. Es solo otra pesadilla —ella hipó por el llanto que no podía sujetar.

—Me siento sola —Yago le besó la coronilla.

—Ya nunca vas a estar sola —la consoló.

Su esposa volvió a gemir de nuevo.

—Tengo tanto miedo —la abrazó aún más fuerte para tratar de transmitirle algo de su calor—. ¡Hazme el amor! —le suplicó, y su voz sonó como un graznido.

—No —fue la atormentada respuesta de él.

—¿Por qué? —Yago estaba completamente convencido que no podría entenderlo porque apenas lo comprendía él.

—No lo entiendo ni yo —admitió en voz baja.

Celeste hipó en un intento de tragarse las lágrimas.

—¿No me deseas? —le preguntó compungida.

Yago no pensaba caer en la trampa.

—Cada cabello de tu cabeza... —calló un momento—, cada peca de tu cuerpo. No obstante, nunca más voy a hacerte el amor por necesidad tuya o mía. Tu salud es más importante que todo eso...

Celeste suspiró cansada y recostó la cabeza en el hueco de su garganta. El calor que le transmitía, la serenidad de su consuelo, acabó por cerrarle los ojos y sumirla en un sueño profundo.

Yago supo el preciso instante en el que ella se abandonó al sueño intranquilo. Escuchaba su respiración desacompañada. La forma de tragar con dificultad la saliva que se le acumulaba en el cielo de la boca. Volvió a besar sus mejillas y con la mano acarició de forma suave la espalda desnuda. Quizás por la mañana todo cambiase para los dos.

¡Era tan fuerte su Celeste.

## CAPÍTULO 14

No le quitaba ojo a su marido. Nuevamente había aparecido en su cama desnuda, e ignoraba de qué forma había acudido a él ni cuándo. Cada día las lagunas mentales que sufría aumentaban. ¿Por qué buscaba siempre su compañía? ¿Por qué su subconsciente seguía buscándolo por la noche hasta que lo encontraba?

Paseó sus ojos por el atractivo rostro dormido.

El abundante pelo rebelde le tapaba parcialmente un lado de la cara. Celeste no se había percatado de que lo llevara tan largo. El instinto hizo que su mano se elevara para darle una caricia trémula que él agradeció en sueños. Se volvió hacia su mano buscando su contacto y Celeste quiso pagarle el consuelo que le había brindado durante la noche. Delineó su nariz recta, su mandíbula marcada. La suave barba incipiente le produjo cosquillas en la palma de la mano. Le mesó el pelo con cuidado y se inclinó hacia el rostro para obsequiarle un beso cariñoso. Antes de poder alcanzar el puente de su nariz, Yago atrapó su boca en un beso voraz que ella no rechazó, todo lo contrario, abrió sus labios para que se diese un festín con su interior, algo que él aceptó con sumo agrado. Comenzó un ataque a sus sentidos que la dejaron paralizada.

Abrió los ojos con una sonrisa, y al momento, los ensombreció con cautela.

—¡Buenos días, amor! —esas palabras le producían escalofríos porque prometían el paraíso, y ella quería ese paraíso.

—Buenos días, también para ti —respondió cauta.

Él le dio un beso al pezón desnudo. Ella gimió ante la caricia inesperada.

—Estoy hambriento de ti —con la lengua lo acarició y delineó con suavidad. Celeste dio un respingo involuntario—. Siempre me tienes vencido de amor.

—¡Espera! —rogó ella, si bien él no la complació.

La tumbó de espaldas y comenzó un ataque a su seno que la sumió en una vorágine de placer inusitado.

—Ahora no estás dormida. Me ves como yo te veo a ti.

—¿Lo crees prudente? —trató de protestar.

Yago no contestó, tenía metida casi toda la aureola dentro de la boca y comenzó a succionar como un infante muerto de hambre. La mano de él bajó al interior de sus piernas, trazando en su bajada una línea de fuego que le hizo arquear la espalda de forma involuntaria. Detuvo la mano en el mismo centro de su sexo buscando en su interior la perla que crecía entre sus dedos por las caricias que le brindaba.

—¡Te amo!

Celeste abrió las piernas al reclamo de él mientras con su mano buscaba el pene orgullosamente henchido.

—Estás preparado para mí —musitó complacida.

Yago sonrió y se lo ofreció.

—Cada madrugada, cada momento. Todos los días de mi vida —de nuevo reclamó la boca de ella con avidez, Celeste seguía acariciando el pene que se tornaba duro en su mano.

—Ahora, Yago, ahora —pero él negó con la cabeza con suavidad.

—Llegarás al orgasmo con mis dedos, y luego volveré a reclamarte en otro precisamente con lo que estás acariciando —los espasmos comenzaron a sacudirla, y antes de que terminara el último, Yago la penetró con delicada fuerza. Comenzó un ritmo que acompañó ella con sumisión porque el placer seguía atormentándola con cada embestida que recibía.

Poco después ambos estallaron al unísono.

Estaba saciada y feliz. Yago seguía acariciando su vientre con adoración. Inspiró profundamente antes de volverse a él y sonreírle.

—Eres un amante extraordinario —cabeceó galante ante su cumplido.

—Soy italiano —respondió cándido.

Ella abrazó su cuello y lo besó.

—¡Presumido!

—¿Qué discutías con mi hermano el otro día? —quiso saber él.

Celeste selló sus labios a la pregunta inquisidora, pero, tras unos momentos en silencio, decidió responderle.

—Hablábamos sobre la hipnoterapia para inducir al sueño.

Era la misma respuesta que le había ofrecido su hermano, pero él sabía que no era toda la verdad.

—No me mientas —le advirtió—. Sé que me ocultáis algo.

Durante un breve instante, la culpabilidad se paseó por el iris de ella. Yago se percató del brillo que cruzó sus ojos y sintió una sacudida que no pudo ignorar.

—¡Habla conmigo, amor! ¡Quiero ayudarte! —creyó que ella iba a sincerarse con él, pero se equivocó.

—Ya es de día, se fueron las pesadillas de la noche —anunció feliz.

Él no se esperaba esas palabras. La miró completamente atónito, sin embargo, su mujer ya le daba la espalda para encaminarse a su alcoba.

—¡Espera!

Desoyó la orden y siguió caminando por el largo corredor hasta llegar a la puerta de su alcoba donde se sentía protegida durante el día, por la noche sucedía todo lo contrario. Yago la siguió más con curiosidad por las palabras que le había ofrecido que por el enfado que le producía. Cada vez que salía el sol, se mantenía apartada de él.

Su hermano lo interceptó nada más salir por la puerta del dormitorio. Dante lo miró

de arriba abajo con el ceño fruncido.

—Podrías enfriarte —le espetó de pronto.

A Yago no le preocupó su desnudez. Había salido tan rápido en busca de su mujer que se había olvidado de que no llevaba ropa alguna. Volvió sobre sus pasos y se colocó el albornoz que estaba doblado encima del arcón a los pies de la cama.

Dante entornó la puerta tras de sí.

—Tenía calor —fue la tibia respuesta.

—Una ducha fría suele ser un remedio eficaz —le respondió el otro con cierta burla.

—¿Querías decirme...? —inquirió Yago.

Dante se sentó en la silla ricamente ornamentada que presidía el rincón de lectura.

—Por la ausencia de respuesta por tu parte deduzco que ella sigue acudiendo a tu lecho de madrugada —Yago asintió con la cabeza de forma breve.

—Hoy hemos hecho el amor de día, viéndome ella, viéndola yo —sonrió satisfecho—. Hoy ha sido consciente de todo lo que hemos hecho juntos —Dante miró a su hermano con un brillo de preocupación en sus ojos—. Hoy recuerda lo que hemos hecho.

—Debes de tener cuidado —Yago se esperaba algún consejo, sin embargo, no esas palabras—. Su fragilidad es cada vez más evidente.

—¿Por qué discutíais ayer por la tarde? —Yago observó la vacilación de su hermano y se intranquilizó todavía más.

—Ya te lo mencioné, pretendo ayudarla a dormir pero le da terror que utilice la hipnoterapia.

Yago entrecerró los ojos alerta pues la respuesta de Dante no lo había convencido en absoluto, aunque era la misma que le había ofrecido en el día de ayer.

—Me estás mintiendo —lo acusó sin un parpadeo.

—Comprendo que desees su recuperación inmediata, pero tu actitud lo está retrasando todo. Su embarazo puede hacernos retroceder todo lo que habíamos adelantado.

—¿Qué temes?

—Que vuelva a tentar contra su vida.

—No lo hará —respondió rápido—. Ahora tiene un motivo para no hacerlo.

—Tiene terror a alumbrar a un hijo que pueden arrebatarse —calló un momento antes de continuar—. No ha superado nada.

—No comprendo qué tratas de decirme.

Dante suspiró cansado. Extrañaba a su familia, sus hijos, pero su hermano le había pedido ayuda y no podía negarse. Sin embargo, Celeste estaba mucho más enferma de lo que había imaginado.

—Mi recomendación como profesional es que no tome medicación salvo la hipnoterapia que es inocua para el bebé —le aconsejó.

—Ella no quiere hipnoterapia, y no puedo obligarla.

—Que no te alarmen mis palabras pues son ofrecidas de buena fe.

—Ella dice que no me recuerda. Que no sabe si me ama, pero acude a mí lecho cada noche. ¡Me busca! ¿No te parece suficiente motivo para desesperarme?

Dante carraspeó algo violento.

—Ella no te recuerda —le explicó—, y tú te empeñas en que lo haga.

Yago no lo escuchó.

—¡La amo! —admitió con vehemencia—. Me destroza el corazón que no me recuerde.

—No olvides lo más importante: su curación completa. —Yago se molestaba por momentos.

—¿A dónde quieres ir a parar? —Dante meditó un instante las palabras que debía elegir para no atormentarlo.

—Tienes miedo a perderla. —Eso era indiscutible. Casi la había perdido en el pasado por dos veces—. Te aprovechas de su necesidad de recordarte, pero te equivocas de proceder. Está desorientada, confusa, embarazada. —Yago apretó los labios con dureza.

—La amo con toda mi alma —reiteró.

Dante cabeceó pensativo.

—Lo sé, y cualquier duda está fuera de lugar en tu caso. Sin embargo, ella necesita que la ayudes —Yago continuaba en silencio—. Tiene que continuar su tratamiento, y en su estado no podrá tomar fármacos que la ayuden a estabilizarse. —Yago tragó forzosamente—. Tenías que haber pensado en las posibles consecuencias.

—No puedo continuar así —confesó Yago dolido—. Voy a derrumbarme.

—Era tu obligación poner medios anticonceptivos a vuestros encuentros íntimos —Yago se mesó el pelo irritado.

—Nuestros encuentros, como tú los llamas, no han sido premeditados, y cuando quise poner remedio, ya era demasiado tarde.

—Yago, estoy muy preocupado.

El hermano pequeño lo miró con ojos llenos de angustia.

—¿Qué discutíais ayer? —preguntó a bocajarro.

Dante hizo amago de irse, pero Yago lo detuvo del brazo.

—¿Qué discutíais? —insistió.

—Tu esposa me ha mencionado la posibilidad de un aborto, por eso discutíamos ayer Yago miró a su hermano incapaz de reaccionar. Había perdido el color del rostro.

—Nunca mataría a... ¿cómo puede pensarlo siquiera?



Dante se frotó las manos para calentarlas como si las tuviera frías.

—No escuchó mis palabras. Tiene un miedo atávico a ser madre.

—No tenía ni idea, no sospeche que... —no pudo continuar.

—Necesita curarse —Yago se negaba a mirarlo—. Desde que dejó los fármacos sufre unas pesadillas horribles.

—¿Por qué me atormentas? —le preguntó su hermano lleno de angustia.

—Porque vas de un error a otro, y no puedes continuar así.

Dante siguió machacándolo, Yago alzó una mano para detenerlo.

—Convéncela para que acepte la hipnoterapia en sustitución de los fármacos —le sugirió Dante con tono firme.

—¡Basta! No puedo creer lo ridículo que te has vuelto de repente —tronó Yago con voz amarga.

—¡Dile la verdad! —exclamó Dante.

Yago negó con la cabeza.

—Tiene que recordar por sí misma —afirmó. Ambos hermanos se miraron algo antagónicos, pero Yago fue el primero en desviar la mirada—. ¿Piensas que no he pensado acabar con todo y revelarles la verdad?

—Díselo, o tendré que hacerlo yo.

Yago saltó como un resorte.

—Te lo prohíbo terminantemente. No está preparada para una revelación así.

Dante lanzó un suspiro cansado.

—Estás cometiendo un terrible error —Yago asintió con la cabeza.

—Uno más, qué importa...

## CAPÍTULO 15

Maldita fuera que no la encontraba por ningún sitio. Tenían asuntos que tratar, decisiones que tomar, y ella seguía en paradero desconocido. El terrible encuentro con su hermano lo había dejado lleno de dudas pues todo se posicionaba en su contra, y él ya no estaba dispuesto a transigir en ninguna de sus posturas.

¿Cómo sabía salido de la casa cuando todos la vigilaban? ¿A dónde había ido?

La amaba total y absolutamente. Su salud mental era su máxima para él, y pensaba luchar contra todo aquel que objetara lo contrario. Había tomado la decisión de sacarla de la clínica, pero hacía lo correcto. Celeste, junto a él, recordaría.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al jardín, creyó que podía encontrarla en la piscina aunque se había equivocado. Celeste no aparecía. Un estremecimiento se apoderó de su cerebro durante un instante ante la duda que comenzó a germinar dentro de él.

—¡Yago! —el saludo de Pedro desde la balconera le hizo levantar la cabeza y entrecerrar los ojos. Encauzó sus pasos hacia él—. Rocío se encuentra en la cocina con Carmen —Yago asintió.

—Estoy buscando a Celeste, no la he visto desde esta mañana —Pedro sonrió.

—Está en la biblioteca —¿cómo no se le había ocurrido? Su hermano no se daba por vencido. Tendría otras de sus sesiones con ella.

Las risas en la cocina les hicieron a ambos pararse un momento, Rocío compartía alguna broma con Carmen que respondía con su habitual sentido del humor. Abrió la puerta con suavidad. Ambas estaban de espaldas y no se percataron de la presencia de ellos, dudó entre darse la vuelta e ir directamente a la biblioteca para hablar con Celeste, pero no podía hacerle un desaire a Rocío, no se lo merecía.

Carraspeó y ambas mujeres se giraron al unísono.

—Yago cuánto me alegro de verte. Ven con nosotras y toma un trozo de tarta de queso y un vaso de té frío —ni Pedro ni Yago pudieron obviar la invitación ofrecida con tanta amabilidad, ambos se acercaron a la mesa y tomaron sendos asientos. Yago pensaba estar solo un momento. Estaba ansioso por hablar con su mujer.

\*\*\*

Celeste lo miraba con ojos desorbitados. El estómago se le había revuelto violentamente y apenas podía resistir el impulso de contener las arcadas. Alzó las manos hacia su frente y cerró los ojos con un abatimiento total. Trataba de tragar la hiel que se había acumulado en el cielo de su boca de forma permanente. Parpadeó varias veces intentado reprimir las lágrimas, aunque no lo consiguió.

—Lamento habértelo contado —Celeste se mordió el labio para contener un sollozo que amenazaba con salir en un alarido por su garganta—. Espero que me perdones.

No supo qué contestarle. Ansiaba salir de esa habitación que la ahogaba por momentos, si bien siguió sentada en la silla de forma impotente.

—Sé que estás decidida a hacerlo... —Dante calló un momento—, pero no puedo permitirlo.

Era incapaz de replicarle a esa monstruosidad que le había contado. No era cierto, ella no había pensado matar a...

Dante le tendía una cinta grabada que ignora. La había sacado de la grabadora unos minutos antes.

—Son tuyas, tus miedos. Te pertenecen, y te ayudarán a comprenderte.

Celeste terminó por aceptarlas.

—¡Yo no mataría a mi bebé! —exclamó dolorida—. No lo he pensado siquiera.

—Sabes cómo tienes que actuar. Debes esforzarte.

—Pero mi subconsciente, no —admitió en voz baja—. No deseo recuperar la memoria, ¿verdad? Por ese motivo planeo y actúo sin después recordarlo.

—Hay más verdades que tienes que oír —Celeste bajó los ojos atormentada.

—¿Yago desea que las sepa? —Dante negó con la cabeza—. Entonces no deseo escucharlas.

—No es ético, Celeste. Hay una verdad ahí que debes conocer.

—Pero no deseo saberla —reiteró aturdida—. La escucharé cuando Yago lo crea oportuno.

—Celeste —comenzó Dante—. Sufres de esquizofrenia y debes medicarte.

—Lo sé —susurró vencida—. Pero no puedo medicarme estando embarazada.

—Hay fármacos menos dañinos...

Entre los síntomas frecuentes de la esquizofrenia estaban las creencias falsas, pensamientos poco definidos o confusos, alucinaciones auditivas, reducción de las actividades de relación y de la expresión de emociones, e inactividad, pero la suya era de tipo paranoide donde predominaban los sentimientos de persecución, delirio, bipolaridad, alucinaciones...

Dante le había revelado parte de los secretos que ella guardaba. Era una mujer peligrosa. Tarde o temprano hacía daño a las personas que la amaban. Había confesado en una de las sesiones que había atentado contra la vida de Yago. Ella no lo recordaba, pero Dante se lo había dicho. Desde que había dejado los fármacos, era muy peligrosa.

—Mi hermano está sufriendo mucho, y no es objetivo contigo.

—Lo sé —los ojos de ella lloraban con fruición.

—Estoy muy preocupado si interrumpes el tratamiento.

—Solo tengo una opción —confesó con un hilo de voz.

—Y es la acertada —le dijo Dante—. Me he interpuesto de forma involuntaria en su forma de tratarte, y lo lamento de veras.

—Gracias a ti he descubierto lo peligrosa que soy. —Celeste se tapó la boca con la

mano, y dejó fluir las lágrimas a raudales—. No quiero hacerle daño! —Dante la animó con un gesto amable en sus ojos grises.

—Y no lo harás —ella al fin asintió tremendamente compungida.

—¿Cuándo? —Dante le mostró una sonrisa amable.

—Ya está todo preparado, solo tenemos que esperar unos días, pero deberías decírselo.

Ella negó con la cabeza de forma elocuente.

—Si lo hago no me lo permitirá, y no estoy dispuesta a ello.

—Te equivocas —le dijo Dante, pero ella ya no le respondió.

El corazón de Celeste latía con menos ritmo del habitual. A sus ojos asomó la duda y la vacilación al mismo porcentaje, y aunque se rebelaba, las pruebas que le había mostrado Dante eran irrefutables y completamente devastadoras.

\*\*\*

Los días morían de la misma forma, vacíos, apáticos, como el estado en el que se encontraba ella tras la conversación mantenida con Dante. Ahora que tenía la mente fría y el corazón anestesiado, podía ver los razonamientos. ¡Y cuanta razón le asistía!

Miró una vez más el pequeño bolso de viaje con algunas pertenencias que se llevaba. El recuerdo de sus hijos la quemaba como si se hubiera metido en una fragua por propia voluntad.

—Todo está listo —ella volvió la cabeza hacia la puerta que mantenía Dante entreabierta, el disgusto se reflejó en sus ojos y él le devolvió el gesto comprensivo.

—¿Yago? —Dante lo pensó un momento.

—No se encuentra en la casa, volverá a medio día, para entonces todo estará solucionado. —Ella asintió con la cabeza—. ¿De verdad quieres hacerlo? Ya conoces los riesgos.

—Yago se pondrá furioso. —Contestó. Dante terminó por asentir pesaroso.

Rafael miraba a Yago completamente aturdido, nunca había visto a su amigo tan furibundo. Su visita inesperada a su consulta lo había pillado desprevenido.

—¿Dónde está mi esposa? —la pregunta resultó insolente.

—En el hospital, ya te lo he dicho —Yago se mesó el pelo con agitación.

—¡No tenías ningún derecho a hacerlo sin consultarme! —Rafael tensó los hombros ante el estallido.

—Me lo pidió ella, Yago. Aunque tu hermano la trate mentalmente, yo soy su médico de cabecera, y me asiste el derecho a procurar la estabilidad emocional de mi paciente. He hecho lo correcto, y tú mejor que nadie deberías saberlo —Yago volvió a estallar.

—¡Ella no sabe la verdad! —Rafael lo miró con cierto enfado en sus ojos castaños.

—Esa ha sido la principal obsesión para ti: que te recuerde. Has forzado la situación

hasta extremos muy peligrosos. Era tu deber contarle todo, y esperar que los recuerdos llegaran paulatinamente.

—Le pedí a mi hermano que la ayudara, por ese motivo la trató.

—Tu hermano me lo ha contado todo —si Rafael esperaba que Yago se avergonzara de sus palabras, se equivocó. Seguía manteniendo la mirada llena de ira—. Tu actuación ha sido censurable —la recriminación escocía pero Yago estaba más allá de cualquier sentimiento secundario—. Primero debías de procurar su bienestar como paciente y no como esposa. Te dije que te equivocabas al sacarla del siquiátrico.

—Hice lo mejor para ella —se defendió.

Rafael lo miró con censura.

—Tienes que saber algo muy importante —esas palabras le provocaron un escalofrío.

—¿Te lo ha pedido mi hermano?

Rafael hizo un gesto afirmativo.

—Siéntate, por favor —Yago obedeció a regañadientes.

Presentía que tenía que irse, pero algo lo detenía en esa sala y no tenía modo de saber qué era.

—Tu esposa firmó para le hicieran unas pruebas. —Yago iba a interrumpirlo pero Rafael no se lo permitió—. La esquizofrenia se había intensificado.

—¿Con qué derecho se las hiciste? —preguntó soliviantado.

—Ahora conoce la gravedad de su situación, y ha decidido ponerle remedio.

—Estás loco. Mi hermano está loco. Os ciega vuestra soberbia. ¡Os creéis Dios!

Rafael negó con la cabeza.

—Tiene el derecho a decidir sobre sí misma.

—El juez le quitó esa facultad y me la concedió a mí.

—Yago—suplicó Rafael—. Esto no es un complot. Tu esposa es una mujer adulta que ha decidió operarse. Fue sometida a una operación pionera consistente en la colocación intracraneal de dos electrodos que estimulan el cerebro. Es una intervención muy fácil que no requiere internamiento, a pesar de ello la hemos mantenido vigilada.

—Cualquier operación en su estado es peligrosa.

—Los electrodos son unas pequeñas estructuras de cuatro milímetros que se colocarán mediante cirugía en el interior del cerebro y recibirán los impulsos para ponerse en marcha gracias a una especie de generador o marcapasos colocado bajo la piel del abdomen y que los médicos programarán a distancia. Los electrodos emitirán unas leves descargas de manera rítmica cuyo objetivo será estimular los circuitos de producción de la dopamina. Los especialistas han escogido para colocarlos dos áreas bastantes amplias del cerebro, el núcleo accumbens y la zona CG25 prefrontal —el médico calló un momento antes de concluir su explicación—. Ella estará bien.

—¡Está embarazada!

—Con los electrodos evitará tomar fármacos.

—¿En qué hospital está?

—En el hospital universitario de Barcelona. —Por ese motivo no había podido encontrarla. Había recorrido todos y cada uno de los hospitales de Madrid sin resultados.

—Ella está bien —trató de tranquilizarlo Rafael.

Yago lo miró con la sorpresa dibujada en el rostro.

—No tenéis ni idea...

## CAPÍTULO 16

Estaba sentada en la cama del hospital con los pies colgando, solamente había estado ingresada dos días. Los balanceaba acompasadamente mientras miraba por la ventana. Todo había resultado más fácil de lo que había esperado. Apenas sentía una ligera molestia, pero el doctor le había informado que duraría solo unos días. Cerró los ojos con fuerza ante la luz cegadora de la tarde. Al menos con su decisión había ganado no tener que medicarse.

Seguiría con las sesiones de terapia.

—Me creí volver loco de angustia al no encontrarte.

—¡Yago! ¿Cómo me has encontrado?

—¿Por qué? —¡la voz era de hielo!—. ¿Por qué me lo ocultaste?

No quería volverse, no podría enfrentar su mirada, ¿cómo había dado con ella? Su corazón había salido de la anestesia y el dolor se había vuelto insoportable de nuevo. Inspiró hondo y volvió los ojos de la ventana hacia la puerta. Yago estaba apoyado en el marco con una mirada de incredulidad en el rostro.

—No me lo hubieras permitido —Celeste vio la forma en la que inspiraba para controlarse y una chispa de miedo asomó a sus ojos.

—Mi único objetivo era protegerte. ¡No me merecía tu silencio con algo que nos incumbe a los dos!

Ella bajó la cabeza ante su acusación.

—Es lo mejor. —Yago le sostuvo la mirada fieramente, ella terminó por volverle la cabeza para no derrumbarse.

—¡Lo mejor para los dos era que me permitieras hacerme cargo de ti, de tu cuidado.

—Deseo curarme, y voy a hacer todo lo necesario para lograrlo.

Celeste miró tras la espalda de su marido. Ignoraba dónde estaba su cuñado que había sido de enorme ayuda antes, durante y después de la operación. Necesitaba salir de la habitación para no tener que enfrentar las recriminaciones de su esposo.

—El cerebro es un mecanismo muy complejo que no se debe tomar a la ligera —le dijo dando un paso hacia ella y que lo dejó en medio de la habitación—. ¿Te duele?

Yago se refería a la intervención de hacía unas horas.

—Soy consciente que he corrido un gran riesgo físico, pero el cirujano me ha dicho que todo ha salido bien —Yago miraba la cabeza vendada de su mujer—. Ha sido todo muy fácil y rápido. No necesito quedarme más tiempo en el hospital.

—Tenías que haber consultado conmigo.

—Ya no puedes decidir por mí, ni pienso permitirlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Que pienso cambiar de tratamiento y de doctor.

—¡No sabes lo que dices! —le espetó con dureza.

—Si no sé lo que digo es porque no me has informado de la verdad.

Los hombros de Yago se tensaron.

—¿Qué verdad es esa?

—Que atenté contra tu vida como atenté contra la mía.—Yago soltó el aire que había estado conteniendo—. Te has sacrificado demasiado por una mujer que ni te recuerda, ni sabe si quiere recordarte.

Ese había sido un golpe bajo.

—Cuando uno ama, se sacrifica —le contestó casi en un susurro.

Celeste giró el rostro para que no viera las lágrimas que abnegaban sus ojos. Sabía que con sus palabras lo estaba hiriendo de muerte, y no podía hacerle eso.

—Por favor, no continúes...

—No me importa que me recuerdes porque estoy convencido que lo harás muy pronto. Acaso, ¿no confías en mí?

—No puedo responderte a esa pregunta, todavía no.

El rostro masculino era una máscara de incertidumbre.

Dolía, ¡Dios, cómo dolía! No tanto como la pérdida de sus hijos, pero aún así el dolor le resultaba insoportable.

—He decidido abandonarte —confesó con voz firme—. Como pretendía hacerlo antes de que murieran nuestros hijos.

Yago dio un paso hacia atrás como si hubiera recibido un golpe en las costillas. La miraba con absoluta incredulidad, dolor, y desesperación.

—He tomado una decisión firme —continuó ella—, al fin.

Yago entonces caminó hasta la cama, y ella tuvo que alzar el rostro para mirarlo.

—¿Por qué? —le preguntó con verdadera angustia.

¡Qué podía decirle! ¿Qué temía herirlo de nuevo? ¿Que su hermano tenía razón?

—En primer lugar porque no deseo hacerte daño —le dijo—. En segundo lugar porque manipulas mi conciencia y mi voluntad —Yago ahogó un jadeo ante sus palabras.

—Nunca te he manipulado —ella se encogió ante su ira.

—Lo lamento, pero ya está decidido.

El suspiro largo y profundo que lanzó él la llenó de miedo. Yago diseccionó su rostro centímetro a centímetro sin creerse sus palabras. Cerró los ojos un instante para tragarse el orgullo herido y tratar de tocar con sus palabras el corazón femenino.

—Podremos superarlo, amor, si tú lo deseas.



Celeste sabía que estaba cayendo en picado sin nada a lo que pudiera agarrarse. Yago se sentó junto a ella en la orilla de la cama y le pasó un brazo por los hombros en actitud cariñosa. Extremadamente tierna. Celeste trataba de tragar la bilis que había comenzado a crecer en su boca para asfixiarla. Tenía que marcharse para no herirlo.

—Es tarde, Yago, demasiado tarde.

Él no se dio por aludido, siguió abrazándola en un intento de hacerle entrar en razón, de transmitirle algo de sensatez, pero ella se mantenía fría y distante.

—Estás asustada, lo comprendo, lo acepto. No estás preparada para un embarazo, tenía que haberte protegido, sin embargo, estoy superado. No puedo volver sobre mis pasos y borrar las huellas porque te amo. Mis sentimientos por ti son igual de profundos y eternos.

Celeste sentía que iba a derrumbarse. ¿Por qué tenía que hablarle de forma tan comprensiva? ¿Por qué debía mostrarse tan cariñoso cuando ella le estaba haciendo tanto daño? Decidió ser implacable.

—No sé si te quiero. No sé si quiero vivir contigo, ¿por qué no lo aceptas de una vez?

Percibió claramente el escalofrío que recorrió el cuerpo de su esposo.

—Una vez me amaste tan intensamente como yo a ti, y me niego a creer que fuera una quimera. Sé que estás asustada, sé que no confías en ti misma, pero yo puedo protegerte. Ayudarte.

Celeste se sentía incapaz de responderle. Cada palabra se le clavaba como un dardo venenoso en el centro del corazón que amenazaba con dejar de latir para siempre.

—¡No puedo cambiar mis actos del pasado! ¡Acéptalo!

Yago no pudo responderle, una voz desde la puerta les hizo volver la cabeza.

—¿Estás preparada? —Yago miró el rostro del hombre que no conocía.

La forma de dirigirse a ella tan familiar lo puso alerta.

—Javier, permite que te presente a mi esposo, Yago Rossi. —Javier le mostró una sonrisa jovial y le extendió la mano con cortesía que el otro no aceptó.

Un movimiento en el pasillo captó la atención de él. Su hermano estaba afuera esperando, y al comprobar que lo había visto, decidió entrar en la estancia. La mirada que le dirigió podría haber iniciado una guerra.

—Celeste me ha hablado mucho de usted —le dijo Javier al esposo.

—Pues es una pena que no haya hecho lo mismo conmigo.

Javier rió por lo que entendió como una broma.

—Mi prima es así, callada e introvertida.

Yago no conocía al primo de ella. ¿Cómo lo había localizado Celeste si no recordaba nada? Claro, Dante. Su hermano era un traidor.

—Javier me llevará a casa —dijo ella rápido—. Pero antes necesito unas horas para

pensar.

—¿Estás lista? Mi madre te espera. —Ella asintió.

—¿Dónde vas? —quiso saber él.

—A Cantoblanco, pero estaré solo unas horas —Yago percibió en sus palabras que no le decía la verdad—. Su madre era prima de mi padre —aclaró.

—No puedes irte —protestó Yago.

Dante decidió intervenir.

—¡Lleva las cosas de Celeste al coche, Javier, tengo que hablar un momento con ella!

Javier dudó un momento, pero el ruego que Celeste le hizo con la cabeza, lo decidió. Cogió la pequeña bolsa y se dirigió al ascensor. En la habitación reinó un silencio incómodo.

Yago mantenía los ojos fijos en ella, Celeste los había entrecerrado porque no quería que viera cuánto la afectaba la decisión que había tomado de abandonarlo.

—¿Cómo conocías al primo de Celeste? —ella respondió por su cuñado.

—¿No lo recuerdas del funeral? Porque Dante sí.

—Es una larga historia —contestó el hermano con voz cansada—. Es mejor que lo aceptes —las palabras resonaron en sus oídos como un horrible chillido.

Yago no respondió. Siguió mirándola de forma penetrante, casi peligrosa.

—Algún día comprenderás que marchándome, te protejo —esas fueron las palabras que desbordaron la cólera masculina haciéndola salir a borbotones por su garganta y escupirla.

—Algún día cuando recuerdes, comprenderás el gran error que estás cometiendo.

El brillo en los ojos de Dante resultó muy significativo aunque ninguno de los dos lo miraba a él, estaban demasiado concentrados en el pulso que sostenían.

Ella continuó con la voz dura.

—Que haya decidido a alejarme de tu vida es mi mayor muestra de que me importas mucho, pero deseo cambiar de tratamiento. Deseo alejarme de ti, pero no porque desee hacerte sufrir.

—Soy la única persona que desea realmente que te cures —terció Yago herido.

Suspiró profundamente, como si estuviera agotada. Dante decidió ayudarla.

—Dile la verdad Yago. Ella tiene que conocerla. Ahora es un buen momento.

Yago taladró con los ojos a su hermano y le conminó a que guardara silencio. ¿Por qué demonios no se iba y los dejaba a solas?

—¡Estás loco! —le espetó violento—. ¡Sabes que no puedo hacerlo!

—Soy uno de los mejores siquiátras entre los de mi profesión. Jamás he errado en un diagnóstico, y sé con absoluta certeza que te has equivocado con ella. ¡Dile la verdad!

Yago apretó los puños, su hermano insistía en que le revelara una verdad que podría ser demoledora. No estaba preparada, todavía no, y por ese motivo no atendía a la orden.

—¿Qué verdad es esa? —preguntó Celeste sorprendida—. Bueno, en realidad no quiero saberla.

Yago temió hacer una locura, y para controlarse decidió batirse en retirada. Le daría unas horas a su mujer, después iría de nuevo al ataque. Una vez en casa, trataría de hacerla razonar para que no lo abandonara, sin embargo, Yago desconocía que Celeste pensaba abandonarlo en ese preciso momento. Con una última mirada a su esposa, abandonó la habitación.

Ella soltó un gemido quedo como si le fallaran las fuerzas.

—Vamos, te acompañaré al coche —se ofreció el cuñado.

—Le estoy haciendo mucho daño —admitió con el alma en vilo.

En esta ocasión Dante la miró con dureza.

—Le puedes hacer mucho más —a ella ya no le preocupó esa afirmación— Mi hermano recuperará el sentido común y te lo explicará todo.

—A veces cuando te miro siento que me odias.

Dante soltó el aliento poco a poco.

—No te odio, pero eres una cuñada complicada.

—Una asesina confesa que padece una alteración mental —lo corrigió ella.

—La palabra correcta es esquizofrenia —no la miró.

Celeste ignoraba cuándo iba a recuperarse. Cuándo el destino dejaría de ofrecerle golpes que la doblegaban. Cerró los ojos e intentó controlar las náuseas que le producía el solo hecho de contemplar que las palabras de Dante fuesen ciertas.

Tenía la cinta que él había grabado en las sesiones que habían compartido durante la hipnosis, pero se sentía incapaz de escucharlas.

*¿Por qué me juzgas tan cruel aumentando mi tormento,  
con esa mirada clavada hasta mi fuero interno?  
¿Por qué me hieres cruel con esas burdas palabras?  
¿No ves cómo lloran mis ojos implorando piedad?  
¡Por qué me condenas culpable clavando en mi espíritu esa daga,  
que me rasga el corazón y tiñe de suaves tintes la alborada!  
No hurgues mas en la herida ni trates de justificar tu alma,  
clemencia pido y no escuchas. ¡Deja, amor, de zarandear mi calma!*

## Ciudad de Roma

Yago siguió mirando por las altas ventanas emplomadas de la biblioteca. El sol de la tarde bañaba de color oro las hojas de las parras que se mecían al soplo de la brisa de verano. Hacía dos semanas que había vuelto al hogar materno. El hermoso y antiguo castillo pertenecía a la familia Rossi desde el siglo dieciocho, y su propietario actual era el conde Claudio Bacchelli Argento, su abuelo materno. El castillo poseía uno de los mejores terrenos de la región, con un viñedo que alcanzaba las dieciséis mil hectáreas que producían al año más de cien mil botellas de vino. Su abuelo Claudio había hecho un buen trabajo. Trabajo que ahora le había sido relegado a él a pesar de que juró sobre la tumba de su madre que no volvería a pisar los dominios del conde.

Continuó observando el campo a través de los cristales y con las manos entrelazadas en la espalda. La salud de su abuelo era bastante precaria. Un infarto fulminante lo tenía postrado en la cama desde hacía varias semanas, y todos esperaban el fatal desenlace que iba a producirse de un momento a otro. No oyó la llamada a la puerta, siguió dando la espalda a la mesa que usaba como escritorio con los hombros caídos de pesar.

Tenía pensado regresar a España muy pronto. En el momento que la salud de su abuelo mejorara.

—Yago —la voz de Rocío le hizo darse la vuelta y mirarla suspicazmente.

Tras el abandono de su esposa, su carácter se había resentido mucho y había logrado que su personalidad se tornase sombría. Apenas sonreía por nada, se había vuelto huraño y taciturno como el conde.

—Tu abuelo desea hablar contigo.

Yago suspiró más tranquilo. La muerte no había conseguido doblegar al tozudo anciano. Caminó los pasos necesarios para alcanzar la puerta que dejó Rocío entreabierta mientras deslizaba la silla de ruedas hacia un lado para dejarlo pasar.

—Tu hermano desea hablar contigo también, te espera en el salón una vez hayas hablado con tu abuelo —Yago asintió levemente y encauzó el largo pasillo iluminado por el atrio: el espacio abierto y porticado que había en el interior del castillo que albergaba las fuentes y los jardines.

La alcoba de su abuelo la habían trasladado a la planta baja por recomendación del médico, y habían sustituido los diferentes enseres de la sala de armas para albergar los diversos equipos que mantenían a su abuelo con vida. Dio unos leves golpes antes de entrar.

—Adelante —escuchó decir tras la gruesa puerta de madera.

—Me alegro mucho de que siga con nosotros —Claudio clavó sus ojos agotados por la figura de su nieto preferido.

Al ser el hijo pequeño de su única hija, se había criado en Italia, no como sus dos hermanos mayores que habían acompañado a su yerno a España. Además, se había negado a seguir la tradición familiar paterna de estudiar psiquiatría. Gracias a su influencia se

había licenciado en derecho. Claudio era consciente de que se había hecho abogado para complacerlo a él, y pronto tendría que encargarse del patrimonio materno que iba a heredar. Sus dos hermanos mayores heredarían una considerable cantidad de dinero así como diferentes casas en Roma y Florencia, pero él, su Yago tendría que hacerse cargo del castillo y los viñedos. Así lo había decidido en vida, y así se haría en su muerte.

Durante muchos años lamentó la vena artista de los Rossi, ese legado paterno que casi convierte a sus tres nietos en faranduleros. Como los artistas de medio pelo que solían vivían del cuento, pero sus dos nietos mayores habían encauzado su destino estudiando siquiatria como el padre, y el pequeño Yago, el pequeño Yago era un abogado excepcional. Gracias a Dios atrás quedaron sus intenciones de ser un reconocido pintor. En ese momento era el hombre que él siempre había soñado, y por ser tan buen nieto, había decidido hacerle una pequeña concesión, sobre todo porque el buen nombre de la familia estaba en entredicho.

—He de hablarte del testamento —Yago superó la distancia que lo separaba de la cama, y acogió con cariño la mano de su abuelo entre las suyas.

—Ya está todo dicho, abuelo, no deseo que se fatigue con lo mismo —Claudio alzó levemente la cabeza y dobló la boca ante el dolor que le atravesó el pecho.

—Me queda poco tiempo de vida —Yago no supo qué decir.

—Confío que nos de una alegría a todos y se restablezca por fin —el conde tosió por la risa que no logró ocultar.

—Tu padre se moriría de la impresión e iríamos de entierro de todas formas.

Yago no sonrió la broma.

—Mi padre se ha portado siempre como un cretino, pero sigue siendo mi padre.

Esa afirmación era indiscutible.

—Confío que sabrás cuál es tu lugar y lo que debes hacer por tu herencia —el nieto seguía silencioso—. Confío que tras mi muerte recapacites sobre tu actitud —ahora inspiró profundamente.

—En caso de ocurrir su muerte, seguiré manteniendo la misma postura.

—Necesito una promesa: la promesa de que me perdonarás. Que olvidarás lo mal que me porté con tu padre.

—Hace mucho tiempo que lo perdoné.

Entre abuelo y nieto se suscitó un silencio largo.

—La policía desea que les respondas a unas preguntas.

Yago miró a su abuelo con atención.

—¿Por qué? —preguntó directo.

—Tu esposa vuelve a tener problemas en España.

El corazón se le paró dentro del pecho. Era escuchar algo sobre ella, y se descomponía en un montón de nervios y ansiedad.

—Ahí tienes un sobre, lo que contiene es confidencial —Yago dirigió la vista a la carpeta que reposaba encima de la mesilla de su abuelo con los diferentes medicamentos. El sobre blanco, alargado y ligeramente abultado, le hizo entrecerrar los ojos—. Si no ha transcendido ha sido gracias a mi influencia, pero debes hacer algo o esa mujer te llevará a la ruina. —Yago se percató que estaba nervioso—. ¡Vamos, cógelo! —con paso renuente alargó la mano hacia la mesilla y cogió el sobre entre sus dedos—. ¡Ábrelo y actúa!

Rasgó el sobre con cuidado y leyó el informe, miró la foto durante unos minutos tan largos que parecía que el corazón había dejado de latirle.

¡El alma se le había caído a los pies!

Sintió un miedo atroz, y supo que tenía que regresar a España.

—Estaré aquí cuando regreses —le dijo el abuelo—. Ocúpate de tus asuntos personales, pero regresa a Roma.

—Quizás tarde un poco de tiempo.

—Espero y confío que tu padre no trate de convencerte de que te quedes en España una vez que estés allí, como hizo con tus dos hermanos mayores.

Yago no lo tenía tan claro. Su padre llevaba muy mal que su hijo pequeño se hubiese alejado del clan familiar paterno para posicionarse en el materno. Yago había pasado su infancia y juventud entre los dos países sin estar realmente en ninguno. Sintiendo que su padre le tiraba de un brazo, y su abuelo materno del otro.

—Mi padre nunca ha llevado bien mis cortas estancias en España, aunque de todas formas ahora ya no se encuentra allí, vive su jubilación en Venezuela.

El abuelo entrecerró los ojos.

—Tus estancias no fueron cortas en España, pasaste años allí —le reprochó el abuelo—. Y te has casado dos veces con mujeres españolas, como si no fueran lo suficientemente hermosas e inteligentes las italianas.

—No comencemos, abuelo...

Claudio finalmente reuló porque no quería agobiarlo como en el pasado. Su nieto le había hecho una promesa firme, y sabía que la cumpliría.

—Eres el único consuelo que me queda aquí en Italia, y la esperanza de que te ocupes del patrimonio que desdeño tu madre cuando decidió casarse con tu padre.

—Descanse abuelo, todo se solucionará.

## CAPÍTULO 17

Celeste se quitó la cinta del pelo para masajearse el cuero cabelludo. El dolor de cabeza la estaba volviendo loca. Se sentó en la silla del vestíbulo y se descalzó los tacones que maltrataban sus pies. Dejó el bolso en el respaldo de la silla y siguió pasando los diferentes sobres del correo que acababa de recoger en el buzón. Uno en particular le llamó especialmente la atención. Era de Rafael que le pedía que se reuniese el próximo martes con él en su consultorio. Celeste entrecerró los ojos con duda, hacía varios meses que no sabía nada de Rafael, y supuso que tendría que firmar algunos informes posteriores a la finalización de su programa de tratamiento médico.

El timbre del teléfono le hizo girar la cabeza en dirección al salón. Se levantó con cierto pesar y comenzó a caminar descalza por el frío suelo. Dejó los diferentes correos encima de una mesilla auxiliar que había cercana a la televisión, alcanzó el auricular y contestó de forma escueta.

—Diga —el silencio al otro lado de la línea le extrañó—. ¿Hola? —tras varios segundos en silencio, optó por colgar el teléfono.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió a la cocina pues necesitaba un poco de alimento consistente, apenas había podido tomar un pequeño bocado en la oficina y se sentía famélica aunque desganada a la vez. Abrió la nevera con cuidado y miró en el interior, los sándwiches de pollo frío no la atraían en absoluto. Miró el pequeño recipiente de plástico que contenía sopa de pescado, se animó a cogerlo y sacó un cazo del cajón, encendió el fuego y vertió el contenido para calentarlo. Sacó un bol del armario y lo dispuso todo en una bandeja junto con un trozo de queso y una lata de piña en almíbar, cuando el caldo estuvo a punto, lo vertió en el bol y llevó la bandeja al salón, se acomodó frente al televisor, enchufó el mando y se dispuso a tomarse la pequeña cena improvisada viendo las noticias, después se daría una ducha y prepararía la ropa para el día siguiente.

Tenía que llevar los diferentes impresos de la declaración de la renta a la Administración de Hacienda. La pequeña asesoría en la que trabajaba se encargaba de rellenar los formularios de diferentes empresas a las que le llevaba la economía. Volvió a sonar el timbre del teléfono justo cuando Luisa bajaba por las escaleras. Cogió el auricular por ella y se lo tendió.

—Rafael Muñoz, señora —la asistenta de origen colombiano le sonrió cuando le ofreció la información.

Celeste bajó los pies del sillón y dejó la bandeja en la mesilla central antes de coger el teléfono que le tendía Luisa.

—Hola, Rafael, no esperaba tu llamada esta noche —la voz de Rafael sonó clara al otro lado de la línea—. ¿Mañana? Tu carta me citaba para el próximo martes... ¿Qué es urgente? ¿Vienes tú? Bien... nos vemos mañana... sí, pero antes debo llevar los impresos a Hacienda. Pediré un descanso de un par de horas para estar aquí... ¿no? ¿Dónde?... No conozco a ese abogado... bien, lo haré, gracias, hasta mañana.

Celeste colgó el auricular con un cierto malestar en el estómago. La voz de Rafael



había sonado inusualmente preocupada.

—¿Qué tal el día, Luisa? —la joven asistente pasó a hacerle un resumen detallado de los diferentes quehaceres que había realizado durante el día—. ¿Has cenado ya? —la muchacha hizo un gesto afirmativo—. Puedes irte a dormir, yo llevaré la bandeja de mi cena a la cocina y luego me daré una ducha —Luisa asintió y se volvió hacia las escaleras con paso sigiloso.

Celeste volvió la vista hacia su bandeja que aún tenía el resto de la cena y se dirigió hacia ella renuente, estaba tan preocupada por la llamada de Rafael que se le quitó el apetito, sin embargo, hizo un esfuerzo y, sentándose de nuevo, se dispuso a terminar la sopa.

¿Por qué Rafael venía a verla desde tan lejos? ¿Qué sería eso tan urgente que tenían que tratar con un abogado? Ella no conocía a Fernando Valero, el abogado que tenía que tratar asuntos con ella y con Rafael. Tenía su despacho en el centro del pueblo donde ella estaba instalada desde hacía algún tiempo. Un estremecimiento la sacudió al volver los recuerdos dolorosos del pasado. Cerró los ojos el tiempo suficiente como para quedarse dormida con las manos entrelazadas en el regazo y un gesto de preocupación en la cara.

\*\*\*

El elegante despacho estaba situado en la plaza de la villa frente al ayuntamiento del pueblo y de la calle Villanueva. El histórico edificio había sido un pequeño convento del que se había conservado completamente su estructura y diseño original. La pequeña sala en la que se encontraba esperando desde hacía más de veinte minutos estaba amueblada de forma sencilla y elegante, el mobiliario clásico estaba encerado y desprendía un ligero aroma a cera nada desagradable a esa hora de la mañana.

La puerta se abrió con un chasquido y Rafael cruzó por ella con rapidez.

—Hola, Celeste, ¿cómo estás? —antes de llegar junto a ella ya le había extendido la mano que aceptó con suma cortesía.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo ella—, mi jefe me ha permitido un descanso de un par de horas pero me gustaría volver al trabajo antes de las dos —Rafael miró el reloj y comprobó que pasaban cuarenta minutos de las doce.

—No sé el tiempo que nos llevará resolver unas cuestiones —esas palabras no le decían nada.

—¿Qué cuestiones?

—El asunto que me trae aquí es completamente diferente a lo que imaginas.

Celeste alzó las cejas con extrañeza.

—¿Qué piensas que imagino?

—Necesitas un abogado. Te han denunciado —estaba atónita—. Me ha llegado una citación judicial en tu nombre para que te presentes en comisaría.

—¿Cuándo? —quiso saber.

—De inmediato, o la policía te llevará arrestada a declarar.

Celeste no comprendía nada.

—Tengo un trabajo estable, una vida sencilla, he cumplido con las sesiones de terapia y controlo mi enfermedad con la medicación, ¿por qué querrían arrestarme? ¿Y por qué te ha llegado la citación a ti?

—Porque no han podido localizarte.

—¿Y no te parece extraño?

—No —afirmó el facultativo—. Tienen constancia de que soy el único que mantiene contacto contigo con asiduidad por tu problema médico.

—Entiendo —dijo ella.

—En el momento que recibí la notificación de denuncia consulté con un familiar que es teniente de la Guardia Civil y le pregunté quién te había denunciado y por qué, simplemente me filtró que el asunto es muy grave. Ha corrido un riesgo profesional importante. Me ha hecho un gran favor porque sabe que eres mi paciente y porque aprecio a tu cuñado Dante.

—¿No ha podido saber qué se me imputa? —insistió ella.

—La denuncia es por algo muy grave —apuntó el hombre, y esas palabras lograron asustarla bastante—. Su consejo ha sido claro: ir a comisaría de inmediato o se emitirá una orden de busca y captura contra ti.

—¿Cómo si fuera una delincuente? De verdad que no comprendo —logró balbucear tan atónita como asustada.

—Es muy grave Celeste.

—Pero no he hecho nada malo —argumentó ella.

—Ve a comisaría, pero antes búscate un buen abogado para que te acompañe —le aconsejó.

—Todo esto me parece absurdo.

—Mi familiar también me ha dicho que hay una orden de extradición para ti de Italia. Celeste abrió la boca por la sorpresa.

—No pueden extraditarme, soy ciudadana española.

El rostro del facultativo era todo un poema.

—No sé lo que sucede, por eso te aconsejo que te busques un abogado antes de que sea demasiado tarde.

—Sin lugar a dudas que exageras.

La seriedad en el rostro del hombre la preocupó de verdad.

—Estás en un aprieto, Celeste, aunque no sé por qué —a ella se le encogió el estómago ante esas palabras.

—¡Me estás asustando! —Rafael inspiró profundamente.

—Tienes motivos —esas palabras la descorazonaron por completo.

\*\*\*

Era imposible vivir con el alma en vilo, y sobre todo en fin de semana. Las horas se sucedían con verdadero terror para ella, siempre esperando, aguardando el momento en el que la policía tocara la puerta de su casa. Rafael le había aconsejado de forma contundente que no huyera porque empeoraría su situación y que fuera de inmediato a comisaría, pero ella tenía que arreglar unos asuntos antes de hacerlo. Seguía mirando a través de la ventana la llegada de Luisa, las horas caminaban a la velocidad de los caracoles y ella seguía temiendo. Hasta que no se produjera la detención, no podría saber de qué se la acusaba y quién había puesto la denuncia contra ella. Oyó el frenazo de un coche y volvió a asomarse por la ventana, el pequeño utilitario que conducía Luisa estaba aparcado frente a la casa. Miró la hora y frunció el ceño, eran más de las doce de la mañana, tenía muchas cosas que hacer todavía. Se levantó de un salto y se dispuso a abrir la puerta antes de que Luisa tocara al timbre.

—Llegas muy tarde —Celeste abrió los brazos con una sonrisa para cargar el bulto que transportaba su asistenta.

—Olvida que es sábado señora y que mi calle está cerrada por el mercado. Ha sido muy difícil sacar el coche y llegar hasta aquí —el bulto movía sus bracitos regordetes.

—Amor... ¡te he echado mucho de menos! —el bebé tocó su pelo con sus dedos impregnados de galletas—. ¿Se ha portado bien? —Luisa asintió con una sonrisa.

—Tan bien como cada viernes por la noche —Celeste soltó un suspiro mientras estrechaba a su hijo junto a su pecho con verdadero placer.

—Luisa —la asistenta la miró mientras soltaba encima de la mesa en el pequeño salón la bolsa con los pañales y los diversos enseres del bebé—. Es posible que tenga que salir de viaje pronto y no podré llevarte conmigo —a Luisa se le oscureció el rostro porque entendió que la despedía.

—¿Se marcha? —Celeste se mordió el labio inferior pensativa.

—Tengo que marcharme a Madrid —mintió de pronto—, para arreglar unos asuntos, pero no me llevará mucho tiempo —Luisa asintió—. ¿Lo has bañado? —ahora negó con la cabeza.

—Me dijo que no lo bañase, que lo haría usted —Celeste le sonrió. Se le había olvidado—. La veo el próximo lunes, señora, que pase un buen fin de semana.

—Igualmente, Luisa, muchas gracias por todo —finalmente cerró la puerta, y se dirigió con paso seguro hacia las escaleras para llegar al baño—. Y ahora, pilluelo, te voy a dar un baño y después nos vamos. Ya lo tengo todo listo.

\*\*\*

La casa estaba en silencio. El bebé estaba dormido tras la cena y ella quería aprovechar esos momentos para terminar de preparar lo necesario para viajar a Madrid. Miró de nuevo el reloj, faltaban apenas unos minutos para las nueve, pensó en Yago y maldijo por lo bajo.

Había tomado una decisión aquella mañana en el hospital, había sido incapaz de

quedarse con su marido porque temía por él. Se había sentido sobrepasada con todo. Seguía amnésica, pero ahora controlaba su situación mucho mejor. Estaba estable, tenía un trabajo y una pequeña casa que era todo su mundo. Se dispuso a subir las escaleras para llegar hasta la habitación. No había alcanzado el primer escalón cuando sonó el timbre de la puerta. Pensó que Luisa debía de haberse dejado algo, abrió la puerta y... se quedó paralizada. Yago estaba parado frente a ella e iba acompañado de dos policías. No fue lo bastante rápida para cerrar la puerta, Yago había introducido uno de sus zapatos a tiempo, empujó con el hombro la suave madera y ella se quedó parada en el vestíbulo de su casa con la mirada llena de horror. Su marido se giró hacia los dos agentes y les pidió que esperasen. Después cruzó el recibidor y se dirigió al salón.

Escudriño la habitación con interés.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué te acompaña la policía? No he hecho nada malo —dijo ella con voz temblorosa.

—¿Dónde está?

—No sé... no sé... a quién te refieres —balbuceó.

—¡Dios mío! —exclamó él alzando la voz—. ¿Por qué lo has hecho?

—No sé a qué te refieres —insistió.

—¿Dónde está? —insistió.

—Vete de mi casa.

—Si no cooperas no puedo protegerte.

—No te lo he pedido.

—¿Dónde está? —reiteró seco.

Ella se mordió el labio inferior contrariada.

—¡Calla por favor! Vas a despertarlo —esas palabras consiguieron endurecer el rostro masculino hasta convertirlo en granito.

Y Celeste se encontró de pronto subiendo las escaleras hacia la planta superior tras Yago que tenía la clara intención de buscar al niño. Ella no sabía qué esperar, la había abandonado la sensatez y tomado el relevo la cobardía.

Yago sujetó al niño con mucho cuidado y lo acunó entre sus brazos para que no se asustara. Se dirigió hacia el vestíbulo y alcanzó las escaleras. Emprendió la bajada hacia la calle. El pánico se apoderó de Celeste que giró con violencia sobre sus pasos y bajó las escaleras con un ímpetu peligroso.

—¡No! ¡No!... —el grito le salió desde el fondo de su alma—. ¡No, Yago, no!

Él volvió la cabeza hacia ella en el mismo momento que sujetaba el pomo de la puerta de la calle, la mirada de él la detuvo a un paso de la locura extrema porque Yago tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó con el alma en vilo.

—Devolvérselo a su madre —le respondió.

Ella lanzó un grito agudo.

—¡Yo soy su madre!

Yago habló con los dos policías que esperaban en la puerta y entregó el niño a la asistente que los acompañaba. Les dio las gracias por todo y les aseguró que todo estaría solucionado a la mayor brevedad. Era un milagro que la madre hubiera accedido a retirar la denuncia cuando él le mostró los informes que mostraban el desequilibrio de su esposa. Habían acordado que sería ingresada de nuevo en un centro psiquiátrico pero en Italia, lejos de España.

El papeleo que había tenido que hacer para que su mujer no entrara en prisión había sido monumental. Lo había hecho porque la amaba con toda su alma, y porque era consciente que sin la medicación, el estado mental de Celeste había empeorado, pero en ese momento sentía una rabia completa hacia todo.

—¡Yago por favor! —la escuchó suplicar.

Yago aseguró la puerta para que ella no pudiera escapar, y acto seguido apoyó la frente en la tibia madera para respirar profundamente. Después de un momento regresó al salón. Celeste tenía una mirada asesina en los ojos, y él supo que en ese momento era peligrosa, muy peligrosa.

—¡Podría matarte! —le espetó ella.

—¡Lo sé! —respondió con voz grave.

Las palabras con controlado desdén le dieron exactamente igual. Celeste no podía mirarlo, era incapaz de ordenar en su cabeza un pensamiento coherente. Se sentía devastada por un huracán anímico, y sopesaba si echarse a llorar o dar rienda suelta a la histeria.

—¿Dónde está mi hijo? —inquirió dolida.

Yago tenía los ojos brillantes.

—De todas las locuras que has cometido, robar un hijo a su madre, es la más despreciable de todas.

—¿Dónde está mi hijo? —reiteró ella gritando.

Yago caminó hacia su mujer con un paso firme que a Celeste se le antojó amenazador. Cuando llegó a su lado tomó la mano femenina y la depositó en el redondeado vientre. Los ojos de Celeste se mostraron confusos.

—Nuestro hijo está aquí.

Ella no comprendía. Su hijo era el pequeño que Yago había entregado a la policía.

—Ni te imaginas los hilos que he tenido que mover. Los favores que he tenido que pedir para que no ingresaras en prisión por secuestro. Para que te incapacitaran de nuevo legalmente y poder ocuparme de ti.

Ella entrecerró los ojos con una única determinación. Nada le importaba lo que él le explicaba.

—¿Por qué has cerrado la puerta con llave? ¡Me aterra estar encerrada!

Él se dio perfecta cuenta que ella desvariaba, pero no pudo responderle porque el timbre de la puerta sonó en ese preciso momento.

Los ojos femeninos se iluminaron.

—¡Ya lo traen de vuelta! —corrió hacia la puerta de entrada pero la mano de su esposo la detuvo.

Yago se sacó del bolsillo la llave con la que había cerrado. Ella trataba desde atrás de apartarlo, pero su marido era demasiado corpulento. La puerta se abrió apenas una rendija y Dante cruzó por ella. La puerta volvió a cerrarse.

—Tienes una casa acogedora —dijo Dante mirando la estancia.

Celeste contempló asombrada cómo dejaba un maletín negro sobre la mesa del salón. Detestaba el maletín de médico. Odiaba a su cuñado.

—¡Vete! —la exclamación hecha en voz baja le hizo alzar una ceja interrogante.

—No es esta la bienvenida que esperaba —bromeó Dante aunque con mirada seria, demasiado.

Celeste pegó los puños a sus costados, Yago fue consciente de ese gesto.

—¡Salid de mi casa! ¡Los dos! —ella seguía dando órdenes en voz alta.

—Tienes que medicarte —le dijo Dante con voz firme.

De pronto Yago la sujetó por los hombros. Dante la tomó de la mano, llevaba una jeringa en la otra, la miró directamente a los ojos.

—Es Clorpromazina, te tranquilizará.

—¡No necesito medicación, estoy bien!

Dante le susurró al oído:

—Escucha mi voz...

## CAPÍTULO 18

Todo iba cuesta abajo sin control. Tras la medicación administrada por Dante y la posterior sesión de terapia, Celeste había regresado a la realidad pero sentía que conducía un coche sin frenos.

¡Había hecho algo monstruoso!

No recordaba qué la había incitado a coger el niño del cochecito y llevárselo. Durante semanas, su verdadera madre lo habían buscado de forma desesperada, pero ella se había escondido muy bien aunque sin ser consciente de lo que hizo. Había llegado a creer que el bebé era realmente suyo, suyo y de Yago. Ahora, cuando era consciente de sus actos, no podía alzar la cabeza de lo avergonzada que se sentía. Su esposo había logrado que no la encerraran en la cárcel, pero no le importaría porque la alternativa de ingresarla en un hospital psiquiátrico de nuevo la aterrorizaba.

Celeste sentía que ya no tenía identidad, había entrado en un estado autocompasivo preocupante. Se sentía incapaz de controlar su vida, sus acciones, aunque, gracias a Dios, Yago había tomado las riendas por ella. Dante también estaba siendo de una ayuda inestimable.

El avión acababa de aterrizar en el Aeropuerto de la ciudad de Roma, aún no era capaz de asimilar que en el día de ayer seguía en España escondiendo a un niño que había secuestrado, y en el momento de ahora en un lugar que no conocía.

Celeste se sentía superada.

Tenían una berlina esperándolos en la zona privada del aeropuerto, miró con cierta curiosidad al chofer que saludó a Yago con una inclinación de cabeza. Estaba comenzando a llover, y el paisaje a través de los cristales empañados no le permitía vislumbrar con claridad los diferentes edificios emblemáticos de la ciudad.

—Mi hogar no está lejos de la ciudad de Roma —aclaró él.

Siguió en silencio mientras Yago le daba instrucciones al conductor. Se sentía por dentro desangelada.

—Imagino que estarás cansada después del viaje —esa conclusión resultaba un eufemismo. Se sentía terriblemente desolada. Emocionalmente agotada. Anímicamente destruida pues no sabía calibrar hasta qué punto estaba loca—. El hogar de mi abuelo materno te gustará —ella siguió ofreciéndole un silencio intencionado.

¡Le avergonzaba tanto mirarlo a la cara!

Eran muchos los remordimientos que sentía. Sentía que ardía por dentro debido a la vergüenza.

—Alguna vez tendrás que dirigirme la palabra —Celeste volvió la cabeza de la ventanilla y lo miró muy a su pesar.

—¡No me soporto a mí misma! ¿Cómo puedes hacerlo tú? —confesó con voz vehemente—. No sé si ahora estoy cuerda o si continúo bajo los efectos de la locura...

Yago suspiró al fin, aunque las palabras estaban cargadas de reproche contra sí misma, las prefería al silencio turbador con que lo había obsequiado desde que salieran de Madrid.

—Ahora, estoy aquí contigo.

Ella apretó los labios para contener un gemido de tristeza.

—Creí que podría valerme por mi misma —confesó turbada—. Que estaba curada por fin, pero no era cierto. Me había engañado a mí misma.

—Fue una temeridad dejar de tomar la medicación —le recordó él. Ella aceptó la crítica con humildad—. Y necesitas la atención constante de un profesional que te ayude, que te ayude de verdad.

Había dejado la medicación, el tratamiento, y a la vista estaba que había sido un tremendo error de consecuencias incalculables.

Bajó la mano hasta su vientre y la depositó allí angustiada. ¿Cómo podía la mente de una mujer ser tan perversa? Había olvidado su embarazo y había raptado a un niño que no le pertenecía convencida de que era suyo. Pero no recordaba cuándo había sucedido. No tenía que haber abandonado la medicación, se dijo alterada, pero, ¿era saludable medicarse estando encinta?

—Desde que salí del psiquiátrico, siento que mi vida no me pertenece. Como si un ladrón se hubiera introducido en mi mente y me robase uno a uno los recuerdos. Tengo lapsus que no controlo. Acciones que escapan a mi control. Tengo mucho de lo que arrepentirme.

—¿Soy yo uno de esos arrepentimientos? —preguntó él.

Celeste no supo calibrar si el tono de él era de ofensa o de culpa.

—No —reveló de pronto—, tú nunca has sido motivo de arrepentimiento, ahora lo sé.

Yago la miró de forma penetrante.

—Te amé mucho, más que a mi propia vida —reveló él.

Ella se preguntó por qué motivo hablaba en pasado, y sobre todo, por qué razón sentía una opresión en el pecho que le oprimía al respirar.

—Y yo creo que también te amé —Yago apretó la boca en una línea amarga—. Salvo que no lo recuerdo.

—Cuando se ama, no se olvida —dijo él de pronto.

Ella sintió una punzada en el pecho al escuchar la última frase. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que había sido muy importante en la relación de ambos.

—Repítelo otra vez —dijo ella apremiante.

Yago la miró sin comprender qué quería decir.

—¿Qué tengo que repetir?



—Lo de olvidar... —Celeste estaba intentando atrapar un recuerdo. Lo presentía. Era algo muy importante.

Respiró profundo varias veces y entrecerró los ojos mientras buscaba en el interior de su mente ese instante de conocimiento consciente. Lo intentó una, dos, infinidad de veces...

—Nomeolvides —contestó Yago sin pestañear.

Celeste lanzó un gemido sin saber si era contenía dicha o tristeza.

—Conozco esa palabra... la has pronunciado muchas veces.

Los ojos de Celeste iban de un lugar a otro porque no quería que esa sensación nueva de conocer algo se esfumara.

—¿Cuándo... cuándo? —el recuerdo se le resistía.

Yago la sujetó de la mano y la apretó. Ella lo miró preocupada.

—Deja de atormentarme —Celeste pudo ver en sus ojos cuán herido estaba.

—Trato de recordarlo —en el brillo de los ojos de su marido, pudo ver que no la creía.

Pero ella no tenía ni idea del dolor que le provocaba insistiendo en lo mismo cuando estaba claro que su mente seguía en blanco.

—Quiero recordarte —insistió ella.

—Hablas así por que no deseas ser ingresada en un siquiátrico, ¿verdad?

No, ella hablaba así porque había estado a punto de recordar algo muy importante para los dos.

—Merezco algo mucho peor que un siquiátrico —contestó en voz baja.

—No ingresarás en tu estado.

Ella no pudo contenerse.

—¿Es posible?

Yago suspiró larga y suavemente.

—Mi hermano vuelve a hacerse responsable de tu tratamiento.

Ella pensó durante un momento, y se dijo que volvían a la misma casilla de salida de meses atrás.

—No importa el lugar donde esté, sigo siendo un peligro para todos los que me rodean porque no controlo mis acciones. Me olvido de todo —se reprimió así misma.

Yago la miró con detenimiento.

—Debes aceptar lo inevitable —Celeste sentía ganas de llorar—. Que me necesitas.

—Lo importante es si lo aceptas tú después de todo lo que he hecho —dijo aunque no para molestarlo.

Yago la miró detenidamente durante un momento tan largo que el tiempo se detuvo entre los dos.

—He aceptado muchas cosas desde que te conozco.

La tomó de la mano y se la apretó con cierta dureza, ella no pudo soltarse con la rapidez que quiso.

—Cuídate de mi, Yago, porque lo mismo pienso en ti como un salvador que como un verdugo. Ya no sé distinguir la realidad de la ficción, y ello hace que me sienta aterrorizada.

—Nunca seré tu verdugo —reveló en voz baja.

—¿Aunque nunca más recupere la cordura?

Él la miró durante un instante largo y pesado.

—No confío en tu raciocinio —confesó con franqueza—, pero estoy dispuesto a cambiar eso. Lograré que recuperes la memoria aunque me lleve toda la vida.

Celeste rompió al fin a llorar. No se merecía a un hombre como Yago. Era el ser más maravilloso de todos, y le había hecho mucho daño.

—No sé cómo hacerme merecedora del afecto que me profesas —le dijo de forma tímida.

—El amor es sacrificado, ya te lo he mencionado en infinidad de ocasiones.

—¿Por qué decidiste buscarme después de lo mal que te traté? —creyó que su marido no iba a responderle, pero se equivocó.

—Mi abuelo me hizo un regalo —ella no comprendía a qué regalo se refería—. Me mostró un informe de la policía española donde te buscaban por secuestro —Celeste no sabía cómo comportarse. Su conducta había sido deleznable.

—¿Por qué haría tu abuelo algo así? —Yago volvió a suspirar antes de responderle.

—Creyó que yo debía conocer esa información para poder ayudarte. Eres miembro de su familia aunque no le gustes —el tono masculino había sonado engañosamente crítico.

—Imagino que le horroriza tener a una loca delincuente en la familia —Yago terminó mascullar de forma cínica.

\*\*\*

La magnificencia del castillo le arrancó una exclamación. Desvió los ojos de las altas almenas y los paseó por los jardines delanteros maravillándose. Un grupo de sirvientes bajaron los peldaños e hicieron una fila delante de él. Celeste no entendía el protocolo que venía a continuación aunque se comportó sumisa. Las palabras en italiano se le escapaban. ¿Señora? ¿A qué señora se refería Yago? Cuando los diferentes sirvientes dirigieron sus ojos hacia ella, Celeste volvió su cabeza hacia atrás intentado ver a quien miraban tantos pares de ojos, sin embargo, detrás de ella no había nadie.

—Bienvenida —el mayordomo se dirigió a ella con suma cortesía.

Celeste tensó los hombros por la sorpresa. Todo el servicio le hizo una breve reverencia, y ella se quedó sin capacidad de reacción.

—Ven, te acompañaré a tu habitación. Podrás refrescarte y después veremos juntos a mi abuelo —Celeste no protestó ni una vez.

Subió los escalones de la entrada justo detrás de Yago, y volvió la cabeza ante el servicio que contemplaba la subida de ambos hasta alcanzar la puerta principal. Nada más cruzar el amplio vestíbulo, Celeste se dio cuenta de lo hermosamente conservado que estaba el castillo. Admiró los cuadros de la inmensa galería que terminaba a los pies de una escalera real. Se podía subir a la planta alta por la derecha o por la izquierda de la sala, los dos tramos de escalera se unían en un balcón que asomaba a la galería. El taconeo de sus zapatos se escuchaba en el pulido mármol. Yago la sujetó de la mano para conducirla justo cuando Dante salió de uno de los salones laterales del vestíbulo.

—Qué rápido has vuelto —Celeste miró directamente a los ojos de Dante y atisbó un ligero titubeo al verla—. Quedamos que...

No fue capaz de continuar.

—Aquí estará controlada —fue la escueta respuesta de él—, yo me encargaré.

Los ojos de Dante se desviaron de su hermano a su cuñada.

—Eso no es lo que habíamos acordado.

Celeste ignoraba que Dante se había ofrecido a tratarla de nuevo porque Yago le había prometido que la ingresaría en un siquiátrico, pero a la vista estaba de que le había mentado. Entre los dos hermanos se suscitó una agria discusión que presenció ella mortificada porque ocurría por su culpa.

—¡No voy a ingresarla estando encinta! —exclamó Yago a punto de mandar a su hermano al diablo.

—Debería dejar esa decisión en sus manos —insistió Dante alzando el tono de voz.

—¿Para que huya de nuevo? ¿No ha sido suficiente con una vez? —protestó Yago sin dejar de mirar a su hermano mayor.

Estaba horrorizada pero tenía que intervenir.

—No te enfades con Yago —le rogó sumisa—, es demasiado bueno y piensa que lejos de un centro siquiátrico me curaré antes.

—Pero ambos sabemos que eso no sucederá así.

En el día de ayer estaba teniendo una sesión de terapia, y en el día de hoy quería verla en un siquiátrico.

—Yo también pienso lo mismo —dijo ella de pronto—, que debería ser ingresada en un siquiátrico donde no pueda hacer daño a nadie, pero tu hermano desatiende mis razones y la lógica en todo esto —Celeste tomó aire—, por cierto, ¿no tienes familia?

Dante endureció el rostro y la mirada.

—Sí, tengo familia, familia que adoro y que aguarda en España esperando mi

regreso, pero estoy aquí por la salud de mi abuelo materno, y, porque alguien a quien quiero mucho me ha pedido ayuda, aunque no estoy seguro de querer dársela en estas circunstancias.

—Prometo no dejar de medicarme.

Dante la taladró con la mirada.

—No cumplirás tu palabra.

Yago se mantuvo en silencio observando la discusión entre su hermano y su esposa.

—No te estás comportando como un profesional —le reprochó Celeste.

Dante suspiró para controlarse. Su cuñada le había lanzado una acusación cierta. Tenía que guardarse sus opiniones personales, y debía ayudarla como le había pedido su hermano.

Los ojos de Dante relampaguearon.

—Agradece que sea tu cuñado y no tu suegro quien le presta a Yago la ayuda que necesita.

Y Celeste se alegraba de veras porque su suegro, siquiata también, no tenía el temple ni la paciencia de Dante. «No puedo creer que haya pensado algo así», se dijo pensativa. «No es un recuerdo pero es una certeza».

—¿Está vuestro padre en aquí? —se interesó ella.

Sería interesante comprobar sus afirmaciones sobre el carácter de su suegro.

—Mi padre se encuentra en Sudamérica con su esposa. No creo que regrese a Europa en mucho tiempo —respondió Yago.

—En cualquier caso, ¡bienvenida a Roma —expresó Dante, y, acto seguido, encauzó los pasos hacia las dependencias superiores.

Celeste se encontró observando su marcha.

—A veces siento que lo detesto —contestó.

Yago suspiró suavemente.

—Cuando mi hermano firmó para que te incapacitaran, creyó que te ingresaría en un centro —ella ya lo sabía porque los había oído discutir precisamente por eso—. Es contrario a mantenerte en la casa, por ese motivo está aquí en Roma a pesar de sus deseos de estar en España con su familia. Es responsable de tu tratamiento, como yo de tu seguridad.

—Entonces no me extraña que se haya sorprendido al verme —dijo ella—, y puedo percibir que la animadversión es mutua.

—Algún día te recordaré esas palabras —le dijo Yago enigmático.

—Me haces sentir un títere con los hilos rotos.

Aunque ella no lo creyera, Yago la comprendía muy bien.

—Eso es debido a que cuestionas constantemente su forma de ayudarte.

Yago seguía sometiéndola a un escrutinio tan profundo que Celeste no sabía qué postura adoptar.

—Tengo motivos para estar ofendida con él —continuó—. Me mostró a una Celeste que no me gusta nada. Me dijo cosas que tú no querías que me dijera.

—Dante actúa siempre en beneficio de su paciente —ella meditó en esas palabras mientras seguía a Yago—. Creyó necesario suprimirte o rebajarte la medicación, lo autorizaste, ¿lo has olvidado? —ella hizo un gesto negativo.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

\*\*\*

¿Qué le depararía el futuro? Miró las altas ventanas emplomadas donde los rayos del sol atravesaban los cristales en destellos variados que quedaban suspendidos en el aire. Yago cruzó la puerta que separaba las dos alcobas, entró anudándose los gemelos de la camisa, y Celeste entrecerró los ojos especulativa.

Parecía que iba a asistir a una fiesta.

—¿Es ese tu dormitorio? —preguntó. Yago volvió la cabeza a la puerta que había dejado abierta antes de asentir—. ¿No crees que está demasiado cerca del mío? Lo digo por tu seguridad —le reprochó como un lamento.

Yago sabía que ella se estaba refiriendo al peligro que suponía tenerla tan cerca de él cuando se mostraba tan peligrosa.

—Ya intenté hacerte daño una vez, por eso te abandoné.

—Puedes estar tranquila que no me ocurrirá nada —contestó evasivo.

Ella le había pedido que mantuviera las distancias hasta que tuviera de nuevo el control sobre sus acciones. Celeste retrocedió un paso. Se le iba la cabeza, luego no recordaba nada, ¿cómo se mostraba Yago tan tranquilo cuando ella no lo estaba en absoluto.

—Tengo miedo por ti —dijo de pronto.

Yago se paró de golpe y la miró de forma afectada.

—No tengo miedo de ti porque estarás controlada y vigilada —Celeste siguió mirándolo llena de aprensión—. Tendrás que cambiarte —ella se sorprendió—. Tienes un vestido de color crema en el armario.

Celeste volvió la cabeza al armario.

—Estoy bien, no hace falta que me cambie.

Yago no la escuchaba. Abrió una de las puertas del armario y sacó un vestido de seda color crudo y largo hasta los pies.

—Ese vestido no es mío —objetó ella.

—Sí lo es, y tienes unas sandalias a juego.

Celeste se resistía. Eso que le había mostrado Yago no podía ser suyo.

—Es el vestido de otra mujer —insistió.

Yago se acercó tan suavemente a ella que Celeste pensó que no caminaba sino que se deslizaba sobre el suelo.

—Todo el vestuario del armario te pertenece. Fue confeccionado especialmente para ti, elegido por ti —Celeste abrió la boca por la sorpresa.

—No lo recuerdo.

Yago sonrió de oreja a oreja por primera vez en mucho tiempo.

—Eso me satisface. Que una mujer olvide a un hombre no es difícil, pero que olvide la totalidad de su vestuario, es poco menos que imposible.

—Es demasiado elegante —protestó ella.

—Mi abuelo tiene su propia opinión de cómo debe vestir una dama para una ceremonia.

Celeste dio un paso hacia atrás involuntariamente.

—¿Qué ceremonia?

Yago asió un rizo castaño y acarició. Celeste miraba hipnotizada el gesto.

—Rocío te acompañará. Yo tengo que hacer una visita antes de todo y ya me he retrasado bastante.

Yago se dio la vuelta y se marchó. Celeste se quedó mirando el vestido y las sandalias que él había dejado encima de la cama. Con un encogimiento de hombros se dispuso a cambiarse de atuendo.

Rocío le mostró una sonrisa amplia cuando la vio dentro del dormitorio, había entrado sin llamar. Celeste se inclinó y besó sus mejillas con respeto. A pesar de ir en silla de ruedas tenía bastante soltura al moverse de un lugar a otro y siempre vestía deslumbrante.

—Estoy encantada de verte de nuevo, Celeste —Rocío le devolvió los besos con afecto.

—No sabía que había que vestirse tan rigurosamente —Rocío alzó sus bellas cejas con escepticismo.

—¿Yago no te ha contado? —Celeste se preguntó por qué esa pregunta la ponía nerviosa.

—Me cuenta muchas cosas, pero temo que se me olvidan —Rocío sonrió abiertamente ante la crítica hacia sí misma.

—Estás muy guapa —Celeste bajó los ojos para mirarse.

El vestido era una maravilla, se amoldaba a sus curvas a la perfección. El corte y la calidad de la tela era soberbia. ¿Realmente lo había escogido ella?

—Como el corte es debajo del busto, puedo llevarlo embarazada.

Dijo mientras ajustaba la tela para que no le apretara.

—Deja que te recoja el pelo con esta horquilla —Celeste pensó que llamar horquilla a esa tiara de brillantes, era como menos un insulto.

—No pienso ponerme una corona por muy excéntrico que sea el conde y el castillo. Pienso que todo esto es excesivo —Rocío la miró absolutamente perpleja.

—Celeste, voy a casarme y eres mi dama de honor. Todos nos esperan en la capilla. «Por qué me entero en el último momento», se dijo apesadumbrada.

—Con estas ropas parece que la que va a casarse soy yo.

—Eres la esposa del vizconde, y ha venido la prensa del corazón al completo para la ceremonia —tras las palabras de Rocío, Celeste entró en pánico.

—No quiero asistir.

Celeste no podía enfrentarse a un nutrido grupo de periodistas loca como estaba. Podía desencadenar un desastre

—Entre los invitados más ilustre se encuentran la duquesa de Linz y su esposo.

El rostro de Celeste mostró el horror que sentía.

—¡Es un error! ¡No puedo! —exclamó vehemente.

—¡Celeste!

Empujó la silla de ruedas fuera de la alcoba y se encerró en el interior de la estancia.

¡Ella no podía enfrentarse a la prensa! No después de haber asesinado a un hombre e intentar asesinar a su esposo. Los golpes y las súplicas de Rocío tras la puerta le daban completamente igual.

Tenía los oídos cerrados a todo lo que no fuera el miedo que la consumía. Estaba comenzando a tener un terrible dolor de cabeza. Empezó a desabrocharse el bonito vestido si bien no había comenzado con el segundo ojal cuando la puerta que unía las dos recámaras comenzó a abrirse, ella esperaba ese momento para salir corriendo, pero cuando la puerta se abrió por completo, el que entró por el umbral no era Yago sino Dante, su cuñado. Tenía una sonrisa amigable en el rostro que tenía la intención de calmarla pero que obtuvo el efecto contrario, la puso todavía más nerviosa.

—Creo que necesitas mi ayuda... —estuvo a punto de protestar—. Rocío está muy preocupada por tu reacción, y mi hermano también.

Celeste se echó a llorar, y se tapó el rostro con las manos.

—No quiero asistir a la boda —casi gritó—. No quiero enfrentar a la prensa. Debería estar encerrada en un psiquiátrico. ¡Quiero irme!

Estaba claro que Celeste hablaba bajo un ataque de pánico.

—Y no tendrás que hacerlo si no quieres.

Ella bajó las manos y lo miró. Dante observó que tenía los ojos empapados y se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

—Quiero compartir un secreto.

—¿Un... un secreto? —balbuceó.

—Me asustas, pero no en un sentido físico sino profesional —ella pensó que algo así era posible—. De ser un reto has pasado a ser un verdadero quebradero de cabeza —siguió sincero—. Deseo ayudarte, pero necesito que me lo permitas.

Dante tenía una postura arrogante que sólo lograban los hombres hechos así mismo.

—¿Por qué tu hermano es el vizconde y no tú?

Esa pregunta se la había hecho su abuelo infinidad de veces.

—Mi abuelo no me ha perdonado todavía que haya renunciado al título favor de mi hermano pequeño, pero yo no quiero vivir aquí sino en España, con mi mujer y mis hijos.

—No se puede renunciar a un título —Dante hizo un gesto afirmativo.

—Renuncié por amor —confesó él—, y porque no estoy dispuesto a seguir los pasos de mi abuelo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —Dante la miró directamente a los ojos con un brillo de preocupación en sus pupilas.

—Porque voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que te recuperes cuanto antes, así podré regresar a casa con mi familia.

—Comprendo.

—Echo de menos a mi esposa, a mis hijos. Mis otros pacientes que también me necesitan.

—Me puede tratar otro médico.

Dante hizo un gesto negativo muy suave.

—No puedo irme porque le prometí a mi hermano que te ayudaría, y por otras razones que no puedo decirte todavía.

Celeste respiró hondo.

—La prensa sabe lo que hice. Me acorralarán y provocaré un desastre que avergonzará a tu hermano y a tu abuelo.

—Mi hermano es mucho más duro de lo que te imaginas.

—Lo hago tan infeliz...

—Eso no es cierto. Mi hermano es feliz si tú eres feliz, así que vamos a asistir a la ceremonia de Rocío porque los dos somos los padrinos.

—Me da pánico no controlarme. Hacer algo mal —respondió—. Quedarme en blanco.

—Algo así no ocurrirá... —un segundo después, una asistenta tocó a la puerta portando una bandeja con un vaso de agua. Dante le ofreció una pastilla que ella dudó en tomar—. Es inocua para el bebé, te lo prometo.

—¿Por qué soy la madrina? —preguntó vacilante.



—Porque Roció es... —Dante rectificó—, era tu mejor amiga —Celeste parpadeó más confusa todavía.

¿Su mejor amiga y no la recordaba? Pudo comprender su actitud cuando la vio por primera vez en Madrid. Entendió por qué motivo le había explicado tantas cosas sobre Yago y sus sueños.

—¿Y por qué eres tú el padrino?

—Porque Pedro es mi mejor amigo y me lo pidió hace mucho tiempo.

Celeste se tomó la pastilla sin una réplica más.

## CAPÍTULO 19

Su situación había dado un giro de ciento ochenta grados.

La vida en el castillo era sencilla a pesar de la fastuosidad del entorno. Continuaba con las sesiones de terapia y con el hipnotismo para controlar los miedos. Había escuchado la cinta que su cuñado le había facilitado, y había descubierto cosas sobre su vida en el pasado que la marcaron profundamente. La puerta que comunicaba ambas alcobas, la de Yago y la suya, se mantenía cerrada porque sentía miedo de hacerle daño al único hombre que le había demostrado que la amaba de verdad.

Quería recordarlo. Curarse para él porque de ese modo lo amaría de nuevo como en el pasado, y como se merecía, sin olvidos.

Una de las asistentes llamó su atención para entregarle un sobre. Era de Rafael y cuando leyó la nota, el alma se le cayó a los pies. Se levantó de prisa y buscó a Yago para comunicarle la mala noticia.

Lo encontró en su despacho inmerso en papeles. El escritorio estaba lleno de carpetas, cajas enumeradas y montones de facturas. Hasta ese momento Celeste ignoraba el tremendo trabajo que estaba haciendo su esposo. Yago estaba de pie cerca de la ventana y sostenía en sus manos una carpeta llena de documentos.

Cuando la vio tan alterada, el rostro varonil se ensombreció. Yago desconocía que estaba agitada por la carrera que había emprendido para encontrarlo, y por ver el ingente trabajo que tenía acumulado. Celeste comprendió el motivo por el que lo veía tan poco.

—Déjanos un momento a solas, Antonino —Antonino era el secretario particular del conde—. Nos tomaremos un breve descanso—. El aludido, tras dudar un instante, optó por abandonar el despacho.

—Ha ocurrido un desastre —barbotó ella de pronto, antes incluso de que el secretario saliera por la puerta.

—Puedo concederte unos minutos —le dijo con decisión y sin mostrarle con los ojos lo preocupado que estaba ante su nerviosismo.

Yago dirigió los pasos hacia la mesa del centro del despacho, dejó la carpeta y movió la silla para sentarse en el borde de la mesa. Celeste siguió sus movimientos. Le costaba respirar y se sentía incapaz de tragar saliva.

—Cuéntame, ¿por qué estás tan alterada? —la pregunta le sonó estridente a pesar de que él no había alzado la voz—. ¿Soy yo el que te pone nerviosa?

Ella negó.

—No estoy nerviosa.

—Además de seductora, embustera —la sonrisa masculina desmentía el sentido de sus palabras—. Dime qué te preocupa —la animó.

Celeste se decidió al fin.

—Tienes que pagar una deuda —Yago se mostró sorprendido.

Ella le lanzó el sobre que Yago cogió en el aire.

Él la miró con un interrogante en sus pupilas.

—La deuda que he contraído asciende a un total de setenta y cinco mil euros.

Los ojos de él se abrieron atónitos. Ella trataba de recuperar la compostura.

—¿No vas a enfadarte? —le preguntó.

Celeste inspiró a continuación y mantuvo los ojos bajos.

—¿En qué te has gastado setenta y cinco mil euros? —preguntó, cauto.

—No lo sé —reconoció humilde—, pero me lo reclama el banco. Al no encontrarme en la dirección que les facilité, han remitido la carta a Rafael.

Celeste pensó en el hombre y lo compadeció. A él le había llegado la citación judicial, y ahora la factura.

—Rafael era un buen amigo tuyo de la adolescencia —la rectificó él.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—Por prescripción facultativa —respondió serio—. Teníamos que evitarte un colapso de datos —le dijo él—. Teníamos que darte la oportunidad de que nos recordaras por ti misma, y creímos que lo harías.

Pero no había resultado así. Ella no los recordaba, pero ahora supo por qué motivo la habían ayudado tanto. Sin embargo, el puzle de su vida continuaba desencajado pieza a pieza.

—No sé en qué gasté ese dinero, no consigo recordarlo —Celeste se fijó en el rostro adusto de su marido, y se descorazonó—. Te lo pagaré —le prometió bastante angustiada.

—¡Además de manirrota, mentirosa! —exclamó él con un tono de voz del que no supo distinguir si era de broma o no.

Yago se mesó el pelo a la vez que pensaba, pero su sonrisa le dio qué pensar porque no se le veía preocupado en absoluto.

—Son los gastos del hospital —admitió el marido al fin—. También los del abogado. ... —ella no le dejó terminar.

—¿Lo sabías y has permitido que me de un susto de muerte?

—Ignoraba que Rafael te remitiría una copia.

Ella no sabía si respirar profundo o desmayarse de alivio. No saber en qué se había gastado esa cifra astronómica la había dejado en vilo.

—Reuniré el dinero, lo prometo.

Yago estalló en una carcajada sonora y ella supo que se había puesto en ridículo. Había olvidado por completo su profesión, tampoco se la había preguntado a nadie por pura cabezonería. Ignoraba a qué se había dedicado en el pasado, aunque sospechaba que había sido maestra. Tenía que preguntarlo, pero todavía no.

—No dispones de ese dinero y no puedes pedir un crédito.

Ella se quedó pensativa un momento. Era cierto, su historial médico y psicológico la incapacitaban para pedir un préstamo.

—¿Cómo puedo pagarte si los bancos no dan créditos a mujeres como yo?

—¿Mujeres como tú? —preguntó él.

—Los bancos no conceden créditos a... a locas —tartamudeó.

Sus palabras la sumieron en una vorágine de dudas y miedos.

—No estás loca —respondió él y sonrió todavía más—. Sólo desmemoriada.

—Esquizofrénica —contestó muy seria.

A Yago no le gustó nada esa corrección. Desde que se tomaba la medicación, Celeste estaba controlada.

—Dante cree que sufro además pérdidas de memoria a corto plazo.

Yago ya lo sabía. Su hermano lo mantenía al tanto de los adelantos o atrasos que surgían durante el tratamiento.

—Yo me haré cargo de todos los gastos.

—Es mucho dinero.

—Pediré un crédito.

—Puedes pedirselo a... —Yago no la dejó continuar.

Ella se refería al abuelo de él.

—Ni lo pienses —contestó firme—. No pienso pedirle dinero a nadie para pagar tus deudas.

Celeste le mostró unos ojos llenos de pesar, y cuando vio el rostro de su marido, no supo lo que se iba a encontrar, pero no esa mirada llena de humor.

¿Bromeaba? ¿Por qué? Celeste ignoraba que era la primera vez que mantenían una conversación de lo más normal entre un matrimonio que debía dinero. Durante días ella se había mantenido apartada de todo. Pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio, y sólo salía para tener su sesión diaria con su hermano. Yago se había sumergido por completo en poner al día los asuntos de la propiedad de su abuelo, y apenas le quedaba tiempo para respirar.

—¿Por qué me miras así? —quiso saber ella.

—Te quiero como el primer día —confesó él con ojos brillantes.

Yago se levantó y caminó hacia donde estaba ella.

—Si me deseas, ¿por qué te mantienes apartado?

Él se detuvo y la miró con prudencia porque eso no era del todo cierto.

—Por varias razones —empezó él—. Porque tú me lo pediste —comenzó a enumerar

—. Y porque tu siquiatra cree que necesitas espacio.

Celeste meditó durante un momento largo. Le parecía curioso que Yago se refiriera en esos términos a su hermano.

—¿Yo te lo pedí? —preguntó alarmada porque no lo recordaba.

Además de no recordar su vida pasada, olvidaba momentos del presente. ¿Se podía ser más desgraciada?

—Ahora me estás pidiendo que te bese...

Celeste lo miró aturdida.

—No he dicho nada.

—Lo dices con los ojos.

La mano de Yago sujetó el cuello de su mujer en clara posesividad mientras se bebía con avidez los jadeos entrecortados que emitía la boca de ella. Percibió bajo las yemas de sus dedos la piel satinada, y, el temblor casi imperceptible del labio superior de su boca, le provocó unas ansias infinitas de protegerla. Cuando la besó, sintió una descarga completa. Su esposa tenía un poder ilimitado sobre él. Subió la mano izquierda hasta la nuca, agarró el sedoso pelo entre sus dedos que se habían cerrado como garras, le inclinó la cabeza hacia atrás con gesto suave, y bajó la boca para darle un beso mucho más profundo.

Celeste apenas fue consciente del ataque inesperado que le produjo la lengua de él al introducirse en la suya con ardiente y áspera necesidad. Se había quedado paralizada en sus brazos que la sujetaban con férreo dominio sin permitirle una retirada a tiempo. Yago asió la cintura de ella que aprisionó entre su cuerpo y la mesa, introdujo una de sus piernas entre las de Celeste y sitió su boca con brutal deseo. Él bajó la boca hasta el cuello largo y lamió la vena que latía con salvaje frenesí en la base de la garganta.

—Te deseo cada día, cada minuto de mi vida.

Ella no estaba preparada para la confesión sincera de él.

—Yago, no quiero decir nada para no herirte —él ignoró la advertencia de ella.

Siguió lamiendo el cuello mientras con la mano derecha se apoderaba del terso seno con avidez, introdujo los dedos calientes entre la blusa por debajo del sostén y le pellizcó el pezón. La recia boca volvió a tomar posesión de los labios suaves que apenas pudo lanzar un gemido de aceptación. Yago la retenía asida junto a su pecho sin permitirle una mínima separación entre los cuerpos.

—¿Qué haces?

—Soy un hombre que está besando a su esposa.

—Puede entrar alguien.

Yago sabía que su mujer estaba a punto de capitular, y así fue.

—¡Al diablo tu espacio y mi paciencia! —explotó al fin.

Celeste no supo en qué momento comenzó a devolverle el beso con idéntica necesidad, con afán de mujer que se siente deseada. Jugaba con la lengua de él saboreando

el momento como si fuese el último de su vida. Yago aprovechó el momento de debilidad de ella para tumbarla de espaldas encima de la mesa al mismo tiempo que le levantaba la falda de vuelo, le bajó las finas bragas y se introdujo en ella con una fuerte embestida. Todo ocurría demasiado rápido, Celeste no se había percatado de cuándo él se había bajado la bragueta ni cuales eran sus intenciones hasta ese preciso momento.

Era incapaz de comprender cómo había podido vivir todo ese tiempo alejada de él. En qué momento se había rendido a lo inevitable. Su esposo la mantenía cuerda. Le ataba una cadena de fuertes eslabones al mundo real para que no se perdiera en la irrealidad de la locura. Con cada embestida que le daba, ataba un eslabón de la cadena con la que la iba encadenando a él de por vida. Dio un último embate y se quedó tumbado encima de ella intentado controlar la respiración. Tras un minuto largo, Yago se reincorporó y se cerró la bragueta con un tirón de la cremallera, todavía tenía la respiración jadeante. Celeste seguía encima de la mesa completamente saciada, aunque con el rostro desencajado.

Podría haber entrado alguien y los habría visto haciendo el amor.

—Si no te cubres, no respondo de mis actos.

Celeste estaba completamente azorada. Con las mejillas encendidas y el pelo alborotado, pero tras unos segundos se arregló la ropa lo mejor que pudo.

—Menos mal que no ha entrado nadie y nos ha visto revolcándonos —pensó que si se mostraba ligera en las palabras, el bochorno pasaría más rápido.

—Soy tu marido, me deseas —le dijo él con mirada brillante—, puedo hacerte el amor siempre y cuando tú me lo pidas sin importar el lugar.

—Me alegra saber eso —admitió turbada.

Los dedos de Yago colocaron un mechón tras la oreja de ella. Le recordó tanto a la Celeste del pasado.

—Me alegro de que hayamos hecho el amor —admitió ella—, aunque haya sido sobre la mesa del despacho.

—No puedo negarte absolutamente nada —las palabras de su esposo quitaron peso a su corazón—. Me tienes completamente loco.

—No bromees con algo así —le recriminó ella—. Mencionas demasiado a menudo la palabra locura.

Comprendió su error. Estaba tan saciado y feliz que había olvidado por completo que ella no estaba bien del todo. Que seguía en tratamiento.

—Lo lamento —se disculpó él.

Y ya no se dijeron nada más.

## CAPÍTULO 20

Celeste se miró en el espejo que presidía el vestíbulo de su dormitorio y asintió complacida al ver la imagen que le devolvía. La piel traslúcida de su rostro daba realce al color de su pelo que brillaba esa noche como el bronce bruñido. Los ojos de color miel habían recuperado su brillo inicial y le daba a su cara la apariencia de un ángel. Se sentía satisfecha con el resultado de su atuendo. El bonito vestido de seda color azul intenso moldeaba su redondeada figura haciéndola parecer más voluptuosa, la tela se movía en torno a su piernas de forma atrayente. El bajo escote no le permitía llevar sujetador pero su pecho no lo necesitaba. A pesar de los rigores de la maternidad seguían soportando la gravedad sin desmerecer su atractivo. Estaban más firmes todavía. Se calzó con cuidado las bonitas sandalias plateadas de bajo tacón.

Iba a asistir a una fiesta, pero hasta quince minutos antes lo había ignorado. No se lo habían anunciado o se le había olvidado.

Miró su atuendo sencillo y chasqueó la lengua indecisa, iba vestida para un cóctel no para una fiesta, sin embargo, no le dio tiempo a preocuparse por nada más pues el mayordomo esperaba para conducirla a una de las salitas adyacentes al gran salón donde debía encontrarse con Yago. Los variados muebles isabelinos estaban magistralmente distribuidos por la agradable estancia. Uno de los relojes le llamó poderosamente la atención porque estaba completamente pintando a mano, los dibujos de flores le daban una apariencia de juguete bastante singular. No supo calibrar si el reloj inicialmente sería así o quizás un dueño travieso se había dedicado a jugar con sus pinceles en la bonita madera tallada. Lo volvió a dejar sobre la repisa del aparador antes de que descubriesen que lo había tocado. No se había dado la vuelta cuando una voz profunda y ronca le hizo tensarse con expectación.

—Me dejas sin aliento —Celeste sintió un vuelco en el corazón al escucharlo.

Desde su encuentro en el despacho, todo había cambiado para los dos.

—Ese era el propósito —confesó ella.

—Estás preciosa —Celeste pudo ver con claridad las intenciones de su marido—. Te haría el amor ahora mismo.

Ella no lo dudaba.

—Pero hoy no podemos entretenernos —le susurró ella—, porque debemos acudir a un evento, ¿o es cena? —Celeste hizo un mohín con los labios bastante elocuente—. Se me ha olvidado —confesó sincera.

Los ojos de Yago se habían oscurecido por la pasión.

—Es una cena formal.

—¡Eso es, una cena! —exclamó con júbilo, como si lo hubiese recordado de repente—. ¿Formal? —preguntó.

¿Qué quería decir eso?

—Ahora mismo me tienes hecho un manojo de nervios —los susurros en su oído la descentraban por completo.

—Eso es porque me deseas —ella quiso mostrar lo obvio.

—Tú también me deseas, princesa.

—Sí —aceptó humilde—, y eso es algo que me encanta porque me coloca más cerca de recordarte.

Yago terminó por pararse a tan sólo un centímetro de ella. La abrazó con fuerza y le susurró al oído:

—Nomeolvides... —cada vez que escuchaba esa palabra, algo se disparaba en su interior, pero seguía sin saber por qué—. Esta noche —se le aceleró el corazón.

La mano de él ya había tomado posesión del cuello femenino, y lo fue atrayendo hasta dejar la boca de ella a un escaso centímetro de la suya. Celeste había comenzado a respirar con dificultad. Los labios de él cayeron con fuerza sobre su boca, la mordió, la saboreó sin permitirle un respiro. La mano de Yago bajó por el escote de su vestido, la falta de sujetador le dio completa libertad para acariciarla, tomó un pecho entre sus dedos aprisionándolo, jugó con el pezón que se tornó duro entre sus dedos hábiles y siguió sometiéndola con sus besos hambrientos, duros, exigentes.

Celeste había dejado la cobardía entre las frías sábanas de su cama y con osadía quiso pagarle de la misma forma. Abrió la bragueta de él y cogió el miembro pulsante en su mano caliente. El gemido masculino de sorpresa hizo que sonriera. Celeste aprovechó el instante en el que él separó su boca de la de ella para profundizar el beso.

Unos toques en la puerta hizo que Yago maldijera.

—Os estamos esperando —se escuchó tras la puerta.

—Estamos listos —gritó ella.

—Necesito un minuto para controlarme —gimió Yago, y ella lo dudaba, porque tenía todavía en la mano el grueso pene caliente. Iba a necesitar más de un minuto.

—Tenemos toda la noche —le susurró ella mientras lo soltaba—, para reconocernos el uno al otro.

Él no pudo volverse cuando ella comenzó a caminar hacia la puerta. Todavía no se había recuperado.

\*\*\*

Dante estaba sentado en un amplio sillón mientras ella seguía recostada en el diván. En la habitación reinaba el silencio. Celeste optó por sentarse y apoyar los pies en el suelo.

El silencio entre ella y Dante se había tornado espeso.

—No avanzamos —dijo de pronto su cuñado—, si lo mantienes al margen.

—Sigo teniendo miedo de recordar —confesó—. Trato de hacer lo mejor para él, lo mejor para los dos.

—No puedo ayudarte —le recriminó Dante—, si no me lo permites.



—Ni te imaginas lo que sentí en el hospital cuando expuse a mi bebé a un peligro tan grande —Celeste lo miraba contrita mientras Dante la escudriñaba—, por seguir tu consejo.

Se había sometido a una pequeña intervención pero que entrañaba riesgo.

No te medicabas —le recordó Dante—, era imprescindible que calibráramos el alcance de tu enfermedad.

—Me hiciste dudar de mí misma. De lo que era realmente importante para mí, y por eso decidí abandonar a tu hermano.

—Yo no tuve nada que ver en ello —afirmó el siquiatra.

—¿Qué tratas de decirme? —inquirió ella en un tono seco.

—Que todo es mucho más sencillo de lo que imaginas —le dijo Dante—. Que la respuestas a todos tus interrogantes están ahí dentro de tu cabeza, pero tienes que dejarme que te ayude a encontrarlas.

—Estoy loca —admitió cabizbaja—. Ignoro lo que hay dentro mi cabeza.

—No lo estás. Simplemente has perdido la memoria.

—¿Por qué le hago daño a la gente que quiero? —preguntó contrita.

—¿Piensas que vas a hacerle daño a mi hermano? ¿Lo amas? —le preguntó éste.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No se le hace daño a las personas que uno ama —concluyó Dante.

Celeste meditó un momento en las palabras de su cuñado. Y una suave sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios.

—Es curioso —dijo ella—. No recuerdo que lo amara en el pasado, pero ha ocurrido en el presente. Yago ha vuelto a enamorarme.

Los ojos del siquiatra brillaron.

—Es una noticia maravillosa —respondió Dante.

—A veces creo que podemos comenzar de nuevo, y después me abate el desánimo al saber que no controlo mis acciones cuando duermo.

—Eres sonámbula —le reveló Dante.

—Lo sé —le respondió concisa—. Sufro esa dolencia desde niña pero sólo aparecen los síntomas más agudos con la angustia extrema, y desde hace un tiempo vivo una angustia desquiciante que me mantiene al borde del precipicio. Sé que voy a hacer daño a Yago, y estoy muerta de miedo.

—Eso sólo ocurrió una vez.

—¿Por qué me lo ocultó Yago?

—Para protegerte.

—¿Y quién lo protegerá a él? —Celeste calló durante un instante—. No puedes

imaginar por un momento lo terrible que fue conocer la verdad.

—Todavía hay más verdades —le dijo Dante.

—Pero no quiero saberlas —se apresuró a decir ella.

—Eso es lo que más me preocupa, tu negación a conocerlas.

—Conocerlas me hará todavía más desdichada.

—Te abrirán los ojos tarde o temprano —Dante se mostró firme—. Te niegas a conocerlas, pero lo harás tarde o temprano por ti misma.

—¿Cuándo?

Dante respiró profundamente.

—Lo ignoro, por ese motivo estamos teniendo estas sesiones.

Celeste se mantuvo en un prolongado silencio.

—Hay veces que no sé quién soy. Me levanto por las mañanas preguntándome si seré yo en realidad o la extraña que vive en mí. La que hace daño a la gente...

—Aun así —razonó Dante—, siempre es mejor conocer la verdad.

Ella resopló con impaciencia.

—¿Por qué estás tan empeñado en que la descubra?

La pregunta pilló al hombre desprevenido. Allí sentado tan cómodamente no parecía que los problemas lo alcanzaran.

—Porque estás viviendo una mentira —le reveló de pronto.

Celeste se mordió el labio sin saber qué creer.

—Esta mentira —comenzó ella—, ¿hace daño a mi esposo?

Dante tardó una eternidad en responder. Se tomó un tiempo que a ella se le antojó pesado y lleno de incertidumbre.

—Le hace mucho daño.

—¿Y por qué no me lo dice él? —preguntó angustiada—. ¿Por qué no me cuenta él la verdad?

Dante supo que pisaba arenas movedizas. Moduló el tono y suavizó la expresión de su rostro. Finalmente le respondió.

—Porque está convencido que no estás preparada para escucharla —ella manoteó su propia mano con desdén, y ya fuera de control.

—¿Y entontes? —indagó a viva voz.

—Toca esperar, el tiempo es el único que impone condiciones.

—En ocasiones, cuando lo miro, siento que él necesita saber, pero ignoro qué.

Dante decidió mantener el silencio para que ella se desahogara. La veía como una bomba a punto de estallar, y supo que lo haría en el momento preciso.

—Lo importante en esta conversación es qué necesitas tú.

Ella meditó en la pregunta que le había formulado su cuñado, su psiquiatra y el hombre que no quería que le hiciera daño a su hermano.

—Tiempo —respondió al fin.

Yago siempre había aceptado su forma de ser. Sin cuestionar nada. Ella pasaba por una etapa difícil, y él estaba allí para sostenerla. En ocasiones le parecía que su comportamiento era extraño. La miraba como si no fuese ella sino otra persona que hubiera usurpado su personalidad. Yago creía que ocultaba sentimientos en su interior, que no permitía que afluyeran, y tal vez fuera así.

Durante mucho tiempo había pensado que la muerte de su pequeño había sido el culpable para la situación caótica que vivía, pero eso sólo había sido el desencadenante del completo desastre que la abatía. Inmersa en su angustia personal, Celeste era incapaz de analizar los resultados de las diferentes conversaciones que mantenía con su cuñado, un experto en análisis siquiátricos.

Pero seguía en el mismo callejón sin salida del principio de la terapia.

## CAPÍTULO 21

Las horas caminaban con una lentitud desquiciante. Apenas tenía nada que hacer salvo vagar por los pasillos matando el tiempo. Tampoco podía hacer nada porque se le olvidaban la mayoría de las cosas. Ella no sabía en qué mantenerse ocupada y por eso los días se convertían en largos vacíos. Celeste se sentía sumamente fatigada. Un cansancio debido al embarazo y que comenzaba a pasarle factura. Dante le decía en cada sesión que ella necesitaba conocer la verdad, y constantemente se preguntaba qué verdad era esa que Yago le ocultaba con premeditación, y de la que ella se mantenía al margen.

Vestida con un camisón tan fino que casi resultaba transparente, y una bata de gasa más transparente aún, sintió un escalofrío. Dirigió sus pasos al vestidor y comenzó a buscar algo de ropa para cambiarse, lo hizo a toda velocidad. Una vez que estuvo vestida, inspiró fuertemente, y en esta ocasión sí que alcanzó con pasos enérgicos la puerta que para ella dividía el cielo con el infierno.

Sujetó el picaporte con fuerza y lo movió para abrirla, después nada.

¡Estaba cerrada con llave!

Cruzó el amplio dormitorio hasta la puerta del pasillo que daba al vestíbulo, también estaba cerrada y se sorprendió aún más, ¿acaso su marido pensaba que se iba a escapar por la noche? Esa no era la pregunta correcta. Yago cerraba la puerta porque ella se lo pedía, porque era peligrosa.

Ella le pedía a su marido que cerrara la puerta, luego olvidaba que se lo pedía.

Su cuñado le decía que lograban avances, pero ella seguía olvidando cosas tan importantes como una puerta cerrada.

Estaba cansada.

Celeste cruzó los pasos hacia el centro del dormitorio y miró sucesivamente ambas puertas intentando recordar cuando se abrirían de nuevo para ella. Tras varias horas de aburrida espera sin que nadie acudiese a abrirla, Celeste miró la enorme cama que la tentaba, hizo un encogimiento de hombros y comenzó a desabrocharse la ropa, la dejó caer en el suelo y se deslizó entre las frías y suaves sábanas hasta que la envolvieron. Inspiró el aroma que desprendía la cabecera, se abrazó a ella y cerró los ojos.

Celeste ignoraba que se había vestido y desvestido a las cuatro de la madrugada.

\*\*\*

Yago seguía mirándola absorto desde su postura firme a los pies de la cama. La sábana se había deslizado del cuerpo femenino hasta quedar a la altura de la cintura. Su pelo estaba medio enmarañado en un lío con la almohada de plumas que había cedido bajo el peso de la cabeza.

Su vientre redondeado era claramente visible a sus ojos.

Yago temía dar un paso más, le había jurado a su hermano que iba a mantener la puerta cerrada, y como un muerto de hambre, había esperado oír que reinaba el silencio al

otro lado para atreverse a abrirla y poder contemplarla sin interrupciones. Sabía todas las preguntas que ella se había hecho pues su hermano se había encargado de contarle el avance de sus sesiones de terapia.

Por primera vez, Yago supo que Celeste avanzaba en su tratamiento, que por fin su hermano había dado con la clave para ayudarla, pero él tenía que mantener la puerta cerrada por su bien y para no hacerla retroceder en los pasos que daba.

Seguía sin resignarse a que ella no lo recordara. A que sus pupilas lo mirasen llenas de olvido. Era su esposa, la mujer de su vida, y evocó las noches que ella se había deslizado a sus brazos protegida por la oscuridad buscando su calor. Le resultaba muy duro que lo buscara por la noche, y que lo olvidara por la mañana, pero era consciente que su esposa necesitaba todo su esfuerzo para que avanzara. Estaban muy cerca de lograr que ella regresara. Por ese motivo el sacrificio de mantener la puerta cerrada le parecía justo.

La miró una vez más y volvió sobre sus pasos hacia su dormitorio, cerró la puerta tras de sí y echó la llave de nuevo.

## CAPITULO 22

—Buenos días, señora —la alegre voz de la doncella consiguió despertarla de su letargo—. Aquí le dejo el desayuno

Celeste se incorporó y pestañeó varias veces para que la luz de la ventana abierta dejara de deslumbrarla.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz ronca.

—Son las diez y media de la mañana —le contestó.

Celeste abrió los ojos con horror.

—¡Oh Dios mío! —exclamó—. Mi esposo...

—El señor ya ha desayunado. Ahora mismo está reunido con el secretario del conde.

—¿Y mi cuñado? —preguntó de forma vacilante.

—El señor se reunirá con usted en cuanto haya desayunado —Celeste miró la ropa que estaba extendida a los pies de la cama y alzó una ceja atónita.

—¿Por qué mi ropa no está en el vestidor? —la doncella la miró con sorpresa.

—En esta alcoba solo tiene lo imprescindible para la noche. Sus vestidos y el resto de su vestuario se encuentran en otra habitación —la explicación le pareció absurdo.

—¿Y cómo puedo coger mi ropa por la mañana? —la doncella le sonrió mientras seguía ordenando la habitación.

—Ese es mi trabajo, señora —le respondió—, usted me dice por la noche lo que va a ponerse por la mañana.

Se sintió tan sorprendida que no se percató que abría la boca y formaba con ella una o perfecta. ¿Ella escogía su ropa por la noche? ¿Pues lo olvidaba?

—¿Escojo mi propia ropa por la noche? —la mujer asintió y los ojos de Celeste bajaron hasta los pies de la cama, hacia el vestido extendido y sin una sola arruga.

Era hermoso, de suave muselina verde a juego con una chaqueta y unos zapatos del mismo tono.

—Esa ropa no es mía —afirmó de pronto.

La doncella volvió a sonreírle.

—Por supuesto que es suya, señora —le respondió—. Todavía recuerdo el día que se puso ese conjunto.

—Llévate esa ropa, no me gusta.

La sirvienta recogió la ropa, y salió del dormitorio con paso rápido.

Un segundo después de quedarse sola se metió en la boca un cruasán crujiente, y se dijo que tenía que dejar de dormir tanto, aunque imaginó que era debido al embarazo. Se

preguntó por qué motivo no la habían despertado más pronto.

A Celeste no le gustaba su actual ropa y quería cambiarla, se dijo que iba a ir de compras de inmediato.

Se desorientó como tantas otras veces. Sabía que el ala este estaba destinado a Rocío y a Pedro, por cierto que no había vuelto a ver a Pedro desde la ceremonia. En el ala oeste estaban las habitaciones del conde, la parte sur la ocupaban Yago y ella, y las estancias del norte ignoraba qué contendría o a quién pertenecerían. Bajó los suaves escalones hacia las dependencias inferiores y se dio de lleno con las amplias cocinas y dependencias de los criados que ataviados con traje formal no le dirigieron ni una mirada, como si estuviesen acostumbrados a ver mujeres deambulando despistadas por las diferentes estancias.

—Señora —Celeste volvió la cabeza a la voz del mayordomo que con una mano extendida le abría una puerta que subía no sabía hacia dónde.

—Me he perdido —admitió azorada. El mayordomo le hizo un gesto con la cabeza bastante significativo—. Buscaba la habitación con mi vestuario y me perdí —el corpulento hombre no le mostró ni una sonrisa al escuchar la explicación.

—La acompañaré al comedor —le informó—. El almuerzo está a punto de servirse.

Se sorprendió porque creyó que ella acababa de desayunar, y se preguntó qué habría echo desde las diez y media, hora en que la despertó la sirvienta hasta ahora.

—Le aconsejaría que se cambie de atuendo.

—Ya le he mencionado que ignoro dónde se encuentra mi vestuario...

Celeste seguía con el camisón y la bata puestos. Lo siguió con paso sumiso a la vez que alisaba los pliegues de su bata en un intento de que no se abriese a cada paso que daba, pero había cogido mucho peso. Cuando traspasó las puertas que conducían al inmenso comedor, paró sus pasos de golpe. Todos estaban sentados en sus respectivos asientos. Ella, más nerviosa de lo que pretendía mostrar con sus gestos, se colocó dos mechones detrás de las orejas en una actitud que a los comensales les pareció indecisa.

Yago cerró los ojos porque Celeste estaba completamente desorientada y a la defensiva. Las pérdidas de memoria a corto plazo comenzaban a pasarle factura.

—Me he dormido de nuevo después del desayuno —respondió con las mejillas encendidas—. También me he perdido.

El mayordomo la guió hasta la izquierda de Yago, pero ella se mostró desabrida y se sentó en la primera silla que vio, la que estaba al lado de la de Rocío, justo enfrente de su marido. No quería andar torciendo la cabeza para mirarlo cuando le hablara.

—Señora, su lugar es otro —las palabras del mayordomo le dieron completamente igual.

Al contemplar la mirada impaciente de Yago, y la de diversión de su cuñado, supo que no era la primera vez que aparecía en el comedor vestida con bata y camisón. Desmemoriada y perdida por completo. ¿Por qué maldita sea no se acordaba? Se levantó con gran ceremonia del lugar equivocado que había ocupado, y cruzando los pasos que la separaban de su marido, se sentó en la silla que seguía sosteniendo el mayordomo para

ella.

—Bonito atuendo, amor —ella hubiese preferido una mirada de enfado o de crítica. Yago la miraba de forma dulce como era habitual en él.

—No he podido encontrar mi vestidor, creo —Celeste observó a su marido que le hacía un gesto al mayordomo para que sirvieran los alimentos—. Ahora lamento haber protestado tanto por mi ropa.

—Da igual lo que te pongas, siempre estás preciosa.

Las palabras de Rocío le arrancaron una mirada cálida.

Celeste observó a los diferentes miembros que estaban sentados en la larga mesa. Pedro sostenía la mano de Rocío en actitud cariñosa, como compartiendo algún secreto. Desvió los ojos de ellos y los paseó por la figura de Dante, que en ese momento se llevaba un pedacito de solomillo a la boca con tal rigidez que Celeste creyó que no le iba a bajar por la garganta. Su marido seguía concentrado en su plato y en su copa de vino. Ella se sentía tan fuera de lugar en ese ambiente que cuadró los hombros sin pretenderlo. El mayordomo le fue poniendo comida en su plato sin que ella se lo pidiese, Celeste alzó sus ojos y le sonrió.

—Me gustaría tomar un poco de sopa con galletas —el mayordomo alzó una ceja con interrogación y miró a Yago, éste le hizo un gesto afirmativo. Sin embargo, varios pares de ojos se posaron en ella poniéndola terriblemente nerviosa.

—¿Qué sucede? —su tono tenso hizo que su cuñado la mirara con curiosidad, y, de forma casi imperceptible, le hizo un gesto negativo con la cabeza que ella entendió a la perfección—. ¿No puedo pedir un poco de sopa?

—¿Con galletas? —inquirió Dante.

Yago le hizo un gesto a su hermano para que no la provocara. En ocasiones Celeste actuaba como una verdadera loca.

—Tengo el estómago un poco revuelto y la leche con galletas me ayudará a calmarlo.

—Pero has pedido sopa.

—No es verdad.

—Sí que lo es...

—¡Dante, por favor! —imploró Yago.

Dante miró a su hermano pequeño de forma adusta y censurando su forma de actuar. Celeste no era una niña consentida sino una mujer desmemoriada que en ocasiones adoptaba otra personalidad, y siguiéndole la corriente no la ayudaban en absoluto.

—Me muero por una lata de berenjenas en vinagre —se tapó la boca con la mano para evitar pedir las al mayordomo. Estaba embarazada, tenía antojos, pero no quería parecer estúpida.

—Los antojos son algo normal en una embarazada.

El mayordomo acababa de ponerle un cuenco con sopa y un plato con galletas.



Celeste no se decidió a comer ni lo uno ni lo otro.

—¿Por qué hay tanto silencio en la mesa? —Yago la miró con atención tras su comentario inocuo. El silencio que siguió a sus palabras le pareció excesivo—. ¿He dicho algo incorrecto?

—Sucede que nadie tiene nada interesante que comentar, por ese motivo mantenemos silencio —respondió Dante sin dejar de comer trocitos de solomillo.

—En ocasiones el almuerzo se vuelve terriblemente aburrido —apuntó Rocío con una amplia sonrisa—. Salvo cuando estás tú.

Con esas palabras le dejaba claro que no era la primera vez que parecía fuera de lugar. ¡Maldita fuera! ¡Quería acordarse!

—¿Qué hacéis durante todo el día? —preguntó con verdadero interés—. Solamente os veo en el almuerzo y durante la cena. El resto del día parece que me convierto en vegetativa.

—Confío que nuestras charlas no las consideres vegetativas —terció Dante con un brillo en los ojos que le infundió valor.

Yago estaba misteriosamente silencioso. Bebía de su copa de vino ensimismado.

—Me vuelven loca del aburrimiento —calló un segundo ante el disparate que acababa de decir—. Como si no estuviera ya loca de remate —apuntó mordaz.

A Celeste se le hacía difícil tratar con el mismo ánimo a su cuñado durante las comidas, y después con el psiquiatra por las tardes. Era como una especie de paradoja. Dante en los almuerzos y cenas era estirado, cordial, sincero y sarcástico. También el único que no la trataba entre algodones.

—Es curioso escucharte decir la palabra locura con tanta naturalidad.

La réplica de Dante era merecida porque ella se sentía violenta y no medía las palabras.

—No ha tenido gracia, Celeste —la censura de su marido le sentó fatal.

—¿Admitir no es el primer paso en la recuperación de uno?

Tras esas palabras el silencio en la mesa resultó pesado, y durante la siguiente media hora nadie dijo nada.

—Acompáñame, por favor —la orden de Yago estaba enmascarada bajo un falso ruego.

—Por supuesto —respondió ella.

Miró la sopa y las galletas, finalmente no se las había comido.

Yago se había levantado de la silla, y sin apenas esfuerzo, la sujetó del codo y medio la obligó a acompañarlo.

—Me tienes preocupado —dijo él—, hoy parece que estás peor.

—¿Estoy peor? —preguntó a su vez angustiada.

Yago la miró con los ojos brillantes, como si tratara de contener el llanto.

—¿No recuerdas nada de lo que hiciste ayer?

Ella pensó durante unos momentos.

—No soporto que me cierres la puerta del dormitorio... —calló un momento, y observó la estancia con la mirada vacía—. ¿Qué te estaba diciendo?

Yago se llevó las manos a los ojos y se los masajeó.

—Te pierdas en tu propio dormitorio —le dijo—. No recuerdas si has desayunado o cenado... —él tragó saliva con fuerza—. Creo que avanzas hacia atrás.

Celeste suspiró porque tenía razón. Se comportaba como una necia.

—Ven —Yago la condujo por los diferentes pasillos hasta que llegaron al dormitorio de ella que ya se encontraba impecablemente ordenado. A los pies de la cama había extendido un vestido verde, y Celeste se preguntó por qué motivo no estaba ahí cuando se levantó.

—No me acuerdo de las cosas —confesó ella—, por ese motivo he ido con ropa de dormir al comedor.

Yago la miró serio.

—Llevas varios días enojada conmigo. Me has retirado la palabra.

—¿Por qué?

—Lo ignoro —contestó inquieto—. No hay motivos para que te sientas enfadada con todos.

—¿Me enfado con todos?

Yago hizo un gesto afirmativo, y ella se descorazonó.

—Sofía ya no se atreve a entrar en tu habitación —Sofía era la asistente que la ayudaba a diario—. Y montas escenas durante el almuerzo y la cena.

Celeste lo miró horrorizada.

—No quiero estar separada de ti —reveló de pronto.

Yago se quedó desarmado.

—Mi abuelo está muy grave y he tenido que atender varios asuntos de importancia, por ese motivo llevo varios días alejado de todo.

Ahora se sintió como una egoísta consumada. Miró con desdén el vestido que estaba en la cama.

—No me gusta la ropa que tengo.

—En eso te doy la razón, tienes un gusto pésimo para combinar los colores.

Ella no lo sabía ni podía recordarlo. Se le olvidaba lo más elemental.

—Esa ropa no me pertenece. Siento que no es mía. Me desagrada por completo.

—Cuando solucione lo de mi abuelo, iremos de compras.

Celeste no quería parecer una mujer caprichosa.

—Hoy parezco una mujer quejica desagradecida.

Yago le puso la mano sobre los hombros y la atrajo hacia sí.

—Cada día que amanece se convierte en un jeroglífico para mí —le informó él en un tono suave—. Quiero a mi lado a la mujer de la que me enamoré, y cuando veo en tus ojos el brillo de olvido, me derrumbo.

—¡Yago! —exclamó afectada.

—Hoy eres una extraña. Has olvidado incluso el camino hacia el comedor habiéndolo recorrido tantas veces.

—Podrías venir por las mañanas y acompañarme hasta allí.

Yago apretó los labios.

—Si lo hiciera no saldríamos de esta habitación —reconoció.

Él debió entender la mirada que ella le ofreció porque la puso de espaldas a su pecho y bajó la boca hasta su oído.

—Vivo en un constante tormento. Desesperado porque no consigues avanzar tan rápido como me gustaría. Vuelco mi impotencia en el trabajo porque si no lo hiciera así, estallaría.

Celeste comenzó a sentir un cosquilleo en la oreja por los susurros con los que su marido le hablaba. Su mano había bajado hasta su cuello y había comenzado a darle una ligera caricia. Apenas podía hablar debido a las sensaciones tan maravillosas que le transmitían los labios firmes. Destensó los hombros y se relajó en el fuerte pecho cuando Yago comenzó a besar la base de su cuello.

—Te estuve esperando anoche —le confesó con cierto azoro—, y creo que me quedé dormida.

Yago había bajado la mano hasta la altura del busto y lo acarició con osadía, ella se dejó sentir y cerró los ojos ante el placer que la consumía. Los tres botones en la parte delantera de su camión, quedaron abiertos para darle a él la libertad sobre sus pechos al estar ausentes de sujetador. Sus pezones se endurecieron de inmediato ante las atentas caricias con la que eran obsequiados.

—Estoy a punto de rendirme.

—¡Yago! —reclamó la boca femenina. Boca que apresó con un hambre voraz.

Saboreó el interior de sus mejillas, el cielo de su paladar, fue trazando un círculo alrededor de los dientes que la enloquecieron. Al mismo tiempo su mano iba describiendo el mismo círculo en su pezón, el deseo se desató en el vientre de ella con un estallido. Quiso darse la vuelta para quedar frente a él y pasarle los brazos por el cuello pero no se lo permitió. Celeste dejó caer la cabeza en el hombro de él y le ofreció la otra parte del cuello con gusto. La mano de Yago descendía ahora por su cadera y le subió el ruedo del camión, buscó entre sus suaves muslos el vértice de su femineidad y ella lanzó un gemido

de placer intenso al sentirse acariciada. La mano de él se detuvo en el preciso momento que Celeste separaba sus piernas para darle mejor acceso al interior de su cuerpo.

Unos golpes en la puerta los trajo de vuelta brusca a la realidad.

—Celeste, soy Rocío... —la voz femenina se escuchó nítidamente tras la gruesa madera pulida—. Necesito hablar contigo.

Cuando el aire frío acarició sus pechos expuestos, Celeste regresó de su aletargamiento. Yago respiraba de forma entrecortada. Ambos están sumidos en un mar de deseo, pero los golpes insistentes de Rocío les impedían dar rienda suelta a la pasión que los abrasaba.

## CAPÍTULO 23

—¿Qué haces aquí sola en la oscuridad? —Celeste se volvió a las palabras de Dante como un resorte y algo primitivo se despertó en su interior.

Miró el lugar oscuro y silencioso en el que se había resguardado antes de salir hacia el haz de luz de la lámpara que iluminaba la terraza.

—Necesitaba pensar —respondió cabizbaja.

—Cuando una mujer piensa, el mundo cruje.

A Celeste le gustó especialmente esas palabras.

—Me preguntó por qué estamos aquí —dijo de pronto—, hacia dónde vamos, o de dónde venimos.

—Esas son las inquietudes lógicas que sentimos cuando llegamos a cierta edad de madurez o de entendimiento.

—Somos tan insignificantes.... —adujo Celeste, si bien Dante no la terminó.

—Mi hermano te estaba buscando —la interrumpió.

—No lo he visto en todo el día —se quejó ella.

—Nuestro abuelo se está muriendo. Él tiene que hacerse cargo y gestionar las numerosas propiedades familiares —le recordó porque supo que lo había olvidado.

—Y a ti, como hermano mayor, ¿no te duele que vuestro abuelo lo haya designado a él para heredar el vasto patrimonio y que sea el próximo conde?

Dante no dudó ni un instante en responder.

—Cremé Celeste, no es ninguna ventaja heredar este mausoleo de castillo. Cuando lo herede, apenas le quedará tiempo para respirar.

Esas palabras la llenaron de remordimientos.

—Pero es el hermano mayor el que debe heredar la propiedad y el título.

—No le hago ningún favor a mi hermano pequeño cediéndole el condado.

Celeste dudó un momento antes de expresar lo que le preocupaba.

—Pero eso significa que tendremos que quedarnos en Italia —Dante hizo un gesto afirmativo—. Me muestro muy egoísta con respecto a él, ¿verdad?

Dante se había acercado a la barandilla de mármol y centró la vista en las rosas del hermoso jardín. Momentos después clavó sus ojos en su cuñada que lo miraba expectante.

—No encuentras tu lugar, te sientes sola, y por eso demandas más atención de la única persona con la que compartes un vínculo de afecto.

—¿De verdad se muere vuestro abuelo? —se atrevió a indagar.

Celeste había visto al anciano únicamente una vez desde que estaban en el castillo,

pero Yago pasaba muchas horas en su compañía.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Dante, ella bajó los ojos turbada.

—¿Decirle...? —inquirió a su vez ella.

—Que lo extrañas. Que anhelas su compañía.

—Si lo hiciera —comenzó—, lo haría sentir culpable al no estar conmigo.

—Eres una buena mujer.

—¿Lo soy? —preguntó indecisa.

—Sí, salvo que no lo recuerdas.

Meditó en las palabras de Dante. Le hacía sentir bien conocer esa parte de sí misma que desconocía. ¿Era una buena mujer? Había matado a un hombre, al asesino de su hijo.

—Es todo tan complicado —confesó—. Cuando me enfado me entra el pánico porque ignoro si es una faceta casual o persistente en mi carácter.

—Siempre has sido una mujer prudente en las acciones, y ecuánime al sojuzgar.

Celeste inspiró profundamente asimilando las palabras que le desgranaba él.

—¿Hacía feliz a tu hermano? —preguntó de pronto con un hilo de voz.

—Haces muy feliz a mi hermano —la rectificó.

El suspiro de alivio enterneció el corazón del profesional que la observaba con detenimiento.

—Meses atrás sentía pánico por no poder corresponderle —comenzó ella de forma dubitativa—. Veía el amor en sus ojos y me descorazonaba. Me exasperaba también...

—¿Y ahora? —preguntó Dante.

—Ahora me moriría si no viera en el brillo de sus ojos cuánto le importo.

—Entonces has avanzado mucho.

Celeste sonrió de tímidamente.

—Hemos avanzado —corrigió ella—. He descubierto que Yago me importa muchísimo. Que me moriría si algo le ocurriera, y creo que es lo más parecido a amar a una persona de lo que puedo recordar.

—A mi hermano le gustará saberlo.

—Pero quiero estar todavía más segura antes de compartir estos sentimientos con él.

—¿De qué lo amas?

Ella negó con la cabeza.

—De que soy realmente la mujer que él necesita —respondió—. He cometido muchos errores en mi vida pasada —Dante la interrumpió.

—Todos cometemos errores.

—Me sentí acosada por las circunstancias, y creo que atajé por el camino más corto, es decir, recrearme en mi desmemoria —Dante echó la cabeza hacia atrás con atención.

—Continua —la apremió.

—Creo que me refugio en el olvido porque tengo miedo de no estar a la altura de sus expectativas —Dante se mantuvo en silencio—. Y siento que es un arma que utilizo contra él aunque sin ser consciente.

—Acabas de dar un salto mortal —le dijo Dante que tomó la mano femenina y la estrechó entre las suyas para darle ánimos—. Uno de esos saltos donde no hay vuelta atrás.

—¿Por qué Dante? ¿Por qué me comporto así? —Dante la miró de forma penetrante.

Ella se dio cuenta del escrutinio al que la sometía pesar de la poca iluminación de la terraza.

—Unas veces por miedo, otras por inseguridad.

—¿Estoy aprendiendo a conocerme? —inquirió—. Hay días cuando me despierto que no sé quién soy. Ni controlo mis actos. Me horroriza no saber las cosas que hago. Olvidar hechos tan importantes como el amor, la fe, la esperanza...

—Estás abriendo puertas y llegando finalmente al lugar adecuado.

—¿Aunque no recuerde nunca más quién fui?

—Cuando uno descubre quién es en el presente y hacia dónde quiere ir en el futuro, no importa tanto lo que fuimos en el pasado.

No podía apartar la mirada del hombre que estaba plantado frente a ella. Era su cuñado, era su psiquiatra, y podía sentir por primera vez que la apreciaba.

—No sé si alguna vez te perdonaré que me hipnotizaras —bromeó ella.

Dante se metió las manos en los bolsillos.

—Hago un trabajo cualificado. Te he ayudado mucho aunque ahora no seas capaz de apreciarlo —Celeste no sabía por qué, pero esas palabras le provocaron un estremecimiento porque contenían una segunda lectura.

—Creí cosas. Las di por ciertas —continuó.

Dante la miró sin pestañear.

—Tu subconsciente tomaba las decisiones por ti.

—Robe un bebé y no fui consciente... —tomó aire—, me horroriza lo que puedo llegar a hacer en este estado de locura, aunque agradezco tu ayuda.

—Yo sólo te muestro las llaves... —no lo dejó continuar.

—Que abren puertas —Celeste meditó un instante—. Por eso acudía a la alcoba de Yago dormida, porque esa puerta era la más importante para mí.

—Durante muchos meses te aislaste de todo y de todos —alegó Dante—, el ser humano no está capacitado para la perpetua soledad, necesita la comunicación, el contacto

físico para seguir el rumbo. Los hilos que sujetan la mayoría de las reacciones humanas son a menudo demasiado frágiles —ella escuchaba con atención cada palabra—. Creaste una barrera psicológica de necesidad constante que sólo salía a la superficie cuando estabas dormida.

—De día una mujer, de noche otra —terció con ojos entrecerrados.

—La mente es un enigma que se nos escapa a la comunidad científica.

—Estoy en un buen lío —arguyó.

Dante negó de forma tajante.

—Tienes que hablar con mi hermano de la misma forma que lo estás haciendo ahora conmigo —ella sacudió la cabeza con energía negando—. Mi hermano es muy bueno comprendiendo motivos que impulsan acciones desmesuradas.

—Necesito tener más seguridad en mí misma. Todavía no controlo mis actos.

Celeste miró las diferentes flores que llenaban un jarrón de cerámica.

—Mi hermano es un hombre íntegro, de principios arraigados, sabe cuál es su lugar y no se moverá de ahí te lleve el tiempo que te lleve encontrarte definitivamente.

—¿Me estás dando ánimos? —Dante sonrió abiertamente—. Porque a veces me da miedo el camino que se abre —rectificó—, que abres para mi.

—Es un camino que debes recorrer tú sola.

—Quiero que no vuelvas a hipnotizarme —le rogó.

Dante asintió con la cabeza de forma solemne.

—Siempre lo he hecho con tu consentimiento, salvo que lo olvidas.

Ella se esperaba una respuesta así.

—¿Cuál es la palabra que...? —Justo en el momento que Dante iba a responderle, alzó una mano para detenerlo—. ¡No! —exclamó de pronto—, prefiero no saberlo.

\*\*\*

Seguía mirando por los amplios ventanales hacia el exterior de la vivienda. Los vidrios emplomados desdibujaban el paisaje que se veía a través de ellos, pero la relajaba.

Entrelazó las manos a la altura de su vientre con melancolía, y un instante después se amonestó, la autocompasión no la dirigía a ningún lugar.

—¡Me alegro de encontrarte! —se giró rauda a la persona que había pronunciado las palabras, y cuando vio a Pedro sonreírle de forma tan sincera, el alma le bajó a los pies. Estaba parado en el umbral de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja como si se alegrase en serio de verla.

¿Dónde había estado todos esos días? Siempre había visto a Rocío sola.

—¡Pedro, qué sorpresa! —exclamó—. Ignoraba que estabas con nosotros.

El hombre avanzó los pasos de forma rápida hasta alcanzarla, y sin previo aviso la envolvió en sus brazos en un abrazo de amistad genuino, ese detalle inesperado de afecto



y calor hizo que Celeste estallase en sonoros sollozos que no pudo controlar.

Qué diantres le ocurría, pensó, ¿por qué no se controlaba? Se dijo afrentada.

—¿No te alegras de verme?

Fue incapaz de decir una palabra coherente hasta que no cesaron los sollozos que la convulsionaban.

—¡Me alegro tanto! ¡Por ti, por Rocío...! —no fue capaz de continuar.

Nuevamente estalló en lágrimas.

—Bueno, deja de llorar que parece que he venido de la guerra y no de viaje.

—Rocío no me dijo que te habías marchado —le mencionó.

Él se limitó a sonreír.

—A ver, deja que te miré —Pedro la separó un paso y se lanzó a un escrutinio descarado y profundo—. ¿Qué te has hecho? —esas solas palabras le dijeron lo mal que lucía su aspecto tanto físico como mental—. ¡Pareces un alma en pena! —esa frase la desanimaron todavía más.

—Me siento aún peor —Celeste dejó escapar un suspiro intranquilo.

Pedro dio dos pasos hacia un lado de la ventana.

—He venido a verte por expreso deseo de Rocío —Celeste no pudo responder a ese comentario—. Dante me ha mencionado que tu terapia avanza de forma satisfecha.

—Me alegro mucho de verte —le respondió ella, y de pronto sintió rabia en su interior al saber que su cuñado hablaba sobre su tratamiento con cualquiera.

Soltó un leve jadeo porque Pedro no era cualquiera. Sentía que lo conocía casi tanto como a su marido, y esa circunstancia le preocupaba de verdad. ¿Quién era Pedro? ¿Por qué se alegraba tanto de verlo? ¿Por qué motivo había extrañado su ausencia?

—Cuando creo que estoy levantando nuevamente la cabeza, os miro y siento que contempláis a una desconocida —los hombros de Celeste temblaron ligeramente y Pedro creyó que iba a comenzar a llorar de nuevo—. Otra vez soy una extraña, ¿verdad?

—Hay días que sí eres una extraña —admitió. Celeste parpadeó para alejar las lágrimas una vez más—. Ahora mismo tienes la mirada de una niña perdida.

—Intento avanzar, de verdad, pero hoy me siento inusualmente triste.

—Has cambiado mucho y para mejor —fue lo único que comentó tras examinarla tan concienzudamente—. Aunque no lo creas, has avanzado bastante.

—Me siento dividida en dos, como si contuviera en mi interior a dos mujeres distintas que luchan como fieras para prevalecer la una sobre la otra —confesó.

—Entonces tendrás que elegir cuál de ellas quieres ser finalmente —le aconsejó sin una duda.

—¿Qué elija? —preguntó de pronto—. ¿Y cómo sé cuál es la mejor de las dos? ¿Cuál escogería Yago?

—La que intenta recuperar desde que perdiste la memoria —contestó Pedro de forma firme.

—Apenas veo a Yago, está muy ocupado —contestó llena de añoranza.

—Yo le pondría remedio inmediato.

—¿Cómo?

—Pasando más tiempo con él.

Celeste pensó que eso sería imposible porque hacerlo significaría robarle tiempo al trabajo que le dedicaba a los asuntos de su abuelo.

—¿Te sientes abandonada? —inquirió el hombre con los ojos entrecerrados y mirada suspicaz—. Porque lo pareces.

Celeste jadeó atónita al escuchar las palabras.

—Sí, me siento abandonada, y estoy celosa —balbuceó.

—¿Celosa? —preguntó asombrado.

¡Estaba celosa! La revelación resultó apabullante.

—Tengo celos celos de las personas y del tiempo que me impide disfrutar de la atención de mi esposo —dijo más para sí misma que para Pedro.

Algo se fue formando en el estómago de ella. Había puesto letras a lo que realmente sentía cuando estaba separada de Yago.

—Estoy celosa —admitió con una sonrisa—, y enfadada.

—Sí, lo estás —reiteró el otro.

Estaba a punto de reconocer una verdad demoledora. Todo su malestar se traducía en que estaba celosa de todos. De Rocío, de Dante, del conde....

—Quiero a mi esposo únicamente para mí.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —preguntó él.

Celeste suspiró de nuevo con cansancio.

—No puedo hacer nada salvo esperar. Mejorar por completo hasta ser de nuevo la mujer de la que se enamoró.

Ella pensaba a toda velocidad. Los días los consumía con terapias con Dante. Paseando por los corredores y sin hacer nada más.

—Acabo de darme cuenta de una cosa. Qué ironía. ¿No te parece? —preguntó sin dejar de mirarlo—. He tenido la verdad aquí delante, y la he descubierto ahora, pero voy a tomar cartas en el asunto.

—¿Qué quieres decir? —Pedro había puesto cierta distancia entre los dos porque ignoraba el significado de sus palabras.

Celeste se pasó la mano por el moño hasta deshacerlo por completo.

—¿No lo imaginas?

—Tienes una mirada que no sé descifrar —le dijo Pedro—. Y reconozco mis limitaciones para ayudarte.

—Te recuerdo, Pedro —confesó ella.

—¿Me recuerdas? —preguntó atónito.

—Recuerdo que te tocaba —Pedro vio que alzaba la mano hasta alcanzar su mejilla. Lo acarició con la yema de los dedos al mismo tiempo que sonreía.

La miró con horror en los ojos

—¿Qué haces? —preguntó alarmado.

Celeste alzó una de sus bien dibujadas.

—Reconozco el tacto de tu piel, ¡te recuerdo!

Pedro deseaba apartar la mano femenina de su cara, pero temió hacer un movimiento brusco. Se sentía incómodo.

—¿Cómo puedes recordarme a mí y no a tu esposo? —la pregunta hervía de escepticismo.

Celeste ignoraba el motivo para recordar visiones de Pedro junto a ella. Sus sonrisas. Sus miradas. El tacto de su piel, y gracias a esos recuerdos, la verdad de lo que sentía por su marido se le reveló con brutalidad.

—Elegir es muy difícil, y yo lo estoy haciendo siguiendo las pautas que tú tan altruistamente me has mostrado.

—¿Elegiendo? —preguntó sin comprender—. No sabes quién soy realmente —afirmó rotundo.

—Sí lo sé —respondió rápida—. Iba a abandonar a mi esposo por ti, ¿no es cierto?

Pedro se encontraba superado.

—Por eso te recuerdo a ti y no a él, pero ya no importa.

Pedro intentaba bajar la nuez que se había quedado atascada en su garganta. Ella se comportaba de forma irracional. Si recordara realmente, no tendría esa mirada.

Comenzó a girarse para marcharse.

—¿Qué hacéis los dos aquí separados del resto? —tanto Pedro como Celeste giraron la cabeza a las palabras de Yago que los miraba completamente intrigado.

Pedro cerró los, menos mal que Yago sabía quién era él. Se había dejado llevar por la pena que le provocaba Celeste, y, animado por Rocío, había acudido a saludarla, pero había escogido el peor momento porque ella se mostraba como una desconocida y actuaba del mismo modo extraño de siempre.

Celeste era consciente de la mano de ella en el rostro de Pedro, de la cercanía entre ambos, y la mirada de Yago navegaba entre el dolor y la pena.

—Por fin sé quién es Pedro —contestó un tanto avergonzada.

Yago comenzaba a avanzar hacia ella sin quitarle la vista de encima, Pedro comenzó

a carraspear nervioso.

—No, no sabes quién es —respondió firme.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo Pedro apresurado.

Celeste bajó los ojos avergonzada.

—Iba a abandonarte por él, ¿no es cierto? —preguntó afirmando.

Yago suspiró profundamente. Rocío le había dicho donde podía encontrar a Pedro y a Celeste, y había decidido unirse al encuentro pues hacía muchos días que no lo veía.

—Yago, he elegido al fin —respondió ella ecuánime—. Gracias a Pedro, he decidido.

Un par de ojos masculinos recorrieron el cuerpo de ella con una intensidad abrasadora.

—¿Gracias a Pedro? —preguntó atónito.

Pedro se había marchado, y Yago la miraba sin un pestañeo.

—He visionado algunos recuerdos con Pedro —confesó—. En uno de ellos le acariciaba la mejilla como hace un momento —Celeste se quedó pensativa—. Creo que era el hombre por el que pretendía abandonarte antes de que comenzara todo.

Yago estaba enamorado. Estaba dolido. Estaba desesperado.

—No pensabas abandonarme por Pedro —contestó firme.

—¡Vaya! —exclamó algo perdida—. Pues lo recuerdo, y sé que sentía un afecto profundo por él, no me preguntes cómo lo sé, sé que lo recuerdo.

—¡Lo recuerdas a él pero no a tu esposo! —Celeste afirmó con la cabeza varias veces.

Era tan irreal, extraño y devastador para su marido.

—Detesto esta ropa —confeso sin que le temblase la voz—, casi prefiero caminar desnuda —las palabras lograron que Yago diese un paso más hacia ella.

Celeste estuvo a punto de retroceder.

—Es tu ropa. Fue elegida por ti —le recordó él como tantas otras veces.

Celeste echó la cabeza hacia atrás para tener una mejor visión sobre su esposo.

—He cambiado. No me gusta aquella que escogí. Ahora soy otra mujer... y he elegido al fin.

Yago la miraba confuso. No entendía a qué se refería con sus palabras. ¿Qué había elegido?

—Eres la misma mujer de la que me enamoré. ¡No quiero que seas otra!

Yago no pudo contenerse. La tomó de los hombros y fue al encuentro de la boca de ella. Celeste optó por abrir los labios y dejarse llevar, Yago aumentó las caricias. Un suspiro les hizo separar la boca y ninguno de los dos supo quien lo había exhalado. Yago seguía sosteniéndola. Miró sus labios hinchados y rojos, señal inequívoca de su fuerza al

reclamarlos. Apenas separados por unos milímetros y que lo seguían tentando y atrayendo de forma involuntaria. Los buscó de nuevo y se perdió en su sabor. Lamió el interior de sus mejillas, introduciendo la lengua en lenta agonía que hizo flaquear las rodillas a su mujer.

Celeste se asió de las solapas de la chaqueta para no caer al suelo. Yago fue bajando la mano por su garganta trazando una línea vertical con el pulgar delineando cada recoveco que encontraba en su llegada hacia el escote tentador. Cientos de cosquillas aterrizaron de sopetón en el estómago de ella a medida que iba acariciando la suave piel de su escote. El escote de la blusa hizo posible que los dedos penetrasen en el suave encaje de la combinación de ella y aprisionasen su pecho con osadía. La mano del amante se mostraba audaz, moldeando, sopesando en la palma el montículo satinado que la sumergían en sensaciones intensas y constantes. Cuando alcanzó el pezón cerró los ojos ante las oleadas que la invadían incapaz de ordenar un pensamiento coherente dentro de su cabeza. Lo deseaba tanto que se perdió en sus requerimientos.

—Yago...Yago.... —un leve estremecimiento la sacudió, él seguía en su penitencia de castigar su aureola con círculos suaves que la mareaban.

Celeste movió la cabeza con energía para impedir que la boca de él se separase de la suya. Sin darse apenas cuenta, los dos terminaron sobre la mullida alfombra del suelo.

—Hazme el amor —suplicó rendida.

Yago le quitó la falda y la blusa con suma facilidad. Subió la transparente enagua y le bajó las bragas con excesiva rapidez. La expectación había excitado todos sus sentidos y necesitaba con urgencia que la poseyera.

Yago estaba perdido entre el perfume que emanaba del cuerpo de su esposa y el sabor de su boca que, como una droga, lo incitaba a querer más y más. Necesitaba enterrarse dentro de ella o iba a terminar por estallar dentro de los pantalones. Los besos se tornaron salvajes de necesidad. Ambas bocas se buscaban, se encontraban y se saciaban mutuamente. De una sola embestida se enterró dentro de sus entrañas. Yago estaba poseído por una fuerza que ella no había visto nunca, seguía sometiéndola con sus besos mientras seguía adentrándose cada vez más y más profundo en su vientre. Celeste cruzó sus piernas en torno a la cintura de él para que cada embate fuese más profundo, más intenso. Yago apoyó las manos en la alfombra para mirarla mientras la sometía una y otra vez en incansable mecimiento de la cadera de ambos pero teniendo cuidado de no aplastar el redondeado vientre. Los pechos de Celeste se movían al compás que le marcaba y los jadeos los mecía como volcanes de azúcar.

El mundo estalló para los dos.

Yago había relajado su cuerpo al de ella y había distendido los brazos alrededor de su cabeza.

—¿No vas a permitir que me levante? —le preguntó con voz almibarada.

Celeste deshizo el nudo que había formado con sus piernas sobre la cintura de Yago. Él quedó tendido sobre su espalda apoyado en la suave alfombra oriental.

—Sobre la mesa del despacho, ahora la alfombra —murmuró él de pronto—, pero mi

deseo por ti es mayor que mi voluntad —Celeste se giró para mirarlo—. Me dejas siempre rendido de amor —admitió con un suspiro largo.

—Yo también te deseaba. Estaba celosa, dolida, y necesitaba que me amaras.

Yago la miró muy serio.

—No juegues conmigo, Celeste —suplicó.

—Puedo ser y comportarme como una extraña, pero no juego contigo.

Alzó una ceja con un interrogante al escucharla.

—¿Qué habías elegido? —le recordó sus palabras antes de hacerle el amor.

—Ese será mi secreto —respondió pensativa.

—Compártelo conmigo —le pidió.

—Los secretos no se comparten porque entonces dejan de ser secretos —afirmó sin dejar de mirarlo.

—Me duele que no desees compartir conmigo tus pensamientos, y que lo hagas con mi hermano. Sé que es tu terapeuta, pero me siento en clara desventaja.

Era cierto. Ella y Dante compartían ciertos secretos que Dante no compartía con su hermano, pero tenía una razón de ser.

—Dime algo que me haga feliz —le suplicó él.

—Nomeolvides —ella utilizó la misma palabra que solía decirle él en ocasiones.

El brillo en los ojos de Yago quemaba.

—Jamás podría hacerlo —contestó solemne.

Trató de besarla de nuevo, pero Celeste había comenzado a recoger su ropa del suelo.

—Voy a cambiar completamente de vestuario —él le hizo un gesto afirmativo mientras ella se ponía la blusa—. Quiero que pases más tiempo conmigo —le pidió. Yago asintió de nuevo y ella se colocó la falda—. Y que tengas sexo conmigo tantas veces como te lo pida.

Yago no pudo contenerse y la besó con ardor. Ansiaba tanto que le dijera que lo amaba.

\*\*\*

Celeste buscaba a su cuñado con desesperación, tras la conversación con Pedro y el encuentro íntimo que había compartido con Yago, quería contarle muchas cosas. Anduvo por todos los salones, bibliotecas, y varias estancias vacías que encontró en su peregrinación, aunque no lo encontraba por ningún sitio. Salió a los jardines traseros del castillo y bajó a las bodegas esperando dar con él, pero su búsqueda resultó inútil. Una hora después lo encontró leyendo sentado tranquilamente en un banco de piedra bajo un castaño centenario en la parte delantera de la casa.

—Te he estado buscando como una loca... —al momento se arrepintió de la ligereza de su vocabulario—, borra la última palabra que he dicho.

Dante sonrió. Observó la falda de embarazada que estaba más arrugada que si la hubiesen metido en un agujero apretado. Su blusa la llevaba por fuera de la falda, así como la chaqueta abierta que la llevaba descolocada. Tenía el cabello suelto y desgreñado como si le hubiesen dado un buen revolcón. Parecía que tenía los labios hinchados y algo rojos. Para Dante fue claro lo que le había ocurrido.

Era la viva imagen de una mujer que acababa de ser amada con intensidad.

—Todavía no es la hora de nuestra sesión.

—No vengo para tener una sesión terapeuta contigo.

Para Dante estaba claro.

—Siéntate a mi lado antes de que me expliques qué le sucede a mi hermano.

Celeste parpadeó confusa. ¿Cómo sabía que quería hablar sobre él? Optó por sentarse y mirarlo de forma franca.

—Acabamos de darnos un buen revolcón —Dante no pudo aguantar la sonrisa al comprender que sus suposiciones habían resultado ciertas.

—¿Y necesitas contármelo? —Celeste bajó los ojos por su aspecto y se mordió el labio inferior con vacilación.

—Me encontré acariciando a Pedro, y tu hermano pensó otra cosa diferente —Dante contuvo el aliento tras esa explicación—. Creo que se enfadó en un principio, y dio rienda a su ira haciéndome el amor.

—Eso es un motivo poderoso para que un hombre se enfade con su esposa —Celeste pestañeó confusa porque percibía en el tono de Dante que no la tomaba en serio—. Y hacerle el amor una forma válida para dejar de estar enfadado.

—Estoy hablando en serio...

—¿Qué te hace pensar que yo no?

Celeste suspiró fuertemente.

—Visioné a Pedro. Reconocí el tacto de su piel. Esa forma de mirar —admitió en voz baja—. Me pregunto si mi actuación esconde un motivo oculto de provocar a tu hermano.

Dante podía entender su postura.

—Has logrado que mi hermano te preste toda la atención que reclamabas, ¿no es cierto? —ella lo corrigió.

—Yago se está convirtiendo en una obsesión para mí —calló un momento—. Los celos me devoran.

—Mi hermano nunca te ha dado motivos para que sientas celos.

—Lo amo con locura —respondió sincera y sin pensar.

Dante resopló al escucharla. Ese era el sueño de su hermano: que lo amara y lo recordara como en el pasado.

—Se alegrará de saberlo —replicó.

—Tengo miedo de confesarle que lo amo pero que sigo sin recordarlo.

Dante meditó un momento su respuesta.

—Es lo que más desea en este mundo —afirmó Dante—, que lo ames y que se lo hagas saber.

—¡Quiero recordarlo! —Dante la observó sin pestañear—. Por eso te pido que me hipnotices.

—¿Lo deseas de verdad?

Celeste lo miró confundida, y meditó un momento su pregunta.

—Yago desea que recuerde, y yo no quería hacerlo por si descubría que lo amaba menos de lo que se merece.

Al fin lo había admitido. Ahí estaba la raíz de su olvido.

Dante abrió la boca con una trémula sonrisa.

—Por eso quiero que me hipnotices una última vez. *Quiero recordar.*

Dante posó la mano sobre su hombro. Los ojos de su cuñado le mostraron un brillo perturbador.

—Hoy estoy viendo por fin a la Celeste del pasado.

—Tengo muchas dudas —admitió cabizbaja.

Dante la consoló con decisión.

—Te encuentras bajo mucha presión, pero has encontrado el camino.

Ella lo miró con un recelo mal escondido.

—Ya no tengo miedo de recordar y descubrir que en el pasado no lo amaba como se merecía porque ahora lo amo con toda mi alma.

—Mi hermano será el hombre más feliz del mundo cuando lo sepa.

—¿Lo amó mucho su primera esposa?

Dante meditó un momento su respuesta antes de ofrecérsela.

—Mi hermano enviudó a los pocos meses de casarse —Celeste no lo recordaba, pero Yago se lo había contado—. Sibila era hermana de mi esposa Alins.

Celeste pensó que era inusual que dos hermanos se casaran con dos hermanas.

—Presiento que hay algo que Yago no me ha contado.

—Sibila nunca lo amó realmente —reveló en voz baja—. Estaba enamorada de uno de sus jefes arquitectos pero estaba casado, mi hermano fue un pequeño consuelo para ella.

—Pero eso es terrible.

—Su muerte precipitada evitó un divorcio caro.

Celeste pensó que Yago había tenido muy mala suerte con las mujeres. Se había



casado con una que quería a otro, y ella había estado a punto de abandonarlo.

—Nunca me ha hablado mal de su primera esposa.

—Yago no tiene ni un gramo de rencor en su cuerpo —Dante calló durante un momento—. Cuando te conoció... —Celeste lo miró instándolo a que continuara, pero él no lo hizo, no de la forma que ella esperaba—. Cuando te conoció, supo lo que era ser amado de verdad por una mujer. Fuiste su ángel de luz.

—Pero le hice daño.

—Cada vez que te planteabas no volver a recordar... —matizó él.

—¡Dante! —la exclamación de dolor le salió desde el alma.

—Yago fue un niño dividido entre nuestro severo padre, y el intransigente abuelo, pero te conoció y te convertiste en una liberación para él. Dejó la fachada despreocupada y libertina para ser el hombre más enamorado del mundo.

—¿Por qué dejó de pintar? —Dante guardó silencio, y ella no insistió—. ¿Por qué no te hablas con tu padre?

Esa era una larga historia pensó Dante.

—Mi padre se merece que ninguno de sus hijos le hable.

Lo había dicho con tanta dureza que el corazón de Celeste se encogió.

—Cuánto sufrimiento —confesó contrita.

—El sufrimiento más grande de mi hermano es perderte.

—Pero no me perderá —afirmó con un brillo determinante en sus pupilas.

Dante cabeceó con determinación.

—Un poco de sinceridad siempre viene bien —la animó el otro.

—Hablaré con él con la verdad por delante. Deseo curarme para él. Que no tenga miedo nunca más, pero para lograr eso tienes que hipnotizarme de nuevo.

Dante expresó en su cara la incertidumbre que le provocó ese comentario.

## CAPÍTULO 24

El abuelo quería hablar con ella.

Celeste estaba asombrada porque, desde su llegada al castillo, era la primera vez que solicitaba su compañía. Seguía al mayordomo que la guiaba por los solemnes pasillos en completo silencio.

Cuando llegaron a una puerta que se mantenía cerrada, el mayordomo le dio tres golpes suaves.

—Adelante —se escuchó una voz firme.

El mayordomo la precedió y cuando ella quedó plantada en el interior, cerró la puerta y la dejó a solas con el hombre enfermo.

La habitación olía a hospital y estaba llena de monitores.

—Acércate —la orden era tajante.

Ella avanzó varios pasos hasta quedar muy cerca de la cama. El anciano respiraba de forma desacompasada y con un silbido al final.

—Sigues desmemoriada —afirmó con desdén.

Hombre y mujer se contemplaron mutuamente sin decir nada más. Fue el conde quien rompió el silencio entre ambos.

—¿Sabes por qué motivo he te llamado? —Celeste hizo una negación con la cabeza bastante elocuente—. Quiero hablarte sobre mi nieto, y lo que espero de él.

Esa afirmación le tensó la espalda.

—No pienso contribuir a que sea una persona infeliz —se atrevió a decir.

El anciano carraspeó al escucharla.

—Recibir una herencia no es algo tan sencillo como parece —sentenció.

—Lo sé —contestó ella.

—Dar el sí a la recepción del legado familiar implica una serie de obligaciones y deberes que merecen un estudio pormenorizado y detallado.

—Soy consciente de ello —dijo Celeste en voz baja.

—Lo primero que hay que hacer a la hora de aceptar la herencia es elaborar un cuidadoso inventario del patrimonio del legatario.

—Eso es lo que está haciendo mi marido —afirmó ella.

—Sí —confirmó el conde—, pero es un asunto complejo, ya que incluye un catálogo de bienes materiales y productos financieros que hay que tener en cuenta a la hora de hacer el balance para actualizarlo.

Celeste entendía por qué motivo su marido pasaba tantas horas en el despacho y

enterrado en papeles.

—Se espera mucho del futuro conde, y necesita a su lado a una persona cuerda.

—No estoy loca, solo padezco amnesia.

—Mi nieto no volverá a España, y si decides quedarte aquí, tampoco podrás regresar.

—Comprendo las obligaciones que existen.

—Necesito confirmación de que no lo abandonarás, o me veré obligado a actuar con contundencia.

—No pensaba abandonarlo —aseveró seria.

—Pero necesita que estés cuerda.

Celeste suspiró y no contradijo al anciano.

—Mi cuñado me está ayudando a recuperar la memoria.

—Pero no es suficiente —protestó el anciano—. Llevas dos meses aquí sigues estando loca.

—Amnésica —lo corrigió pero suave.

—He hablado con un amigo mío siquiatra y me ha dado indicios de lo que debo hacer para que recuperes la memoria.

Al menos no había dicho cordura.

—Su nieto Dante se puede sentir ofendido de que no haya consultado con él sus inquietudes.

El anciano hizo un chasquido con la lengua de forma despectiva.

—Dante no actúa como un verdadero siquiatra —contestó el hombre—. Si lo hiciera estarías curada hace tiempo.

Estaba claro que el anciano se mantenía todavía en el siglo anterior.

—Confío plenamente en la capacidad y ecuanimidad de Dante.

—Pero yo no —contestó el conde—. Mi amigo dice que un clavo saca a otro clavo.

Ella no sabía qué pensar al escucharlo.

—Y que si perdiste la memoria por un accidente, otro te la devolverá.

—No voy a estrellarme con un coche para recuperarla.

Celeste se sentía alarmada, y todavía más cuando vio al anciano que la apuntaba con una pistola. La tenía escondido bajo la sábana, por ese motivo ella no la había visto. Recordó la vitrina expositora que no tenía candado. La estrecha vitrina de cristal no debía medir más de noventa centímetros de ancho por uno cincuenta de alto, tenía cuatro lejas que albergaban las diferentes armas históricas. El anciano la apuntaba con una Colt 45 modelo Civilian.

Intentó retroceder un paso, pero el hombre le hizo un gesto negativo.

—No me apunte con eso —le pidió algo nerviosa—. Puede ocurrir un accidente.

—Mi nieto necesita a una mujer cuerda.

Otra vez insistía en lo mismo.

—¿Piensa dispararme para lograrlo?

—Necesitas sufrir un accidente para recuperar la memoria. Es lo que dice mi amigo.

Esa afirmación era tan absurda que Celeste sintió deseos de reír, pero mantuvo la compostura sin ceder al impulso de alejarse.

—Estoy haciendo grandes avances en mi curación —afirmó sin dejar de mirarlo.

—A la vista está de que eso no es suficiente.

Tras la puerta cerrada se escuchó la voz de Yago junto a la del mayordomo.

—No te muevas —dijo el conde.

Ella no pensaba hacerlo. La puerta del dormitorio se abrió y Yago cruzó el umbral.

—El mayordomo me ha dicho dónde podía encontrar a mi esposa —Yago vio la escena y se detuvo un momento—. ¿Qué demonios...? —era incapaz de terminar la frase.

Veía perfectamente el brillo de la pistola que su abuelo sostenía entre sus manos y que apuntaba directamente a Celeste. Cerró los ojos porque recordó en el pasado una imagen similar pero siendo ella la que le provocaba daño.

—Abuelo, suelte el arma —Celeste giró la cabeza y lo miró.

—Tengo que arreglar tu situación antes de irme de este mundo.

—Abuelo, por favor...

Yago tragó violentamente pero manteniendo la postura firme y tranquila en el centro del dormitorio a pesar de que estaba completamente desesperado.

—¡Dame la pistola! —le ordenó con voz muy suave.

El anciano con la cabeza. Yago reconoció que era una de las armas de su abuelo, y si la memoria no le fallaba debía estar cargada. ¡Maldita la peculiaridad de su abuelo y sus manías!

—Celeste... —ella no le dejó continuar.

—Las intenciones de tu abuelo son válidas.

—Celeste... —continuó él—, camina hacia atrás.

—Si se mueve le disparo —el anciano seguía apuntándola.

Celeste seguía mirándolo de forma intensa. Estaba muy cerca de la cama, si el anciano le disparaba daría matar. Y le pareció la situación más absurda de todas. Quería curarse para el amor de su vida, y estaba a punto de no poder hacerlo.

—Te amo Yago.

Yago cerró los ojos durante un instante porque la situación era en verdad seria.

—Te amo con toda mi alma, siempre te he amado —correspondió él.

Celeste relajó los hombros un segundo porque la afirmación había sido completamente sincera.

—¡Dame la pistola abuelo! —Celeste bajó los ojos hacia el arma que sostenía el hombre que no dejaba de mirarla de forma fija.

—Pienso curarla para ti.

—¡Abuelo no! —el anciano apuntó a la cabeza de Celeste y disparó.

Ambos se quedaron quietos sin atreverse a respirar al oír la monstruosa detonación.

—¡Yago...! —Celeste había caído hacia delante con un golpe sordo antes de terminar las palabras.

Se había quedado inmóvil al lado de la cama.

Yago sufrió un mareo tan intenso que estuvo a punto de caer también al suelo. Cuando pudo recuperarse de la paralización que habían sufrido sus huesos al oír el disparo, corrió para coger en brazos a Celeste que estaba inconsciente. Comenzó a lanzar chillidos histéricos pidiendo ayuda.

*Vivo para gozar tu energía,  
que a raudales derramas por doquier.  
Eres para mí la luz del día,  
por sentirte así empeñaría, no sé.  
Te necesito tanto vida mía,  
que mi alma por ti se muere de sed,  
se apaga poco a poco mi valía,  
hasta que de nuevo, tú, me llenas de poder.*

## CAPÍTULO 25

—¡Me duele! —estaba sujeta por los hombros, por los pies y no podía moverse.

Abrió los ojos, pero los volvió a cerrar ante la cegadora luz.

—¡No te muevas! —alguien estaba arrodillado a su lado y la sujetaba de forma firme.

—Me he caído—el suspiro largo y profundo que escuchó la incito a intentar abrir de nuevo los ojos.

Lo que vio al abrirlos la dejó absolutamente estupefacta.

—¡Yago! —la persona que estaba a su lado de rodillas comenzó a sollozar de forma violenta e incontrolada—. ¿Por qué llevas el pelo tan largo?

Contempló los hombros masculinos que se sacudían. Observó las lágrimas que descendían por sus mejillas sin afeitar.

—Soñé con un disparo —le confesó aturdida.

Las palabras de ella fueron pronunciadas apenas sin voz, pero el hombre que estaba junto a su lecho alzó la cabeza y la miró aún con el terror dibujado en su rostro. Intentó alzar la mano pero no pudo, fue incapaz de darle la caricia que pretendía.

—¡Me duele la cabeza! —exclamó de nuevo—, es insoportable —él se mantuvo en silencio.

Apenas podía pronunciar palabra o dejar de mirar el rostro amado.

—¡Tienes un aspecto horrible! —el hombre sonrió trémulo, aunque seguía teniendo la congoja en su garganta que amenazaba con salir de nuevo por sus labios.

—Tendrías que ver el tuyo —le dijo al fin.

Ella giró la cabeza, y al momento gimió completamente aturdida por el dolor intenso que la perforó. ¿Por qué le dolía tanto?

—Dame algo por favor, no puedo soportar el dolor de cabeza —el hombre que la miraba desde sus cansados ojos azules volvió a estallar en lágrimas—. Busca en mi maletín, siempre tengo ampollas de Nolotil. Ya sabes cómo sufro de jaquecas después del accidente.

La mujer vio a su cuñado que se mantenía discretamente apartado muy cerca de la puerta del dormitorio.

—¡Maldita sea, Dante! ¿Qué le pasa a tu hermano? Me mira como si viera un fantasma.

El hombre de ojos grises se movió al fin.

—Bienvenida con nosotros, Celeste —trató de incorporarse pero unas fuertes manos se lo impidieron.

—¡No!... no debes moverte —ella volvió a cerrar los ojos de nuevo.

—Quiero levantarme —las manos de Yago se lo impedían.

—Necesito que me digas si recuerdas... —puso la mano femenina sobre su propio vientre.

La mujer suspiró con alivio al sentir los movimientos.

—Vuelvo a estar encinta, unas veces tenía la certeza, otras pensé que lo soñaba.

Yago soltó el aire que había estado conteniendo. ¡Su mujer había vuelto con él! Estalló en lágrimas de Felicidad. ¡Recordaba al fin!

—Yago... ¿qué ha pasado? —él negó con la cabeza porque no era momento de contestar preguntas incómodas.

—Luego te explicó todo, ahora descansa, es lo único que verdaderamente importa en este momento —volvió a cerrar los ojos completamente exhausta.

Yago la observó fijamente durante un tiempo largo. Se resistía a dejarla, pero era consciente que tenía que dejarla descansar.

\*\*\*

Sentía en el cielo de la boca una sensación extraña, como si la tuviese llena de arena y no pudiese tragar la saliva que se le iba acumulando en la garganta. Abrió los ojos con cierto recelo por si volvía a sentir los terribles cuchillazos que le producía la luz en los ojos.

—Notas así la garganta por el calmante que te ha suministrado mi hermano. Es tan fuerte que calmaría hasta a un elefante —abrió los ojos completamente y se fijó en su marido que seguía haciendo al lado de ella.

—Yago... ¿qué ha pasado?

—¿Te duele? —ella asintió con la cabeza—. ¿Recuerdas algo? —cerró los ojos un instante y asintió.

—Recuerdo el accidente de coche —Yago le sostuvo la mano entre las suyas—. Mi padre... ¡Dios mío! —se tapó la boca y soltó un sollozo—. Yo conducía el coche aquella noche —su esposo asintió—, nos estrellamos con otro vehículo que circulaba en sentido contrario.

—El hombre conducía borracho. Se equivocó al tomar la rotonda que lo introdujo en la autopista. En su estado de embriaguez ni se percató que iba en sentido contrario, y no llevaba puesto el cinturón de seguridad —ella lo miró con un interrogante en sus ojos castaños.

—¿Qué me pasó?

—Sufriste una conmoción cerebral muy grave. Te mantuvo en coma durante varios meses.

—¿Mi padre? —logró preguntar al fin.

—No se pudo hacer nada por él, sufrió un infarto justo después del accidente. Fue doloroso enterrarlo sin ti.

Celeste cerró los ojos porque la tristeza la embargaba.

—¿Por qué me siento tan confusa? —Yago ladeo la cabeza.

—Cuando al fin despertaste, habías perdido la memoria y lo confundías todo —ella contuvo un gemido tras la revelación de su esposo.

Lo miró completamente espantada.

—¿Cómo? —Yago sonrió resignado.

—Creaste bloqueos mentales que encerró tu verdadero yo en lo que mi hermano denomina compartimentos estancos a los que no podíamos acceder —gimió y esta vez sí que logró reincorporarse en la cama.

Su esposo le colocó unas almohadas en la espalda.

—¡Dios mío!

—Mi hermano ha estado tratándote todos estos meses —ella comenzaba a recordarlo todo de forma clara.

—Yo hice que me hipnotizara... —Yago asintió con la cabeza cansado—. ¡Soy siquiatra! —todos los recuerdos acudían a su mente de forma atropellada—. Tu abuelo me disparó —Celeste miró a Yago con dureza.

Su esposo hizo un gesto afirmativo con la cabeza pero con remordimientos.

—Quería regresarte —lo disculpó.

Pero Celeste no pensaba en el abuelo que le había disparado sino en todos esos meses donde había estado perdida.

—Tu hermano y yo somos colegas de profesión.

Cada recuerdo la sacudía de forma enérgica.

—Una siquiatra que utilizaba métodos terapéuticos poco convencionales y cuestionables. Eras capaz de meterte de forma literal en la mente de tus pacientes mediante la hipnosis.

Ella pensaba a toda velocidad.

—Desarrollaste la enfermedad de Wallen —dijo Dante desde un rincón apartado.

La enfermedad de Wallen tenía síntomas parecidos a la esquizofrenia y que provocaba además convulsiones y deterioro neural si no se trataba a tiempo.

—Estaba convencida de que disparé al hombre que atropelló a nuestro hijo —susurró recordando las emociones tan violentas que sufrió tras el accidente.

—Dante Junior sigue ajeno a todo en el internado de Londres —contestó Yago sin dejar de mirarla.

—Estaba convencida de que había muerto atropellado, y que asesiné al hombre que lo hizo.

—Actuabas influenciada por una de tus pacientes: Ángeles.



Celeste miró a Dante fijamente tras escucharlo.

—Ángeles está en coma —era una afirmación—. Por favor, necesito algo fuerte para este dolor de cabeza.

Celeste se tocó un punto de la frente y notó que tenía la cabeza vendada.

Dante abrió su maletín y le preparó un calmante inyectable.

—Es algo suave —dijo—. Estás encinta —le recordó.

Celeste le ofreció el brazo para que le inyectara el líquido.

Tras unos momentos pudo respirar al fin con cierto alivio.

—¿Ángeles no ha mejorado?

Celeste recordaba a la mujer en coma tras su intento de suicidio, pero ella la había tratado en innumerables sesiones para que superara la muerte de su hijo en un accidente de coche. El conductor iba borracho.

—Estaba funcionando —respondió Dante a la pregunta que ella no había formulado.

Celeste recordó que la única esperanza de recuperar a Ángeles era que ella misma se adentrara en su mente. Una tarea demasiado arriesgada que ella acabó aceptando. La paciente fue trasladada al centro donde ella y Dante realizaban esa técnica pionera que le permitió adentrarse en la mente de la mujer para alcanzar su inconsciente y descubrir y entender sus traumas originales. Su comportamiento para poder salvarla.

—Nunca me ha gustado ese paralelismo con el psicoanálisis freudiano —argumentó Yago sin dejar de mirar a su esposa y a su hermano.

—Mediante la hipnosis terapéutica se llega al inconsciente de la persona para averiguar el trauma original que provoca el problema psicológico y así poder darle una solución y salvarle —explicó Celeste mirando a su marido.

—Estabas tan centrada en el caso Wallen que terminaste reproduciéndolo en tu propia persona —reveló Dante tomando asiento en la silla frente a la cama de ella.

—Esos son los peligros a los que se enfrenta un terapeuta cuando intenta ayudar a un paciente tan difícil como Ángeles—se quejó Yago sin dejar de mirarla.

—En otros pacientes obtuvimos unos resultados extraordinarios —defendió Celeste.

—Dejaste que te hipnotizara para llegar hasta ella —confesó Dante—. Gracias a tu iniciativa, hemos podido recuperarte.

—Gracias al disparo del abuelo —matizó Yago que miraba a su hermano con cierta burla—. Por cierto que está insoportable. Casi te mata y se alegra de haberlo hecho.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada—. Pobre abuelo.

Yago le apretó la mano con apoyo.

—Han sido los meses más horribles de mi vida —confesó con la voz ronca—. Ha sido una tortura creer que no podría recuperar a mi esposa.

—Me da miedo lo que puede hacer nuestro subconsciente —dijo ella pensativa.

Su esposo asintió de forma concisa.

—A tu hermano Pedro casi lo vuelves loco — dijo Yago. Ella gimió afectadamente porque lo recordaba todo—. Ha sido una locura. Creía que me iba a volver loco porque en ocasiones no sabía si te estábamos ayudando o perjudicando seriamente.

—Recuerdo el intento de suicidio. Mi ingreso en el psiquiátrico.

—Todo a consecuencia del síndrome de Wallen —aclaró Dante.

—Robé un niño —el semblante de Yago fue un cúmulo de sentimientos contradictorios. Ella se cubrió la cara con las manos—. Una locura.

—No quiero que trabajes más con pacientes como Ángeles —le dijo muy serio.

Celeste podía entender su reticencia. Tenía una profesión complicada, sobre todo cuando perdían a un paciente.

—¡Lo siento mucho! —el arrepentimiento era sincero.

—Creí que te perdía, Celeste... —ella se preguntó por qué motivo su marido le perdonaba todo lo que había hecho durante ese tiempo en el que no era ella—. Creí que te perdía —reiteró como si todavía no se creyera que ella recordara.

La desolación en la voz masculina era de tal calado, que no pudo contener las lágrimas.

—¿Cómo he podido hacerte tanto sufrir? —Yago la miró fijamente.

—Nunca lo hiciste a propósito.

—¡Maldito dolor de cabeza! —se tocó la frente mientras su marido le sonreía con ese brillo de hombre enamorado que tanto conocía ella.

—Tienes una raya permanente en la cabeza —le informó banalizando un poco el accidente que sufrió donde perdió la vida su padre—, ya no hace falta que te peines —ella hizo una mueca dolorida—. Te la abriste como un melón de verano cuando lo estrellan en el suelo. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo como cuando te vi en el hospital tras el accidente.

—Es un dolor insoportable —se quejó.

—Va a ser una secuela permanente en tu vida, me refiero a los terribles dolores de cabeza que padecerás en el futuro —le informó Dante.

Celeste lo asimiló valientemente.

—Yago... —el aludido la miró sin abandonar la sonrisa—, ¿fui muy intransigente contigo? —el hombre se pasó la mano por el pelo en actitud cansada, ella sabía lo desequilibrada que había estado su paciente hasta que llegó al suicidio.

—Lo peor fue el intento de suicidio cuando creíste que habíamos perdido a nuestro hijo. Lo creíste de verdad.

—Valoramos con el resto de profesionales la posibilidad de traerlo del internado —matizó Dante que seguía pendiente de ella.

Celeste cerró los ojos.

—Hasta que intenté hacerte daño —corroboró mirando sin pestañear a su marido.

—Dante se opuso de todas las formas posibles —reveló Yago.

—Y fue lo más acertado —apuntó Celeste—. Gracias Dante, estoy en deuda contigo.

—El pequeño ignora todo lo que ha ocurrido, y creo que ha sido una buena elección.

Celeste no sabía cómo agradecer a su cuñado todo lo que había hecho por ella.

—¿Mi padre? —se atrevió a preguntar.

—Fue incinerado siguiendo sus órdenes —respondió Yago.

Celeste suspiró de forma profunda.

—Tengo que ver a tu abuelo para darle las gracias.

—¿Por dispararte?

—Por lograr que regresara.

Dante carraspeó.

—De nada, cuñada.

Celeste sonrió y un segundo después hizo una mueca por el dolor.

—No podré pagarte nunca tanta injusticia —Yago la abrazó muy fuerte.

—Lo que peor llevé fue cuando no me recordabas. Me mirabas y veías a un extraño. Morí con cada mirada de indiferencia que me obsequiabas.

Celeste cerró los ojos ante el sufrimiento que percibía en él.

—¡He sido un monstruo! —admitió llena de amargura.

—Mi hermano quería obligarme a que te contara la verdad, pero temía tanto el daño que podría causarte que no me atreví —ella seguía escuchándolo con atención—. Incluso logró que me quitaran tu custodia porque estaba tan desesperado porque recuperaras la memoria, que ponía en peligro tu estabilidad emocional.

—¿Eso hizo Dante?

Dante volvió a carraspear incómodo.

—Mi hermano, tu compañero de trabajo, el padrino de nuestro hijo... —Yago calló un momento.

Ella mostró una sonrisa tímida.

—No vas a perdonarme que lo llamara Dante, ¿verdad?

—No, no pienso perdonártelo nunca —afirmó él rotundo.

—Este que está en camino —Celeste se tocó el vientre con ternura—, se llamara como su padre, Yago.

Yago sintió ganas de llorar. Había pasado unos meses horribles. Llenos de angustia e

incertidumbre, pero Celeste, su esposa, volvía a estar de nuevo junto a él.

—No te merezco —confesó llena de amor.

Yago tenía que seguir contándole todo, pero lo haría otro día, ahora sólo quería seguir abrazándola para asegurarse de que había regresado.

La cogió de forma suave y la meció junto a su corazón con infinita ternura.

—Cuando te vi en el suelo, creí que estabas muerta. Un hombre no debe sufrir esa agonía dos veces, primero el accidente de coche, después el disparo —ella se restregó en el cuello masculino como un animalito indefenso—. No pienso perdonar a mi abuelo.

—Quería curarme.

—Hizo una locura.

—Pero estoy aquí...

—No supe qué cruzó por mi mente para hacer algo así.

Dante lanzó una maldición violenta.

—Ha sido un suplicio que me ha mantenido en vela durante meses —ella echó la cabeza con cuidado hacia atrás para mirarlo mejor.

—Esto se está poniendo demasiado dulce para mi gusto —Dante se levantó para marcharse—. Me alegro mucho de verte de regreso —las palabras de su cuñado le arrancaron una sonrisa genuina.

—¿Te marchas? —él hizo un gesto afirmativo—. Pero el abuelo todavía no ha muerto.

—Si ocurre el desenlace, cogeré el primer avión a Roma, pero tengo muchas ganas de ver a mi familia.

Celeste le sonrió.

—Dile a Alins que espero verla pronto.

—Quizás cuando nazca la niña.

—¿Niña? —preguntó Yago curioso—. ¿Sabes algo que ignoro? —le dijo a su hermano con mirada inquisidora.

Dante se mostró enigmático.

—Cuando Celeste se hizo las pruebas para comprobar el daño que había sufrido su cerebro... —y ya no dijo nada más.

## EPÍLOGO

Cuántas noches se había pasado mirándola. Memorizando en su mente cada línea de su cuerpo. La forma que adoptaba su pelo al caer vencido sobre la almohada que olía a ella, se impregnaba de su perfume. Cada día vigilaba su sueño en silencio, y en ocasiones riendo por tenerla de nuevo. En otras rezando para que no se volviera a marchar a esos rincones infinitos y enigmáticos que pueblan el cerebro humano.

Se removió entre las sábanas caídas hasta sus caderas, su busto seguía siendo hermoso aunque ya no tenían la turgencia de antes, pero él los seguía encontrando más tentadores y sensuales.

Temía perderla, ¿qué hombre que ha sufrido el mazazo de la muerte por dos veces, no siente un respeto reverente ante ella? Celeste seguía teniendo dolores de cabeza con frecuencia pero los sobrellevaba con valentía. Su mente estaba estable, tranquila, las diversas pruebas hechas por los mejores neurólogos habían sido muy satisfactorias, y él daba gracias cada día de su vida por ello.

Seguían en Roma en el castillo que su abuelo le había dejado en herencia. Su hermano Dante había comenzado a dar conferencias por diversos congresos europeos sobre la recuperación de pacientes en coma, y sobre la pérdida de memoria. Su mujer era el mejor ejemplo vivo.

Ella seguía removiéndose. Él sabía que aún en sueños lo buscaba. Dejó la silla que se había convertido en su atalaya durante tanto tiempo, y avanzó hacia la cama con una sonrisa en los labios.

Celeste abrió los ojos al sentir el peso sobre el colchón y parpadeó varias veces para enfocar mejor la vista.

—¡Yago, buenos días! —el sonido, el amoroso sonido de su nombre en sus labios lo subyugaba desde aquel día que recuperó la memoria.

—Buenos días, amor —ella avanzó como una serpiente sobre la cama para acercarse más a él,

—¿No podías dormir? —le preguntó tierna.

Negó con la cabeza.

—Me gusta contemplarte por la mañana —ella sonrió somnolienta.

—Extraño a tu familia.

Tras su recuperación, tres años atrás, y antes de que Dante se marchara de nuevo a España, su preciosa familia lo había visitado en el castillo. Su esposa Alins, su hija mayor y los gemelos, habían disfrutado visitando la pintoresca e histórica ciudad. Pedro y Rocío habían regresado a España.

Ellos se habían adaptado a vivir en Italia, pero Yago quería mejorar el castillo así como los viñedos. El brillante abogado había dejado su profesión para asumir su posición de conde y proteger y cuidar el patrimonio que su abuelo le había dejado. Había muerto

poco después de que Celeste recuperara la memoria.

Pero nunca había dejado de pintar.

—Estás muy hermosa, me pregunto el motivo —ella cerró los ojos ante el halago inesperado.

—Es tu amor el que hace que te parezca hermosa —Yago le acarició la tersa mejilla con el dorso de la mano.

—Tienes que hacerte una prueba —dijo de pronto.

Su mujer pestañeó varias veces sin comprender. Dante le mostró la caja del test de embarazo que agitó delante de sus ojos, y ella abrió la boca y la volvió a cerrar sin emitir ningún sonido.

—¿Prueba...? —Yago le sonrió con burla en sus ojos azules.

—De embarazo.

—¡Esto ya lo he vivido antes! —recordó a viva voz.

Su marido tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Es el resultado normal de las veces que me obligas a fornicar contigo —ella lanzó una exclamación ahogada.

—Bien que disfrutas tú de esos fornicios —alegó mientras agarraba la caja del test de embarazo, pero antes de perderse en el baño, Yago la paró con sus palabras.

—Esta vez, no me golpees —ella lo miró sin recordar y absolutamente atónita.

—¿Cuándo te he golpeado por estar encinta? —inquirió con ojos entrecerrados. Él no pudo resistir la carcajada.

—A nuestros hijos les va a encantar tener un nuevo hermanito.

Celeste sonrió porque el mundo le resultaba maravilloso.

—Admítelo —le dijo—. Te encanta dejarme encinta —su marido ni pudo ni quiso negarlo—. ¿Quieres descubrirlo conmigo? —lo invitó.

—Ni muerto me perdería ese momento mágico.